



Miguel Delibes
Vivir al día

DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo
Don Álvaro o la fuerza de la maledicencia
El cine a la deriva
El paisaje manchego
¿La muerte de un teatro?
La difícil vida del escritor
Primeras novelas
El ingenio y el ingeniero
Un viajero de tercera
Artículos. La crisis de la didáctica
Sobre los divos
Divos y destajistas
El pueblo ante el drama
La mantisa
Ciudades impersonales
El cálculo y la improvisación
Un nuevo Nadal
Periodismo de ayer y de hoy
El hombre que llovía demasiado
Aviso a los padres de familia numerosa
Campeón de taquillas
La pesca de la trucha
Caridad espectacular
Una historia común
Santiago Rodríguez Santerbás, un joven escritor
El pintor Mariano de Cossío
Sí era de los nuestros
La cara lavada
Los pueblos moribundos
Un cristiano consecuente
Sedano, sin Isaac Peña
La falta de curiosidad
La Liga agoniza
Cazadores de huevos
¿Qué hacemos con la siesta?
Desarme de corazones
El amigo que perdió el tren

Los entierros
Partir de cero
Camba o la sobriedad
Oposiciones a escritor
Los premios literarios
La novela abstracta
Los nuevos caminos
Réquiem por un muchacho
Tirios y troyanos
El matador de conejos número uno
Nada más que la verdad
La ruina de Castilla
Castilla negra y Castilla blanca
Partir de cero
La misión del entrenador
Los cargos y los hombres
Tasas y otros emolumentos
Libros con «santos»
Tierras de Valladolid
Gradación de necesidades
Juan Ramón Jiménez, en Maryland
La fiesta nacional
Nota
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

En *Vivir al día*, Miguel Delibes reúne una selección de artículos publicados en los principales periódicos nacionales. Como el propio Delibes señala en el prólogo, el libro recoge "intentos humorísticos y preocupaciones trascendentes, puntos de vista optimistas y enfoques decididamente sombríos". De este modo, tras la descripción de los apuros de un padre de familia numerosa ante un revisor demasiado exigente o la reconstrucción de un entierro a la Federica —con carrozas y aurigas con peluca—, encontramos una lúcida reflexión sobre la agonía de los pueblos de Castilla o sobre la educación. También nos habla de fútbol, de la siesta, de cine y de ciclismo, del afán desmedido de los artistas por parecer originales o de la difícil vida del escritor. Con un lenguaje sencillo, casi coloquial, ocurrente y preciso, *Vivir al día* nos acerca a la realidad cotidiana, que se revela, una vez más, como la más profunda de las experiencias.

Miguel Delibes

Vivir al día

Ediciones Destino

Prólogo

Reúno en estas cortas página una serie de artículos publicados en diarios españoles –*El Norte de Castilla, La Vanguardia, Ya, Informaciones*, etcétera– y en diversas circunstancias, supuesto que los citados trabajos abarcan una etapa de casi quince años, exactamente de 1953 a 1967. No están aquí todos los artículos y reportajes publicados en esta época, sino aproximadamente una tercera parte.

En principio pensé sistematizar este pequeño volumen agrupando los trabajos por materias, pero finalmente opté por darle una ordenación cronológica, ya que de esta manera, al tiempo que evito la monotonía, se manifiestan mejor mis preocupaciones de cada momento, los altibajos de mi estado de ánimo, y los altibajos, no menos extremosos, de la censura de prensa. De ahí que en este repertorio se acojan intentos humorísticos y preocupaciones trascendentes, puntos de vista optimistas y enfoques decididamente sombríos. La luz de cada día no siempre es la misma para el escritor. Quiero decir que la única nota común de estos trabajos es la de haber sido publicados en periódicos diarios y, consecuentemente, hilvanados con apremio, a impulso de una idea sugerida por la actualidad de cada momento. Tal es la justificación del título, reforzada por el hecho de la profesionalidad, ya que la necesidad de allegar unos recursos económicos también es vivir al día, y ya es sabido que la breve y efímera literatura de prensa es seguramente la más rentable dentro de lo poco rentable que en todo caso resulta la literatura en este país. Nos guste o no, el escritor en España, o vive al día o no vive.

Por si para alguien fuese de algún interés, he consignado al pie de los trabajos la fecha en que cada uno fue publicado.

Don Álvaro o la fuerza de la maledicencia

Mi primer contacto con don Álvaro de Luna –que fue mi primer contacto con la muerte– data de los tiempos en que yo estudiaba el *Epítome del párvulo*. Aún recuerdo, en la página de la derecha, según se mira, un luctuoso grabado a plumi-lla, de autor desconocido, que representaba el cuerpo de don Álvaro, enfundado en ropajes negros, momentos antes de ser enterrado por los frailes de la Misericordia en la iglesia de San Andrés, de Valladolid. La cabeza, que durante nueve días se exhibió pendiente de un garabato, en la Plaza Mayor, para escarmiento del pueblo, había sido superpuesta groseramente por el dibujante de forma que se hiciese ostensible el degüello. Don Álvaro, tendido sobre un túmulo, recubierto de luto y con cuatro hachones en los vértices, ya no era valido, ni el objeto de la ira real; era, simplemente, un retazo de historia en descomposición. Y el *Epítome del párvulo* aclaraba, más o menos, que Juan II era un rey artista y don Álvaro de Luna, su privado, mas uno, que entonces era un párvulo –y por lo tanto un ingenuo–, sin otra cultura que aquel epítome, no se explicaba que del valimiento al cadalso no hubiera más que un paso, o que en la senda sinuosa de la política anduviera el odio tan cerca del amor. Y el *Epítome del párvulo* decía simplemente: «Unidos los esfuerzos de la reina y la nobleza hicieron recelar a don Juan II de la fidelidad de don Álvaro, quien fue injustamente acusado y ejecutado días más tarde en la Plaza Mayor de Valladolid».

Los párvulos vallisoletanos nos asombrábamos de que en nuestra Plaza Mayor se hubiera perpetrado un crimen así, pero recitábamos la historia de don Juan II con su música y su letra, porque eran los tiempos en que cada tema tenía su música, y a veces la música ayudaba a la letra, y a la inversa. Mas, desde entonces, mis paseos por la Plaza Mayor fueron acompañados de una sombra siniestra. La banda de música del Regimiento de Infantería de San Quintín interpretaba *Agua, azucarillos y aguardiente* desde el quiosco levantado en el centro y yo hacía esfuerzos por ahuyentar los fantasmas de mi espíritu. Mas, me gustase o no, yo veía, en lugar del quiosco, el cadalso, y al verdugo Juan González en vez de al director de orquesta. La gente era la misma, y aun el Ayuntamiento, y hasta la cadena de soportales que circunda la plaza. Mas la gente, en lugar de aplaudir, crispaba los puños y pedía a voces la cabeza de don Álvaro. Pero eso ocurrió antes, casi cinco siglos atrás, muchas generaciones atrás. Ahora aplaudían a la banda de San Quintín, pero uno sentía, aunque recitase la lección de don Juan II de Castilla, cada tarde, monótonamente, con su música y su letra, un inevitable estremecimiento.

Don Álvaro de Luna llegó a Valladolid el 1 de junio de 1453, procedente de la fortaleza de Portillo. Este pueblo ofrece en nuestros días la particularidad de ser dos. Arriba, sobre un teso de yeso cristalizado, se asienta Portillo, y abajo, en la falda, entre los trigos y los pinares, está el Arrabal. Situado en la carretera Valladolid-Segovia, Arrabal de Portillo es un pueblo netamente castellano: austeridad viril y, en lontananza, suaves ondulaciones femeninas. Tierra dura y deleznable edificaciones de adobe. Tan sólo, aun en nuestros días y con excepción de la iglesia, es el castillo que sirvió de prisión al Condestable el único edificio construido con piedra noble.

Tal como hoy están las comunicaciones, cuyo trazado es posible no difiera en sustancia del de entonces, don Álvaro hubo de recorrer, caballero en lánguida mula, aproximadamente veintiséis kilómetros. El itinerario del Condestable, visto sobre un mapa, tiene forma de 4, ya que don Álvaro entró en Valladolid por lo que en la actualidad es carretera de Madrid; es decir, el prisionero dejó el camino de Segovia en Herrera de Duero y por lo que es hoy carretera de las Maricas abocó a la de Madrid en el cruce de Boecillo. Aquí el suelo es arenoso y sus cultivos, aparte de los extensos bosques de pinares, son el cereal y la vid. Posiblemente los ojos de don Álvaro no contemplasen distinto panorama, supuesto que los ensayos de otros cultivos no han dado resultado en nuestros días. Cruzado el Duero, rutilante en el mediodía primaveral, y a las puertas del convento del Abrojo –cuyos sólidos muros se cotizan en la actualidad por encima de las tierras que cobijan–, la comitiva tropezó con fray Alonso de la Espina, franciscano, quien se unió a la expedición y acompañó a don Álvaro hasta su última hora. Fue fray Alonso quien informó al Condestable de la sentencia, confortándole con estas palabras: «Todos, mientras vivimos, caminamos hacia la muerte». A lo que don Álvaro respondió elevando los ojos al cielo: «Bendito seas, Dios y Señor que gobiernas el mundo».

Frente al Abrojo existe hoy una casilla derruida de peones camineros y un pinar que se extiende varios kilómetros, flanqueando la ribera norte del Duero. En estos primeros días de junio, esta zona se anima con el canto de los grillos y el rumor sensual de las tórtolas en celo. El aire es tibio aún, si bien en el cargado aroma de los pinares se presiente la inminencia del verano.

Fray Alonso vivía en el convento de franciscanos del Abrojo, donde años después descansara don Juan de Austria, y que hoy es una finca particular. A este respecto, es curioso observar que si don Álvaro hubiese efectuado su triste gira cinco siglos más tarde, hubiera encontrado un oblato del Corazón de María motorizado y un seminarista escocés en el lugar donde topó con fray Alonso, y después, jalonando los últimos kilómetros del trayecto, una dominica francesa, un redentorista, un fraile de San Juan de Dios –en cuyo convento los mineros asturianos hacen cura preventiva contra la silicosis–, un hermano de la Doctrina Cristiana y, ya en la entrada de la capital, un agustino y una madre reparadora. Esto quiere decir que, tradicionalmente, el clero regular vallisoletano buscó en la salida sur de la ciudad lugar para su asentamiento.

Llegados a Valladolid, el prisionero y sus guardianes se apearon en el palacio de Vivero, donde años más tarde se casarían los Reyes Católicos y donde en la actualidad tienen su sede los tribunales de justicia de la ciudad. (Es posible que con esto se quiera borrar la gran injusticia cometida con el Condestable.) No obstante su condición de prisionero, los servidores de Alonso Pérez de Vivero, a quien se había dado muerte en Burgos por orden de don Álvaro, acogieron a éste con gritos y destemplanzas, lo que aconsejó a las autoridades trasladar al cautivo a la casa de don Alonso Estúñiga, en la calle Francos, que se conserva intacta en nuestros días. El edificio tiene una contextura maciza, la fachada animada por unos relieves exagonales, un portón en arco, tres leves ventanas enrejadas en el piso superior. Como única placa conmemorativa exhibe un mohoso letrero que dice: «Asegurada contra incendios». No hay indicio externo que exprese que en ella pasó su última noche don Álvaro de Luna. El turismo rara vez se acerca a la casa y el ciudadano apenas tiene noticia de su significación histórica. Sin duda, recibe más visitas el depósito de vinos de J. Peteira «al por mayor; blanco, Toro, clarete», que se abre en la acera de enfrente, treinta metros calle abajo. Don Álvaro queda enterrado en la compleja sima de nuestra Edad Media. Si uno se acerca a un vecino y le pregunta por la casa donde don Álvaro de Luna

confesó antes de su muerte, le dirá: «Soy nuevo aquí; no sé de ningún vecino que haya muerto en estos días». Ello no obsta para que el Condestable sufriera en esta calle y en esa casa la prolongada agonía de su última noche en el mundo. Le acompañaba, con fray Alonso que le confesó y confortó hasta el fin, otro franciscano del Abrojo. Don Álvaro conservó la entereza y, de madrugada, «afeitóse, aderezó su vestidura, comulgó y comió unas pocas guindas y bebió una taza de vino». Más tarde, don Álvaro se dispuso a esperar y hasta es posible que, en su angustiada espera, recorriese varias veces uno de los visillos de encaje que tamizan la luz de los balcones y cuya laxitud y tono descolorido hacen presumir al ingenuo observador que su origen se remonte a los tiempos del Condestable.

En las primeras horas de la mañana se organizó el desfile del prisionero hasta la Plaza Mayor, recorriendo las calles de Francos, Esgueva, Plazuela Vieja –el actual ensanche de la Calle de las Angustias, frente al teatro Calderón, donde ahora se anuncia con una cartela gigante la producción Cecil B. de Mille, *Sansón y Dalila*–, Cantarranas y Costanilla. Alguna de estas calles pertenecen al Valladolid del conde Ansúrez –fundador de la ciudad–, aunque pocos edificios se conservan de aquel tiempo. Empero, el trazado es el mismo. En la actualidad es en estas calles sombrías, de poco tráfico, donde tienen su sede artesanos y pequeños comerciantes: «Mi tienda. A. Lozano, comestibles y frutas»; «Del Valle, pintor»; «La Conchita, confitería».

Por ellas, hace la friolera de quinientos años, desfiló entre una escolta abigarrada e impávida el condestable don Álvaro de Luna, caballero en enlutada mula, precedido de diez pregoneros, entre ellos un tal Fernando –al parecer, el apellido no ha sido digno de pasar a la posteridad–, quien dio el pregón inicial: «Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro señor a este cruel tirano usurpador de la corona real; en pena de sus maldades y de los deservicios que hizo al Rey, mándale degollar por ello».

Dicen las crónicas que al lanzar el pregón se le trabó la lengua al susodicho Fernando y dijo «servicios» por «deservicios» y don Iñigo Estúñiga le reprendió. Don Álvaro, aparentemente tranquilo, exclamó: «Dices bien, que por los muchos servicios que hice al Rey me manda degollar».

La Plaza Mayor de Valladolid conserva un rancio sabor pese a los urinarios subterráneos y a sus pretenciosos jardinillos enanos. En la época de don Álvaro, lo que hoy es Plazuela del Ocho formaba un todo con la plaza. Ello indujo a algunos a divulgar la leyenda de que en una argolla de hierro adherida a uno de los edificios de la citada plazuela fue atado don Álvaro para ser ejecutado. Tal informe es incierto, supuesto que esta argolla es una de las muchas que existían en los pilares y columnas de los soportales para amarrar los toldos que preservaban las procesiones del Corpus.

El cadalso, según todas las opiniones, se levantó en el centro de la plaza para que el público tuviese facilidades para presenciar el espectáculo. Era, aquél, un público que denostaba al reo con el mismo frenesí que le hubiese aclamado unos meses antes, esto es, un público muy semejante al de nuestros días. Don Álvaro, pues, no recibió desde el tablado otra cosa que imprecaciones y sarcasmos. El cadalso daba frente al antiguo convento de San Francisco, que ocupaba un costado de la plaza y otro de la que, en nuestros días, es la calle del Duque de la Victoria. La entrada del convento, según todas las apariencias, es la misma del actual teatro Zorrilla, que, en nuestro afán de dejar datos exactos para la historia de dentro de quinientos años, proyecta en estos días, con acogida clamorosa, la película de Lucien Emmer *Tres enamoradas*. Entonces era un gigantesco

convento, donación de la reina doña Violante, quien adquirió «todas aquellas casas que tienen la faz contra el mercado de la calle que llaman de Ollero (Duque de la Victoria) hasta la casa de Domingo Velasco». Don Álvaro de Luna subió al cadalso con templado espíritu y serena conformidad. Ahora hace exactamente quinientos años. Su presencia fue acogida con un alarido de la multitud. El Condestable se inclinó hacia los dos franciscanos que lo acompañaban y dijo: «Estad seguros que muero con la fe de los mártires». Después entregó a Juan González, el verdugo, un cordón de seda para que le atara los pulgares. Seguidamente preguntó: «¿Para qué es el garabato que está en ese madero?». «Para colgar vuestra cabeza», respondió el verdugo. A lo que adujo don Álvaro: «Después de muerto yo, el cuerpo y la cabeza no son nada». Segundos después don Álvaro de Luna se descubrió el cuello y mientras recostaba su cabeza en la muesca del madero murmuró una oración. La fulminante cuchillada del verdugo segó su vida en unos instantes.

La multitud prorrumpió en un nuevo alarido al caer la cabeza del Condestable sobre el tablado. Don Álvaro, que meses antes dejó de ser valido, cesaba ahora, sencillamente, de ser un prisionero.

El cine a la deriva

Nunca progresó tanto la técnica de la guerra como en los tiempos de guerra. El temor a desaparecer constituye, evidentemente, un agudo estímulo de la inteligencia. Suprimida la competencia, sobreviene la rutina y, con la rutina, la mediocridad. Esto demuestra hasta qué punto es un hecho cierto el concepto de que la necesidad aguza el ingenio.

Ahora el cine busca en el volumen una salida al problema que le crea la televisión. Los productores aspiran a que el presunto espectador encuentre en las salas de proyección algo diferente de lo que tiene en casa. Una cosa es el arte y otra, distinta, el comercio. Si repasamos la breve historia del cinematógrafo, observaremos que todos sus avances (?) vienen determinados, antes que por un noble anhelo de superación, por la necesidad de conservar el favor del público. Esto quiere decir que el séptimo arte no avanza tanto por un camino racional como por un camino impuesto por las circunstancias. A la fuerza ahorcan. El cine no se desarrolla mediante un proceso natural, sino bajo el imperio de la coacción, dando paso de esta manera a un arte sofisticado. Lo peor que le puede acontecer a un arte, siquiera sea el séptimo, es bailar al son que le tocan.

El nacimiento de la radio decidió la aparición del cine hablado, y a los programas musicales respondió el cine con melifluas películas musicales. La cuestión radica en no quedarse atrás, sin importar demasiado el sentido de la marcha. Los impulsores de este movimiento de renovación no parecen darse cuenta de que la esencia del cine es la imagen y que ninguno de los elementos añadidos posteriormente –sonido, color y relieve– rebasan la condición de meros accidentes. El cine es un arte joven, y todos estos afeites y postizos no logran otra cosa que darle una grotesca apariencia de senectud prematura. De este modo, el séptimo arte es hoy tan estafalario como una niña disfrazada de mujer o tan elaborado como una fruta madurada lejos del árbol. El cine va degenerando en una manifestación artificiosa y convencional.

El diálogo, sobre constituir un fabuloso resorte de atracción de analfabetos, no coadyuva en nada a reforzar el valor de la imagen; antes al contrario, no pocos directores aprovechan la palabra para eludir el esfuerzo que comporta una explicación visual. La esencia del cine se desvirtúa, y lo que debiera entrar por los ojos entra por los oídos, dándose una interpretación grosera a un arte independiente, de sutilísimos matices. Otro tanto diríamos del relieve, inefable truco adicional de 1953, que anda muy lejos de implicar una revolución plástica, supuesto que el teatro nos brinda, no sólo la sensación de volumen, sino la sensación de carne y hueso, objetivo que nunca logrará alcanzar el cine, por mucho que se esfuerce. El progreso del cinematógrafo no debería radicar, ciertamente, en aunar los valores de la escultura, el teatro, la música y la literatura, sino en hallar fórmulas inéditas de expresión visual. En tanto el cine no recurra a la coherencia y combinación de las imágenes en un noble anhelo de renovación artística, será un arte estancado o, si se prefiere, un arte que se mueve, pero a la deriva. Conforme con esta consideración, un director que acertara a insinuar el paso del tiempo sin recurrir al manoseado símbolo de la caída de las hojas del calendario, o a comunicar la sensación de distancia sin echar mano de los raíles del ferrocarril o los postes telegráficos, sería para nosotros un director más

meritorio que aquel que, valiéndose del truco del relieve, sobrecoge a los espectadores con un león domesticado que amenaza arrojarse sobre la sala. El volumen constituye un truco efectista que nada tiene que ver con la estética.

Uno se pregunta, a la vista de estas aberraciones, si el cine caminaría por estos derroteros si no lo empujaban. Uno se pregunta si el cine, sin la radio, la revista y la televisión, habría alumbrado el sonido, el color y el relieve. Uno se pregunta si el cine, sin la palabra, el color y el relieve –que han distraído su afán de progreso limpio–, no estaría a estas alturas a un nivel artístico más estimable de lo que está. Uno se pregunta: ¿Es esto progreso? ¿No estará el cinematógrafo mixtificando su esencia artística en su afán de halagar el gusto del gran público? Uno se pregunta: ¿No le es más sencillo al cine americano, abrumado de recursos técnicos, inventar el relieve que inventar un argumento original resuelto de manera original? Uno, en suma, se pregunta: ¿No será ésta la madre del cordero?

1953

El paisaje manchego

Durante cuatro días, sesenta escritores hemos vivido en La Mancha y convivido con los manchegos. Esto quiere decir que, desde hace apenas una semana, sesenta escritores españoles sabemos algo concreto sobre La Mancha, mientras treinta millones de lectores españoles esperan conocerla a través de nuestras plumas. Tal circunstancia rodea nuestro trabajo de una seria responsabilidad.

Confieso que mi conocimiento de La Mancha nunca rebasó el elemental que se adquiere desde la ventanilla de un ferrocarril. Ciudad Real, Almagro, Alcázar de San Juan fueron siempre para mí estaciones de tránsito. Se hace difícil pensar en una de estas localidades como objetivo de un viaje. De otra parte, el paisaje manchego, contemplado en estas condiciones, apenas si ofrece peculiaridades respecto a la zona de Castilla donde ordinariamente me muevo. Se hace preciso trepar a sus cerros, buscar determinadas calidades de luz para que el paisaje de La Mancha nos descubra sus matices definidores. Entonces el observador advierte que la campiña manchega, sin ser opuesta a la castellana, congrega una serie de elementos cromáticos, fotogénicos y vegetales que le dan personalidad.

En términos generales, el paisaje manchego me parece más dulce que el castellano. Está en otro estadio de madurez. Es cierto que el regadío ha transformado profundamente ciertas zonas de Castilla, en particular las situadas en las riberas del Duero y del Pisuerga. No obstante, la Castilla austera e implacable, la Castilla árida y hosca, tan traída y llevada por nuestros escritores, se conserva en toda su pureza en extensas zonas de Palencia y Valladolid. A esta Castilla es a la que me refiero. Frente a ella, el país manchego es más suave, más tierno, más comunicativo; o si se prefiere, menos hermético. Ofrece otro grado de transparencia. No sería exacto hablar de monotonía. La Mancha, desde el cerro de Puerto Lápice o los molinos de Campo de Criptana, no es monótona. En cualquier caso, el paisaje nunca resulta agobiador. Sus ondulaciones, de una tonalidad ocre bien definida, jamás revisten la consistencia bravía del teso castellano. Hay en ellas algo de entrañable; de femenino. Tal impresión despierta a la luz del mediodía en Puerto Lápice y se afianza en Campo de Criptana durante la transición crepuscular. Y esa tierra fuerte —en apariencia digna de absoluta confianza— contrasta vivamente con los pueblos y caseríos diseminados en la distancia, de una cegadora blancura. En este orden de cosas, La Mancha está más cerca de Andalucía que de Castilla.

Otra cuestión sería hablar de uniformidad. La Mancha carece, efectivamente, de una topografía cambiante. Con la excepción de Ruidera —un remanso de frescura—, el país manchego es más bien uniforme. Con frecuencia, la campiña produce la impresión de ser objeto de un aseo meticuloso, concienzudo, más propio de jardinería; tan perfecta es su organización. Uno piensa entonces que el labrador manchego educa sus cultivos en una disciplina castrense.

El turista llega a La Mancha con tres ideas someras: la calidad del queso manchego y del vino de Valdepeñas y la indolencia de sus habitantes. Las dos primeras previsiones se confirman enseguida; la última no se ve por ninguna parte. El campo no se hace solo. A uno le sorprende no ya la ausencia de hierbas nocivas, sino la escasez de terrenos yermos. Aquella afirmación es gratuita, supuesto que los manchegos viven, y viven bien, del campo; y el campo vive, y vive bien,

de los manchegos. Con razón decía el gobernador de Ciudad Real –que dicho sea de paso es un modelo de cordialidad y asequibilidad– que La Mancha ha tenido muy mala prensa. Por ahí debió empezar Don Quijote.

En La Mancha, aparte de los olivos, es tan difícil encontrar un árbol como en las zonas más adustas de Castilla. Esta circunstancia, que en determinados rincones apenas es sensible, resulta particularmente dolorosa en las lagunas de Ruidera. Ruidera con árboles sería uno de los lugares más amenos de España. Tal como está parece un cuadro... pero inacabado. Las vertientes que ciñen las lagunas no reúnen sino brezos, escobas y jaras. El carrizo y la espadaña dominan en las orillas. Ruidera necesita unos árboles, un buen parador y una carretera en armonía. Los árboles podrían traerle a Ruidera, casi sin pensarlo, el parador y la carretera. Todo es cuestión de empezar. De otra parte, las lagunas, en una región donde los ríos caudalosos apenas existen, constituyen la más grata sorpresa topográfica del país.

De La Mancha y del campo manchego podría hablarse largo rato. Y si no es caso de extender más este artículo, tampoco lo es de omitir un recuerdo a los molinos de viento. Los molinos supervivientes de La Mancha imprimen un carácter aplaciente y bucólico al paisaje. Uno se resiste a admitir que Don Quijote, por muy loco que estuviera, viese en el molino un enemigo. El cilindro blanco, deslumbrante, con su sombrero de carrizos secos y sus aspas –a la vez ingravidas y poderosas–, constituye el elemento decorativo más congruente del campo manchego.

¿La muerte de un teatro?

No creo que aquello de renovarse o morir deba ser tomado al pie de la letra, y sin embargo, en la época presente, se observa en todos los terrenos un afán descomedido en los artistas por parecer originales. El ensayo teatral de la comedia de dos personajes ha sido superado por el actor Guitart, quien, en un «más difícil todavía», interpreta una comedia de un solo personaje quemando antes las naves, es decir, sin reservarse un mal teléfono donde agarrarse llegado un caso de apuro.

La limitación del espacio, una de las dificultades más importantes para el autor teatral, ha sido desbordada también por la nueva técnica norteamericana, no ya prescindiendo del decorado o reduciéndolo a una estructura esquemática como en el caso de *Nuestra ciudad*, sino empleando una decoración reversible con la ayuda de la imaginación y la luminotecnia. Estos hechos demuestran, tanto como que al teatro se le han quedado chicas las dimensiones clásicas, que el teatro no desdeña la influencia cinematográfica si ello viene a procurarle una mayor atención por parte del público. Conviene tener presente que la nueva técnica escenográfica no sólo permite la elusión de la limitación de espacio, sino la del tiempo, imprimiendo plasticidad a las evocaciones.

La muerte de un viajante ha sido muy discutida en España y he advertido que, en general, rechazan sus licencias los viejos, mientras los jóvenes, por el contrario, elogian sin reservas su audacia. Esto quiere decir que la nueva orientación teatral satisface los gustos de la época, lo que nos lleva a pensar que no tardando puede sobrevenirle un colapso al viejo teatro de las rígidas normas y las clásicas limitaciones. Y no deja de ser significativo que este esquinazo propinado al teatro de nuestros mayores provenga precisamente del pueblo más joven del mundo, del más vital, y que haya encontrado el beneplácito de los jóvenes en todas partes, mientras los viejos, los que no entran con el cine, califican de frivolidad el experimento.

Nunca el arte se sintió tan inquieto como en nuestro tiempo. De día en día se cambia de postura y, ya que no mejorando lo presente, se intenta llamar la atención haciendo lo que no hizo nadie.

Las comedias de dos personajes y las de uno son frutos normales de la época. En su mayor parte, estas posturas serán pasajeras, en tanto otras, como la del escenario giratorio, que permite al teatro evadirse de sus tradicionales rígidas normas y adquirir una consistencia menos enteriza, es posible que perdure, supuesto que la desafección al teatro de las nuevas generaciones viene dictada, antes que nada, por la repulsa hacia la morosidad y el artificio demasiado ostensible. Es obvio que un teatro liberado de la coacción del espacio y del tiempo será un teatro, si no más natural, sí más dinámico, ya que en buena parte la palabra será sustituida por la acción. En adelante ya no será preciso que el protagonista recuerde a la protagonista un hecho que normalmente ninguno de los dos debe de haber olvidado para poner al público en situación, sino que veremos con nuestros propios ojos ese acontecimiento que a lo largo de la obra quizá tenga una influencia decisiva. A fin de cuentas, pienso yo, el nuevo teatro no hace sino desplazar el convencionalismo de la palabra sobre la escenografía, esto es, propende a hacer el artificio menos ostensible, lo que ya es ganar algo.

La difícil vida del escritor

Hacía notar recientemente el agudo César González Ruano la dificultad que encierra para el escritor el cambio de género literario. A González Ruano, que posiblemente sea uno de los escritores de esta hora con más artículos periodísticos sobre los huesos, se le hacía enojoso volver a este ejercicio después de dedicar al teatro su actividad de una semana. Esto indica hasta qué punto el cerebro del escritor es una cosa poco dúctil, difícilmente adaptable.

Diríase que si el hombre es un animal de costumbres, el escritor es un animal de rutinas. Sea como quiera, el salto de la novela al artículo, del artículo al cuento, del cuento a la pieza de teatro, implica para el escritor en general un esfuerzo superior al que la gente cree.

Y esto que acontece dentro del limitado mundo de la literatura, se complica aún más cuando el escritor tiene que atender otras tareas que nada tienen que ver con ella. Tal cosa sucede porque generalmente la pluma no le da al escritor español para vivir, ni le dan, por sí solas, para vivir la otra u otras ocupaciones, no se sabe si principales o accesorias. En una sociedad bien organizada, el escritor debería vivir de su pluma, el profesor de su cátedra y el abogado de sus pleitos. Hoy no sólo no ocurre así, sino que un hombre, compaginando las tres cosas, apenas si sale adelante teniendo tras sí una familia modestamente numerosa.

Ya es un mal que un hombre desempeñe cargos que deberían desempeñar tres hombres, pero no lo es menos el esfuerzo que supone vaciar la cabeza de unas ideas cada dos horas para llenarla de otras ideas completamente distintas, supuesto que pretender alimentar todas al mismo tiempo es el principio del caos. Cuando un escritor se dedica casi exclusivamente a escribir artículos, un impulso inconsciente le da cuerda para las cuatro o cinco cuartillas que le son precisas. Otro tanto digo del escritor especializado en el cuento o en la novela. Casi diría que el grifo de las ideas se cierra automáticamente al alcanzar el tope. En el escritor hay un instinto que la rutina hace más sutil, que facilita su labor en tanto no abandone los cauces habituales, pero que resulta contraproducente en el momento en que cambia de género. Ello explica que los ensayos del escritor de novelas respondan a una técnica de novela, y a una técnica de ensayo la novela del escritor de ensayos. Acabo de leer la única novela escrita por el filósofo Bertrand Russell, y ello me ha servido para reafirmarme en mi opinión.

La mayor dificultad para el escritor reside en coger el tono. Cada cosa requiere su tono, y de ahí que el cambio de género comporte desasosiego. Uno piensa, en esos casos, que jamás volverá a escribir, porque ello significa un esfuerzo desproporcionado. En cambio, cogido el tono –que tal vez podríamos identificar con la manida inspiración–, uno podría escribir cuatro, seis artículos, dos o tres capítulos de novela seguidos, sin gran esfuerzo. Una extraña fluidez anima la pluma. Es el momento propicio para abordar la trilogía. Quiero decir con esto que, una vez cogido el tono, es más meritorio economizar elementos que dar rienda suelta al caudaloso torrente que nos desborda; es mucho más difícil hacer una novela corta que una larga. Lo peliagudo en ese momento psicológico, en cierto modo propicio, sería, para el novelista, escribir un artículo de periódico, y para el articulista, un capítulo de novela.

Esto nos lleva a la conclusión de que los escritores, como los médicos, deberían adoptar una especialización y no salirse de ella. Aunque tal vez de ese modo el escritor se esterilizase en una reiteración mecánica de tono y medida. Uno no sabe ciertamente a qué carta quedarse, siquiera rehúya de antemano y por instinto lo que le procura un desgaste mayor. Es muy posible que en el esfuerzo esté no sólo la dignificación, sino la hondura, mientras en el trabajo fácil y rutinario no haya sino mediocridad. Sea como quiera, en España seguirá el escritor escribiendo un artículo por la mañana y un capítulo de novela por la tarde. Eso en el mejor de los casos. No olvidemos que en nuestro país son frecuentes los seres que pasan el día tras un mostrador, o a la vera de una ventanilla, para poder escribir sus versos o sus novelas por la noche, robándole horas al sueño.

1954

Primeras novelas

Hace pocos días me decía Ángel Oliver en Cartagena, con aplomo autocrítico plausible, que su segunda novela representaba con respecto a la primera un paso considerable. Oliver daba a este progreso un carácter general. «Hay que ver –me decía– cuántas tonterías deja uno de decir en su segundo libro.» Ángel Oliver venía a reconocer, seguramente sin proponérselo, que los novelistas primerizos pecan más por exceso que por defecto, y, en consecuencia, las novelas que inician una carrera de escritor no están, en contra de la opinión vulgar, faltas de literatura, sino sobradas de ella; una primera novela es, de ordinario, un torrente de palabras abrumador, un desahogo espontáneo y, como tal, desordenado y prolijo.

Esto significa que el novelista nato, cuando rompe el fuego, considera demasiado romos a sus presuntos lectores, y, en consecuencia, se resiste a dejar nada entre los puntos de la pluma, circunstancia ésta que imprime generalmente a las novelas de iniciación una prolijidad ingenua, una superabundancia de elementos literarios que en buena parte la enervan, cuando no la esterilizan. Tal cosa nos lleva a pensar que el perfeccionamiento en el camino de la novela no estriba en añadir, sino en seleccionar. El novelista, dueño de un argumento y unas palabras, ha de disponer estos elementos de tal modo que el artificio trascienda lo menos posible, que consiga el impacto reduciéndolos al mínimo, depurándolos de hojarasca superflua. Por regla general, el primer libro se le va de las manos al autor, lo desborda, para concluir caminando fuera del cauce previsto por él. Esta afirmación tiene muy pocas excepciones y aun diría que esas excepciones, es decir, los que aciertan en la diana al primer intento, quedan automáticamente incapacitados para superarse en lo sucesivo. Lo común es que los primeros pasos del novelista sean vacilantes, imprecisos, no por no tener nada que decir, sino por tener demasiado; llega un momento en que el escritor es incapaz de controlar todos los resortes puestos en juego por su pluma y la rebelión se hace inevitable.

El novelista joven, que en su primera obra se queda corto, denota falta de imaginación, poca experiencia y exigua vida interior. Lo normal es que un hombre joven, que por vez primera se sienta ante un mazo de cuartillas impolutas, pierda pronto el sentido de la medida. Lo natural es que la vitalidad se imponga al criterio artístico, que la facultad de selección se enturbie a las primeras de cambio. El desequilibrio entre lo físico y lo psíquico es notorio. No basta para evitarlo una formación intelectual profunda. El novelista joven, como el perro de caza que se inicia, es trotón y, por muy fino y sensitivo que sea su olfato, prevalecerá, a la postre, su juventud. Tal vez sea esta la razón que justifique el aserto de Duhamel, según el cual, aunque es posible ser buen poeta en plena juventud, no se puede ser buen novelista hasta la madurez.

Todo esto me lleva a pensar que la mayor parte de las primeras novelas tienen todo lo que necesitan para ser discretas; si no lo son, no es tanto por lo que les falta cuanto por lo que les sobra. De aquí que una supervisión crítica reflexiva podría equilibrar obras que el inexperto autor, al afectar sus primeras armas, ha alumbrado desequilibradas. Esto equivale a decir que la madurez del novelista no viene impuesta por lo que los años dan de experiencia o de imaginación, sino por lo que con el tiempo va ganando en punto a discernimiento, capacidad de selección y sentido autocrítico. El novelista madura cuando aprende a administrar, cuando para imprimir un

matiz determinado o una situación acierta a hacerlo con una palabra en lugar de emplear una frase; en definitiva, el novelista está a punto cuando elimina de sus obras «las tonterías», cuando su criterio se muestra apto para separar el grano de la paja, o lo que es lo mismo, cuando incorpora a su labor el don inestimable de la sobriedad.

1957

El ingenio y el ingeniero

Afirmar a estas alturas que los españoles somos un pueblo apasionado no es descubrir ningún Mediterráneo. En la argumentación nos mostramos radicales, y en cualquier clase de discrepancia estimamos nuestras razones generalmente más sólidas de lo que son, en tanto las de nuestro antagonista las desdeñamos por deleznable. Ello no es óbice para que en España se apele a la razón y a la justicia con mayor vehemencia que en otras partes. Sin embargo, cuando uno de los protagonistas de una discusión dice en nuestro país «Vamos a darnos a razones», hay que echarse a temblar; las bofetadas no tardarán en producirse. Nada digamos si la cuestión es de índole multitudinaria; la cosa entonces es más grave y cae dentro de la normalidad el que la dirimamos a tiros. La historia del siglo XIX y buena parte de la del XX abonan esta tesis. La fogosidad constituye una rémora en el campo de la dialéctica, donde tiene más valor acertar a dar la vuelta a los argumentos del adversario que tratar de imponer los propios a voz en cuello. En España todos sabemos teorizar sobre la discusión, pero muy pocos sabemos discutir; puestos a ello, la cosa degenerará en violencia o en el más pueril de los bizantinismos.

Creo que ahora anda sobre el tapete el proyecto de reforma de ciertas enseñanzas técnicas con objeto de que aumente en el país el número de ingenieros. «Con más ingenieros, nuestra producción se incrementará», afirman los partidarios de la reforma, y para justificar esto dicen que España apenas da trescientos ingenieros por cada millón de habitantes, siendo así que Estados Unidos da cuatro mil y Francia dos mil. El razonamiento no deja de ser peregrino y peca de demasiado simplista. Los detractores del proyecto, por contra, afirman que si calculamos por unidad de producción, que es, según ellos, como se debe hacer, viene a resultar que España tiene quince mil ingenieros por cada cien unidades, mientras que Estados Unidos e Inglaterra no disponen más que de catorce mil y siete mil quinientos, respectivamente. Es decir, que nuestro país tiene más ingenieros que las naciones más poderosas e industrializadas. Padecemos también, por lo visto, una inflación ingenieril. España, proporcionalmente, tiene más ingenieros que nadie. Uno, que desde su atalaya de observador guarda una postura objetiva, no puede menos de sobresaltarse. La discrepancia, como se ve, y como es usual en el país, no puede ser más tajante.

Uno, al enfrentarse con este problema, ha de pensar necesariamente en aquello de qué fue antes, el huevo o la gallina, es decir, en el caso que nos ocupa, qué fue antes, el ingenio o el ingeniero. En apariencia, de muy poco ha de servirnos, por ejemplo, alumbrar cada año varios cientos de ingenieros de minas si carecemos de minas donde colocarlos. En cambio, yo pienso que no nos iría mal del todo si ampliásemos en nuestro país el número de ingenieros de caminos, pongo por caso. Allá donde el ingeniero se las ingenia para sacar algo de la nada parece oportuna su multiplicación. Allá donde el ingeniero se limite a explotar una riqueza existente se me antoja razonable que sea esta riqueza la que determine su número.

Para mí los argumentos esgrimidos hasta la fecha, sobre apasionados, pecan de demasiado abstractos. El que unos digan que tenemos menos ingenieros que nadie y otros arguyan que proporcionalmente el número de ingenieros es superior en España al de cualquier otro país, creo que no conduce a ninguna parte; es llevar la discusión a ese terreno de extremismos radicales que tan escasos frutos nos ha rendido hasta el presente. Es posible que, sometiendo el problema a un

planteamiento menos numérico y más literario, llegásemos a resultados más realistas. Cualquier cosa antes de encastillarnos en dos polos antagónicos, y andar peloteándonos todo el tiempo con pompas de jabón. Si la tinta, el tiempo y la cabeza que se han gastado en el debate se hubieran aplicado a elaborar un concienzudo proyecto sobre una red de carreteras, eso, pienso yo, iríamos ganando los españoles.

1957

Un viajero de tercera

Biografías como la última que he leído, de Albert Schweitzer, premio Nobel de la paz 1953, deberían constituir lectura obligatoria en las escuelas del mundo, particularmente en esta hora en que todos nos esforzamos por ser más ricos, pero muy pocos por ser mejores o más útiles a la comunidad. Albert Schweitzer nos brinda una lección múltiple, como múltiple y polifacético fueron su talento y su vitalidad. A mi entender, lo menos ejemplar de Albert Schweitzer, con serlo mucho, fueron sus ideas. El ejemplo de Schweitzer es ejemplo de conducta; Schweitzer es el prototipo de hombre que, pese a su valía, solicita siempre el puesto más incómodo y de mayor responsabilidad. No se conforma con invitar al prójimo a la acción; él es la acción. Quiero decir con esto que Albert Schweitzer no pronuncia una lección dogmática; Schweitzer no es el orador apasionado y henchido; es, sencillamente, un franciscano; un hombre que predica con el ejemplo. En el momento de su consagración en Europa como artista y como intelectual, Schweitzer lo abandona todo para atender a los sufrimientos de sus hermanos negros en el corazón de África. Lambarene, su ciudad-hospital, constituye un símbolo de lo que podría llegar a ser el mundo si los problemas universales se planteasen con la generosidad y elevación de miras con que lo hizo siempre en su reducido mundo el organista de Günsbach.

Anotemos algo esencial: para Schweitzer, la acción no es la violencia. Schweitzer –de ahí su lección sustancial– detesta la violencia y demuestra, sin embargo, que existe un heroísmo superior al que depara el uso de las armas. El meollo de la profunda filosofía de Albert Schweitzer, que forjó sus ideas entre los más prosaicos y abnegados menesteres, reside en la máxima del «profundo respeto a la vida». En esta época en que el cine y la literatura propenden a la exaltación del héroe brutal, la trayectoria de Albert Schweitzer representa un ejemplo hermoso e inusitado.

La singularidad de este ser reside precisamente en su decidida oposición a las corrientes que privan en su época. Así, su polifacetismo asombroso. Schweitzer es el hombre que no delega en los demás las tareas accesorias. Todo lo lleva a cabo él solo. Su fecunda vida constituye una prueba palpable de las posibilidades del individuo cuando son alentadas por un ideal. Schweitzer es la constancia; es el hombre que inició distintos caminos y los recorrió todos hasta el fin. Su polifacetismo resulta sorprendente en una era cada vez más dada a la especialización, al dominio exhaustivo, con rigurosa exclusividad, de una minúscula parcela de ciencia. Schweitzer es aún más inquieto que los grandes hombres del Renacimiento italiano: predicador y médico; organista y filósofo; arquitecto y misionero; conferenciante y labrador. Asombra observar cómo un hombre de tantas y tan opuestas facetas pudo alcanzar en una sola vida el relieve máximo en cada una de ellas.

Mas la suprema lección que nos brinda este ser extraordinario es una lección de modestia. En esta época tan dada al endiosamiento, donde hasta el más mediocre pontifica y el presunto valor no tiene paciencia para aguardar la confirmación ajena, alcanza un relieve insólito la sencilla humanidad de Albert Schweitzer, un hombre desentendido de toda vanidad, que ni aun en los días en que su nombre fue triunfalmente paseado por los cinco continentes renunció a su proverbial humildad, a su vocación por los vagones de tercera clase, cuando son tantos –¡oh, Dios!– los que hoy viajan en clase superior a la que en realidad les corresponde.

Todo esto me hace pensar en la conveniencia de divulgar las vidas de estos hombres verdaderamente grandes en lugar de calentar las mentes infantiles con hazañas de violencia en las que el odio, generalmente, es el principal factor.

1956

ARTÍCULOS

La crisis de la didáctica

Si la didáctica es el arte de enseñar, es obvio que tal arte debe ejercerse no sólo desde la cátedra, sino también desde el libro. Al estudiante universitario suele abandonársele un poco a sus propias fuerzas, pensándose quizá que ya es mayorcito, siendo así que un examen superficial de ciertas obras de texto de rango superior nos revelan la necesidad de protección que tiene el estudiante en todas las fases de su vida.

Desacreditado, aunque no en desuso, está el sistema de los apuntes, ya que todo libro, aun el menos sistematizado, aventajará en algo a aquéllos. Esto equivale a decir que no debiera haber asignatura sin un texto básico, y conveniente sería exigir que este libro se ajustase a una elemental línea didáctica.

A menudo, los libros que aspiran a lograr una eficacia en la enseñanza son oscuros cuando no impenetrables. Los autores de libros destinados a la formación intelectual de la juventud olvidan con frecuencia su elevada misión. No es difícil observar en estos textos antes una finalidad de lucimiento personal que una eficiencia docente. Éste es un grave mal. El profesor que tras años de esfuerzo dominó una materia, no se resigna, a veces, al escribir un libro, a enterrar su erudición. Olvida igualmente que el secreto de la didáctica reside en tender un puente asequible entre el maestro y los discípulos, y que ese puente no puede ser otro que un libro afortunado, un libro esencialmente didáctico.

A veces se confunde en nuestro país la elevación con la complejidad. Hay quien considera una flaqueza un libro científico claro, supuesto que para él la ciencia es sinónimo de hermetismo. Ortega y Gasset ha demostrado que las ideas elevadas pueden expresarse sencillamente. No puede negarse que Ortega haya influido en la manera de pensar de muchos españoles, pero lo que no puede decirse es que les haya enseñado a escribir. Cada día es mayor el número de libros antididácticos que circulan por nuestros centros docentes. Y no sólo no cunde en este aspecto el ejemplo de Ortega, sino que, por el contrario, entre nuestros intelectuales se tiene a gala esconder las ideas más simples bajo un lenguaje inextricable. Las nobles ideas nada ganan arropadas en una terminología conceptuosa. El gran enemigo de nuestro idioma es la pedantería.

Diríase que en nuestro país nadie se conforma al escribir un libro con sistematizar unos conocimientos. Cada autor apunta a descubrir las raíces metafísicas de su pedazo de ciencia. Considera factible que el alumno asimile en nueve meses los conocimientos que a él le costó nueve años embotellar. Ignora o cierra los ojos a la realidad. No le importa que su juvenil auditorio se mueva entre nubes si ha dejado a salvo su prestigio de hombre profundo.

Yo recuerdo a estos efectos la lucha atroz que en mis tiempos suponía enfrentarse con la lista de los reyes godos o con la Edad Media de la historia de España. Los alumnos nos perdíamos en un intrincado galimatías de nombres y fechas. No acertábamos a distinguir si Recesvinto tenía mayor importancia que Recaredo o a la inversa. Sabíamos quién era Sancho IV, pero no lo que era el Privilegio de la Unión. Conocíamos la fecha en que se produjo la Revolución francesa, mas

ignorábamos lo que era el absolutismo. En una palabra, el sistema prolijo de enseñar la historia a través de los nombres de sus protagonistas nos llevaba a conocer figuras grises y anodinas y a ignorar el significado de las más grandes instituciones. Los historiadores olvidan con lamentable frecuencia que hay muchas figuras que ni siquiera merecen el insignificante honor de ser citadas en letras de molde.

Un elemental principio didáctico nos enseña que el maestro debe colocarse a la altura de los discípulos más romos, si quiere que su labor resulte provechosa. No es un mérito sacar un sabio del superdotado, sino sacar a flote, con los conocimientos precisos, a las inteligencias más precarias.

La didáctica es el arte de enseñar, siquiera algunos pedagogos modernos se obstinen en transformarla en el arte de anonadar.

Sobre los divos

Escribí no hace mucho un artículo sobre los divos para decir que, a mi entender, ellos, como las tácticas, resultan nocivos para el deporte. Dos aficionados al deporte cuadrado y geométrico, al deporte bajo techo, censuraron en sendas cartas mi posición. Celebro que ahora el Tour de Francia haya venido a ponerse de mi parte, a demostrar la tesis que yo sostenía hace unos meses, y me depare ahora una oportunidad de reforzar mis palabras.

Hemos de convenir en que el divo suele ser una figura antes de serle reconocida su condición de divo; llegar a divo, en deporte, es el primer síntoma de decadencia. El divo ha venido a destruir la posibilidad de la sorpresa, a desterrar el ímpetu y la improvisación. El deporte se convierte de esta manera en una cosa demasiado aséptica y previsible.

En fútbol hemos visto cómo declinaban conjuntos que un día fueron modelo de homogeneidad, cohesión y fuerza en cuanto se incrustó en sus filas un divo hacia quien debían encaminar sus puntapiés los compañeros. Hace unas semanas, la XLIII versión del Tour de Francia demostraba que el divismo no le es menos perjudicial al deporte de los pedales. Efectivamente, cuando los lebreles de segunda fila, o a quienes se consideraba de segunda fila, se vieron libres de la faja ortopédica de la domesticidad y de preconcebidas y agarrotadoras tácticas, probaron sobradamente que corren y aguantan más que los divos; es decir, que los presuntos segundos son capaces de hacer mejores carreras que los primeros o, si se quiere, que, llegada la hora, saben ser más divos que los divos. Ha sido suficiente que por fas o por nefas dejasen de abortarse iniciativas, de estrangularse esfuerzos individuales, para evidenciar que los malos son capaces de dar la vuelta a Francia en bicicleta en menos tiempo que los buenos. Esto, cuando éramos niños, que es cuando uno no entiende aún de espíritu de equipo y de movimientos solidarios y calibra más desinteresadamente el esfuerzo personal, bastaría para coronar a quien fuese con los laureles de campeón.

Es de esperar que este desconcertante, anárquico, pero eminentemente noble y deportivo Tour de Francia 1956 sirva para que quienes aman el deporte por el deporte, para que quienes conocen sus entresijos saquen conclusiones saludables. Por de pronto, salta a la vista que el deporte, si ha de conservar su fibra y su espectacularidad, ha de responder a una competencia espontánea. La consagración, el todos para uno, comporta en ciertos deportes especialmente viriles el primer indicio de enervamiento. Una cosa es el deporte y otra muy distinta la geometría y la aritmética. Tratar de tamizar el deporte por un cedazo más o menos científico equivale a mixtificarlo. El divismo y las pizarras están echando las cosas a perder. Gane quien pueda y tengamos la fiesta en paz. Se aducirá que el Tour de Francia 1956 ha sido un modelo de desorganización y de insolidaridad, mas uno pregunta: ¿es que el hecho de que los buenos se hayan derrumbado ante el tenaz empuje de los mediocres (?) no demuestra que los mediocres son mejores que los buenos? Esta clase de pruebas deben servir para sacar a flote a la figura que por facultades físicas y por inteligencia demuestre estar más a punto. Por encima de tácticas y técnicas, por encima de viejos prestigios artificialmente prolongados, razonable parece que gane el mejor y no el que haya contado con más ayuda o más eficaces servicios.

Divos y destajistas

Ya veo que hablar de los divos en el deporte puede ser el cuento de nunca acabar, supuesto que a cada afirmación que uno sienta saltan cuatro o cinco contradictores enarbolando sus opiniones apasionadas sobre el problema. Sin embargo, de entre todas las objeciones recibidas con motivo de mi artículo «Sobre los divos», entiendo que no merece la pena de considerarse sino aquella que alude a la belleza del «mínimo esfuerzo» en el deporte, en oposición a los inarmónicos y descoyuntados movimientos de los «destajistas». Los «destajistas», he aquí ya una expresión singular para definir a aquellos que se lanzan al deporte apoyándose en el amor propio y el pundonor antes que en las facultades físicas. Sobre los destajistas habría tanto que escribir como sobre los divos, sin olvidar que un equipo de destajistas puede, y de hecho ocurre así con frecuencia, derrotar a un equipo con tres o cuatro divos en sus filas. Si no fuera por los destajistas el deporte en general hubiera entrado ya en la fase preglacial que ha de anteceder a su desaparición y muerte. Eliminar del deporte la competencia equivale a eliminar la chispa que ha hecho de ciertos ejercicios musculares la mayor atracción de multitudes hoy en día. En lo que se refiere al ciclismo, sujetemos al destajista a la servidumbre de doméstico y obtendremos una prueba tibia, barroca, todo lo llena de adornos, posturas y actitudes atléticas que queramos, pero carente en absoluto de pasión. Démosles, por el contrario, libertad y veremos cómo las medias horarias se reducen y los divos han de convertirse en destajistas si no quieren verse desbordados por éstos.

Las facultades tienen un límite y si unos descomponen su postura al llegar a cinco, otros la descomponen al llegar a siete y los menos al llegar a diez, pero en definitiva, la clase no servirá nunca para hacer vibrar a las multitudes si no se le agrega el entusiasmo. Entre Poblet, único divo teórico del equipo nacional en el último Tour de Francia, y Bahamontes, un auténtico destajista, yo, como español y como aficionado al deporte de la bicicleta, me quedo con este último. Hoy es probable que al toledano se le considere ya como un divo en el mundo del pedal. Si él se lo cree y prescinde del ardor combativo, del amor propio de que alardeó en el pasado Tour, habrá perdido como deportista, para mí y para otros muchos aficionados, todo interés. En resumen, los divos, los fijos, las marcas, etcétera, vienen de un tiempo a esta parte ablandando el bravo deporte de la bicicleta y haciéndonos olvidar que a sus cultivadores se los llamó un día «gigantes de la ruta», título sin duda un tanto exorbitante para los partidarios del ritmo y de la postura, de la elegancia del «mínimo esfuerzo» a que alude mi comunicante.

En resumen, yo no desdeño el ritmo, la eurytmia y la armonía, pero bien creo que éstos deben ocupar un segundo plano en una competencia deportiva. La poesía del movimiento y la proporción tiene ocasión de manifestarse en la gimnasia y la danza; mas si la exhibición se plantea en el terreno de la emulación y uno de los actores debe sobresalir necesariamente de los demás, entonces, junto a la belleza del esfuerzo estéticamente encubierto, operan otros factores que como el entusiasmo, el amor propio y el tesón influyen más directamente que aquél en mantener la grada tensa y expectante, en apasionar a la multitud. Esto equivale a decir que el exhibicionismo apenas si tiene sitio en las competiciones deportivas tal como hoy se desarrollan en el mundo. O si se prefiere, que el público antepone, y no sin razón, el destajista al divo.

El pueblo ante el drama

Si nos detenemos a considerar la Semana Santa vallisoletana, llegaremos a la conclusión de que el encendido fervor del pueblo se consigue a base de buscar el contraste más relevante entre la figura de Jesús y la perversidad diabólica de los sayones.

En la composición plástica de la Pasión del Señor por medio de «pasos» –agrupación de figuras habitualmente dispersas–, existe, aparte del símbolo religioso, una contraposición de actitudes humanas que es, en última instancia, lo que conmueve la sensibilidad del espectador sencillo.

Efectivamente, el hombre se siente seducido desde su origen por la eterna pugna entre el bien y el mal, por la oposición inconciliable entre lo bueno y lo malo. En puridad, todo en la vida obedece a este enfoque maniqueo. El melodrama llega al alma popular por sus acusados contrastes entre lo íntegramente bueno y lo absolutamente malo. Al pueblo no le satisface la contemplación del espectáculo y, de hecho, lo rechaza si, mentalmente al menos, no se le brinda una participación. En los desfiles procesionales de la Semana Santa, la masa requiere un desahogo emocional, y esto se consigue humanizando lo que, por principio, es divino. De aquí que en el espectador sencillo de la Pasión del Señor sea muy difícil separar la complacencia estética de la emoción religiosa y del dolor humano. El pueblo no comprende el arte si éste no promueve en él una remoción de sentimientos.

La vida es un constante deslindar entre lo bueno y lo malo. El secreto de la pervivencia del western y de su continuado éxito entre los públicos elementales del mundo, radica en la tajante separación de buenos y malos. Si la diferencia entre unos y otros se diluye, el éxito decrece. Esto significa que el western, si aspira a pervivir, debe abandonar todo prurito de perfeccionamiento y mantenerse en su candorosa pureza inicial. De otro modo atraerá a un sector, hasta ahora reacio, pero perderá, en cambio, el apoyo del gran público que de siempre le fue adicto.

La Pasión del Señor –la representación plástica que mañana desfilará por nuestras calles– enciende en el espectador, habitualmente frío, una llama de fervor que la crueldad de los sayones torna compasiva. El hondo concepto religioso del castellano le impide exteriorizar sus sentimientos. De aquí que la característica de la Semana Santa de Castilla sea el recogimiento. En Andalucía no es posible acallar del todo la vitalidad popular, que precisa explayarse siquiera por la válvula de la saeta. Esto quiere decir que en el sur la procesión es un acto externo, mientras que en Castilla, la procesión va por dentro. Es una manera diferente de acusar el impacto. Al castellano, lo sobrenatural le paraliza; de otro modo, patearía violentamente la flagelación como un acto cobarde y aplaudiría, frenético, el momento de la resurrección del Señor como evidencia palpable del triunfo del bueno sobre los malos. Es más, si por un instante los sayones tomasen carne y el espectador primario fuese liberado de su agarrotamiento, toda la fuerza pública del mundo resultaría insuficiente para evitar el linchamiento. El conflicto entre la bondad intachable de Jesús y la refinada perversidad de los sayones alcanza en estos desfiles un patetismo dramático.

Se ha dicho que Castilla es lacónica y sobria. La belleza y personalidad de su Semana Santa habrá de buscarse, pues, en su sobriedad y su laconismo. Esto no quiere decir que el espectador sea insensible al drama que se desarrolla ante sus ojos, sino todo lo contrario. En el alma del pueblo borbotea un sentimiento de revancha porque sabe que, a la postre, Cristo resucitará y los sayones, sus verdugos, caerán de espaldas. El presentimiento de esa hora, de ese final feliz, le hace soportar, aparentemente impávido, las dolorosas incidencias del camino del Calvario.

1956

La mantisa

En reciente ocasión he comentado el absoluto divorcio que existe en nuestro país entre los hombres de números y los hombres de letras, una vez que sobre los diecisiete años se llega a la encrucijada y se hace indispensable la opción. Tras la elección llega el divorcio y, para el hombre de números, una vez afianzado en su esfera, la lectura de un poema equivale a una claudicación, mientras para el de letras la resolución de una raíz cuadrada implica una tarea evidentemente superior a sus fuerzas. Existe entre ambos mundos, más que un encono, una absoluta y displicente incomunicación.

La asistencia ocasional a unos ejercicios de reválida me ha permitido escuchar la palabra *mantisa* después de casi veinticinco años de no oírla, con la particularidad de que dicha palabra ha tenido la virtud de reavivar en mí sensaciones y aun emociones ya casi olvidadas, pero que afloraron en tal circunstancia como al conjuro de un aroma o una canción. En la aridez fría y práctica del área matemática, la palabra *mantisa* siempre me resultó como un vientecillo sutil y liberador. Junto a voces tan rotundas y contundentes como *ecuación* y *teorema*; junto a palabras de tan desagradable sabor quirúrgico como *quebrado* y *cálculo integral*; junto a palabras de tan acentuado ritmo mecánico como *media diferencial* y *potenciación*; junto a palabras, en suma, ambiguas, vagamente taimadas, como *característica* y *número E*, impregnadas de un difuso y vergonzante tufillo literario, la mantisa suponía la presencia del eterno femenino, de lo fragante y elástico, de lo noblemente sentimental, dentro del mundo de habas contadas, positivo y prosaico, de las matemáticas. La mantisa era, al margen de su significado —que jamás acerté a comprender del todo—, la eufonía dentro de un mundo de aristas pungentes, rígido y enterizo.

Ahora la palabra, surgida al azar, en unos ejercicios de reválida, vuelve a producirme análoga impresión. Uno no acierta a comprender la presencia de una palabra tan engrasada y eufónica, tan torneada y literaria, en el austero campo de la matemática. Puesto a reflexionar sobre ello, uno llega a la conclusión de que hasta los temas más ásperos requieren en la vida el contrapunto de la dulzura, el lubricante del sentimiento. En este sentido, la suavidad de la palabra *mantisa* viene a subrayar la rigidez mineral de las palabras *binomio* y *polinomio*, *substracción* y *corolario*; es su contrapunto. Así las cosas, la mantisa es a las matemáticas lo que la rubia del *saloon* a las películas de vaqueros, lo que el pájaro a la novela tremendista, lo que el oasis al desierto, lo que la enfermera al hospital de heridos de guerra, lo que el aceite al motor, lo que el hada benéfica, en suma, a un cuento de brujas horripilantes.

La mantisa —¡oh dulce y hermosa palabra!— anda perdida ahí, en el frondoso bosque de los coeficientes y los logaritmos, los axiomas y los postulados, como una Mata-Hari de las bellas letras, paracaidista en la retaguardia de los números sin corazón; como una vaga promesa para quienes aguardan la liberación de su purgatorio matemático; como una presencia tonificante y esperanzadora. Uno, que en el fondo no es más que un sentimental, cree honradamente que si ha de llegar el día que entre el mundo de las letras y el de los números se haga la paz y brille la concordia, éstas no se lograrán a través del número E, ni a través de la falaz característica, con

toda su carga de pretensiones, con toda su torpe y rastrea ambigüedad, sino a través de la candorosa, espontánea y sufrida mantisa, esa humilde palabra, exilada y perdida, a la cual rindo hoy desde aquí mi modesto homenaje de hombre de letras.

1957

Ciudades impersonales

En las ciudades americanas y europeas que he visitado últimamente he observado una tendencia gregaria hacia la uniformidad. Es éste un fenómeno universal, puesto que la primera preocupación de los ediles del mundo entero, empezando por los de casa, parece ser el desarrollo de las grandes vías y del ornato vegetal excesivamente relamido; del alarde botánico que pudiéramos llamar de artesanía. Esta tendencia motiva que las ciudades que carecen de historia, de piedras básicas, sean ciudades impersonales, cuya diferenciación se va haciendo con los años prácticamente imposible. Las pequeñas capitales se esfuerzan en disipar su aire provinciano, y su mayor orgullo estriba en trazar bruñidas calzadas para sus automóviles. Nada digamos de las capitales de Estado, cuya marcha es tan acompasada, que a uno le va resultando difícil, sin atender a otros motivos, saber por qué continente se mueve. Así, Río de Janeiro, Buenos Aires y Santiago de Chile son ciudades que evidentemente aspiran a lo mismo; sus diferencias son de matiz o de cantidad, nunca más profundas. El funcionalismo ha saltado fronteras, ha vadeado mares y hoy el Nuevo Mundo, salvo en aquellos sectores con una huella palpable del pasado, ofrece una perspectiva decepcionante en fuerza de regularidad de factura y de tonos. En las ciudades citadas, la particularidad de Río dimana de su luz y de su fronda; la de Buenos Aires, de su enorme densidad demográfica, y la de Santiago, de su decoración andina. Arquitectónicamente, urbanísticamente —aparte alguna audacia vanguardista de los brasileños—, estas ciudades carecen de notas sustanciales, definidoras.

Otro tanto acontece en Europa. En realidad, a Europa la salvan sus vestigios y sus tradiciones. Por mucho que se esfuercen los ediles europeos en borrar el carácter de sus ciudades, no podrán conseguirlo en mucho tiempo. En Europa, cada ciudad tiene su sello, siquiera este sello no se haga ostensible en sus barrios céntricos, todos ellos pretenciosos en su afán de modernidad. Por regla general, lo que el visitante estima en las ciudades que visita constituye una vergüenza para los nativos. Nada más ingrato que tratar de llevar a los ediles al convencimiento de que sin hacer de la ciudad una antigualla, cabe buscar una adecuación entre el pasado y el presente; es decir, que los barrios modernos de las ciudades no tienen por qué propender a rimar con los de la capital vecina más importante, sino con los barrios periféricos y con las características de la región y sus habitantes. Si urbanísticamente trascendieron antaño esas diferencias, no hay razón para borrarlas en nuestros días. A Nápoles le darán la puntilla el día que modernicen sus barrios altos, sus barrios populares, únicos que comunican al visitante una idea aproximada de la vitalidad, de la debilidad exhibicionista de la región. A Cádiz no le imprimen carácter sus monumentos, sino la simetría, la angostura de sus calles, los miradores colgantes de sus casas de tres pisos, su albur con rebrillo de cristales, de un acentuado aire colonial. Nápoles y Cádiz no han renunciado al progreso, pero tampoco en aras de éste han sacrificado su personalidad.

El declinante acento personal de las ciudades corresponde al declinante acento personal de los individuos. La producción en cadena está desatando efectos que rebasan el ámbito estrictamente industrial y económico. Al cine se le ha acusado asimismo de uniformar psicologías, de facilitar un cliché tentador de seres atractivos y superficiales para que hombres y mujeres tomen modelo de él. Yo entiendo que el fenómeno obedece al anhelo, siempre vivo, pero

acentuado en nuestros días, de aparentar más de lo que se es. Esta actitud despierta un afán imitativo que en la mujer se traduce en copiar a su artista predilecta, y en los ediles provincianos en aproximar lo más posible la ciudad que rigen a la capital del país. La identidad del modelo provoca uniformidad, síntoma de decadencia y de falta de imaginación; de dotes creadoras, en suma.

El cálculo y la improvisación

La derrota del Atlético de Bilbao a pies del Manchester, después de las precauciones tomadas por los bilbaínos alineando en Las Corts un equipo de suplentes en vísperas del partido de vuelta con el conjunto inglés, demuestra lo mal que encajan en el gran club bilbaíno las previsiones y los cálculos.

El Atlético de Bilbao es sin ninguna duda el único equipo español de Primera División que nutre sus filas de su propia cantera; Bilbao hace sus futbolistas y los gasta. Por añadidura, el conjunto vasco es uno de los contados grupos españoles que por encima de modos y modas transitorias conserva una peculiar manera de ser y de interpretar el juego del fútbol. Cuando hablamos de solera nos referimos aquí, antes que a la antigüedad, a un respeto por las normas tradicionales, nada desdeñables en el terreno deportivo.

Entre otras razones, es ésta, sin duda, una de las que más han influido en ampliar las simpatías de este equipo fuera del área del País Vasco. En España, país, como es sabido, muy dado a la envidia, se guarda, no obstante, una admiración, muchas veces inconfesada, hacia todo aquel que se abre camino por sus propios medios. Éste es el caso del gran club norteño, que contrasta vivamente con otros clubs no menos fuertes que, sin embargo, deben su potencia al dinero. Entre quien debe su fortuna al azar o a la herencia y el que la forja a fuerza de ingenio y trabajo, las simpatías, en nuestro país al menos, se quedan con éste.

De otra parte, el equipo vasco responde mejor que ninguno, en lo que se refiere a interpretación del fútbol, a unos cánones temperamentales conocidos en el mundo con el nombre de «furia española» y que en rigor no es otra cosa que la tenacidad, el coraje y la improvisación. Esto equivale a decir que los futbolistas bilbaínos son poco amigos de tácticas previas y que su consigna, por lo general, obedece al elemental y deportivo principio de salir a darlo todo. Del Atlético de Bilbao se ha dicho siempre que es muy capaz de cambiar el signo adverso de un partido en cinco minutos. El hecho de que este principio siga vivo justifica que el paso del conjunto vasco por cualquier ciudad arrastre multitudes y, de otra parte, que el grupo conserve sus rancias virtudes de tesón, resistencia física y velocidad perfectamente incontaminadas. Con las pizarras magnéticas y demás zarandajas ocurre lo que con las medicinas, que sabemos, más o menos, lo que quitan pero no sabemos lo que ponen. En el caso del equipo vasco es obvio que la era de la pizarra magnética está pasando sin dejar huella y el juvenil equipo atlético conserva, si cabe reforzadas, la lozanía y la espectacular espontaneidad de juego que siempre lo caracterizó.

Su eliminación en la Copa de Europa me ha entristecido y no he podido por menos de relacionarla con esas precauciones y esas reservas a que aludía más arriba, incompatibles, a mi ver, con el carácter del viejo y juvenil Atlético bilbaíno. A los leones, entiendo yo, no es necesario preservarlos de las lesiones y la fatiga. En cualquier caso, dejar los titulares en la banda es un pobre recurso de club burgués, de club de tobillos importados a tanto la pieza, pero nunca del celeberrimo, vertiginoso y esforzado Atlético bilbaíno. En sí la cosa no tiene mayor importancia y si la señalo hoy es más bien como síntoma y como razón de lo mal que le sientan al

equipo vasco las previsiones, porque el Atlético de Bilbao, a Dios gracias y ojalá que sea para muchos años, fue de siempre un equipo que saltó al campo a darlo todo y acertó innumerables veces a improvisar sobre la marcha la fórmula de la victoria.

1957

Un nuevo Nadal

Después de seguir una a una las votaciones del Nadal 1956 me he reafirmado en el convencimiento de que también la maltratada literatura puede dar sus cardíacos. Éste es el lado malo de estas eliminatorias cuantitativas, de un acentuado sabor futbolístico. Tamaña sorpresa ya empezó a roerme allá por el año 48, cuando uno no era sino aspirante al premio Nadal, y el premio Nadal, a su vez, otro aspirante al premio Nadal, con mayúsculas, que ha llegado a ser hoy, después de su XIII edición. Por lo que atañe a éste, las cosas empezaron a enredarse sobre las doce de la noche –y me refiero a Valladolid, tan afortunado en este gordo de las letras españolas–, hora en que Radio Nacional de Barcelona se desentendió, al fin, de la interferencia de una emisora extranjera y dejó oír claramente que *La frontera de Dios*, del padre Martín Descalzo, marchaba lanzada hacia el triunfo. Quedaban en liza aún cinco contrincantes, mas *La frontera de Dios* caminaba bien arropada en una esperanzadora unanimidad del jurado. Conocía la novela del padre Martín, la que, por encima de toda posible objeción técnico literaria, desarrollaba un tema nuevo, de una fuerza sobrecogedora, que no invitaba precisamente a reparar en virtuosismos de construcción o fórmulas expresivas.

*(En puridad, conocía la novela del padre Martín Descalzo desde cuatro años atrás, los mismos años que hace que lo conozco a él. Esto equivale a decir que mi amistad con el padre Martín Descalzo es ya casi una vieja amistad, una antigua, proverbial amistad. El padre Martín Descalzo arribó a Valladolid de misacantano allá por marzo del 53. Entonces me presenté a él y hasta le hice una caricatura. Existía un sólido motivo entrañable. José Luis cantaba misa el mismo día y en la misma ceremonia en que su tío Francisco, el cura viejo, celebraba sus bodas de oro con el sacerdocio. Bueno, pues le hice la caricatura y a su tío también. Luego guardé el lapicero y el padre Martín Descalzo empezó a hablarme de muchas cosas con mucho aplomo y con mucho fundamento, lo que me hizo sospechar que el padre Martín Descalzo sabía efectivamente un poco de todo. Y una de las cosas que me contó fue el argumento de *La frontera de Dios*, que entonces, aún en la nebulosa, no se llamaba *La frontera de Dios*, sino *No queremos milagros en el pueblo*. La idea me impresionó. Entonces me dijo que la escribiría el día que tuviese tiempo. El padre Martín Descalzo no tuvo tiempo, como es sabido, hasta tres años más tarde. Más arriba dejé dicho que el padre Martín Descalzo arribó a Valladolid el año 53. Precisemos. Cuando el padre Martín Descalzo arribó por primera vez a Valladolid aún no era padre. El vallisoletanismo del nuevo Nadal es asunto viejo, asunto de bisabuelos. Los padres proceden de *La Parrilla* y *Nava del Rey* –buena tierra de vino–, proveyetas villas pincianas. Esto no quita para que, hilando más delgado, hagamos un expreso reconocimiento de la patria chica del galardonado: *Madridejos*, *Toledo*. A cada cual lo suyo, y no armemos cuestiones.)*

Cuando Radio Nacional redujo a cuatro los candidatos, uno de ellos el padre Martín Descalzo, mi mujer aconsejó, como medida discreta, despertar al concursante. Para ello habíamos de servirnos de un tercero, su tío Francisco, el cura, cuyo teléfono utilicé hasta anteayer para ponerme al habla

con el padre Martín Descalzo. Era ya la una menos cuarto, pero no vacilé. Llamé insistentemente, violentamente, en vano. Entonces resolvimos despertar al hermano del concursante, el abogado don Antonio Martín Descalzo. Aquí, el teléfono apenas dio dos timbrazos. Se entabló un diálogo cortado, casi eléctrico:

–¿Qué pasa?

–José Luis... Va lanzado hacia el premio.

–Yo también estoy a la escucha. ¿Cómo lo ves?

–De primera. ¿Se le podría avisar?

–Hace unos días le pusieron teléfono; el 6737.

–Gracias.

A poco, Radio Nacional de Barcelona interrumpió su deslumbrante descripción de los salones del Hotel Oriente en noche de gala para comunicar los resultados de la nueva votación. *La frontera de Dios* continuaba con siete votos, pero *Central eléctrica*, de López Pacheco, seguía, asimismo, con siete votos. Llamé al padre Martín. También él estaba a la escucha. También a él, con mayores derechos que a nadie, se le ahogaba con un pelo. No hicimos otra cosa que intercambiar nervios. Por la tensión de los míos calculaba yo la suya. No íbamos a ninguna parte. Colgué. Entonces traté de desfogarme despertando al fotógrafo Cacho, titular de *El Norte de Castilla*, para decirle que estuviese dispuesto para un servicio. El hombre hablaba como contristado. Tenía sueño. No digería lo del Nadal. No debía saber a ciencia cierta de qué se trataba. Le silabeé dos veces que se trataba del premio Nadal y que tenía la corazonada de que iba a «caer» de nuevo en Valladolid.

*(Era el tercer premio que iba a jalonar la carrera literaria del padre Martín Descalzo. El primero, el *Ínsula*, lo obtuvo en 1952 con sus Sonetos del Alba. El jurado es un dato considerable: Aleixandre, Dámaso Alonso, Bousoño, Muñoz Rojas y José Luis Cano. Después, cuando ya empezábamos a ser viejos amigos, obtuvo el Naranco para novela corta por su Diálogo de cuatro muertos. Ya el padre Martín Descalzo estaba «colocado» en Valladolid y yo le había incorporado a la hoja literaria de El Norte de Castilla. El padre Martín Descalzo venía dando semanalmente un artículo apasionante y apasionado. Artículos, los suyos, como pirámides, en cuyo vértice, ineluctablemente, estaba Dios. Ahora recuerdo dos recientes, magníficos, con motivo de la muerte de Papini y el Nobel de Juan Ramón. El padre Martín Descalzo sabe ya mucho de los apremios del periodismo. En fin, estas cosas consolidaron nuestra amistad. Nos veíamos con menos frecuencia de lo que ambos deseáramos, en mi casa, y charlábamos. No soy hombre de muchas palabras y procuraba dejarlo hablar. Me entusiasmaba, siempre me entusiasmó, su ardimiento. Y también su fe. El padre Martín, en nuestras charlas, seguía enseñándome muchas cosas, tal vez sin él darse cuenta, sin sospecharlo siquiera. Me asombraba, a su edad, el volumen de su cultura literaria, aunque él disimulara su erudición y aun sus altas, precisas y cálidas ideas sobre las cosas. Su palabra me sentaba. Oyéndole me sentía satisfecho de ser católico y hasta me parecía que él, en cierto modo, era «responsable» de ello.)*

Radio Nacional de Barcelona, tras una entrevista a Díaz-Plaja, nos trajo la anteúltima votación:

–Central eléctrica, cinco votos; La frontera de Dios, cinco votos; Los clarines del miedo, de Ángel de Lera, cuatro votos.

Acrecieron los nervios. La expectación en torno al receptor era solemne, maciza. Al cabo, sobre la voz un poco fatigada del locutor, vibró el timbre del teléfono. Sentí una sacudida. Se puso mi mujer:

–Conferencia de Barcelona –dijo–. ¡Esto es que se lo han dado!

Tomé el auricular:

–Valladolid, sí. ¿Quién llama?

–Vergés.

–¿Salió Martín Descalzo, al fin?

–Sí, acabamos de votarlo. ¿Dónde puedo localizar a este hombre?

–Llama al 6737 –dije–. ¡Adiós!

Colgué apresuradamente. Aspiraba a ganarle por la mano. Entonces se entabló un forcejeo tenaz. Vergés quería el 6737 sin perder hilo. Yo llamaba obstinadamente al mismo número. La radio, a mi lado, seguía haciendo frivolidad, como si el nuevo Nadal aún no hubiera nacido. A intervalos oía la voz de Vergés, levemente destemplada, y la de la señorita telefonista. En un claro conseguí línea. Se puso el propio padre Martín Descalzo.

–Quiero ser el primero en darte un abrazo –le dije.

Se le quebró la voz.

–¿Qué ocurre?

–He hablado con Barcelona. ¡Eres premio Nadal! Le oí comunicar a sus padres la noticia:

–¡Me lo han dado! ¡Me lo han dado!

Luego no pude hablar más. Le dije que colgara, pues iban a llamarlo del Hotel Oriente.

La radio, al fin, dijo:

–Mil novecientos cincuenta y seis ya tiene Nadal, el padre José Luis Martín, cuya novela...

Pero mi mujer y yo ya andábamos en la calle.

(El padre Martín Descalzo no empezó a escribir aquí. El vicio de llenar cuartillas le agarró temprano. El padre Martín Descalzo siempre ha ido un poco adelantado. Sin embargo, nunca fue niño prodigio. Desde chico debió tener el suficiente talento para ser prodigio sin parecerlo. A los dieciocho años, para ir al Colegio de Roma, se puso calzones largos, porque su tío, el cura viejo, se negó a que se presentase de bombachos. El rostro del padre Martín Descalzo, de por sí aniñado, trasciende lealtad, sinceridad y simpatía. Entre eso y que siempre navegó adelantado, al llegar a Valladolid para cursar el primero de Filosofía en el Seminario Mayor, un compañero le dijo: «¿Qué pintas tú aquí arriba?». «Soy de primero», respondió José Luis Martín Descalzo. «Eso es abajo», le dijo el otro. Abajo se cursaba el primero de latín, del Seminario Menor. Cuando se confirmó que José Luis Martín Descalzo cursaba Filosofía, los compañeros corrieron hacia el benjamín del grupo a comunicarle la fausta nueva: «David, David –lo rodearon–. Ha llegado uno más chico que tú».

En Roma, por aquello de que el padre Martín caminó siempre un poco adelantado, tuvo que aguardar un año para ordenarse, y eso después de obtener dispensa para hacerlo año y medio antes de cumplir la edad reglamentaria, los veinticuatro. El 19 de marzo de 1953 se celebró su ordenación. El 28 del mismo mes cantaba su primera misa en Valladolid.

Pero creo que decía más arriba que el vicio de escribir le agarró temprano: en tercero de latín, según propia confesión, el padre Martín Descalzo escribió más de diez mil versos.)

Antes de salir de casa yo traté de confirmar al fotógrafo la necesidad de sus servicios. Éste, con fino olfato, ya estaba en la casa del premiado cuando llegué. Su premura le valió poder obtener una fotografía en la que el padre Martín Descalzo escucha por teléfono la comunicación oficial del premio. Respondo de su autenticidad. En ella, el padre Martín Descalzo aún no tiene puesto el alzacuello. Es un detalle. El fotógrafo lo sorprendió en *negligé*. Luego lo abracé yo, y al hacerlo sentí una rara emoción. Esta cosa del Nadal –por encima, en este caso, de una amistad entrañable– crea indudablemente un vínculo. Los padres del padre sacan champaña. El hermano, unos suculentos habanos. Empezó a bordonear el teléfono. Luego no lo dejaría en toda la noche. Barcelona, Madrid, Valencia... Ambiente de nervios, de júbilo. El premio Nadal nace en 1956 con dolor de cabeza. A pesar de ello llega el emocionado brindis por la suerte de *La frontera de Dios*. El flamante premio Nadal de 1956 junta sonriente su copa de leche (a las ocho de la mañana celebra misa) a las de champaña de sus familiares y amigos. El teléfono de nuevo. El padre Martín Descalzo lo toma y nos hace un guiño:

–La United Press –dice.

Seguimos el monólogo en expectante silencio:

–Sí, sacerdote, pero no carmelita. Descalzo es apellido.

(Al padre Martín Descalzo no le asusta trasnochar. Debe de estar habituado. Su noble ambición no le permite reposo. El padre Martín Descalzo es un joven cura revolucionario. A poco de llegar a Valladolid volvió el espíritu de sus hombres como quien vuelve un guante. Arremetió contra nuestro cristianismo inmovilista y rutinario, teórico y conformista, y lo puso patas arriba. La ayuda no le vino mal al padre Marcelo González, otro gran luchador por un cristianismo más humilde, profundo y operante. Pero aún no dije que el padre Martín Descalzo se afirmó en Valladolid ganando por oposición la cátedra de Literatura del seminario. Echó raíces, vaya. Aparte, estaba lo de coadjutor en la parroquia de Santiago y lo de consiliario de Acción Católica Universitaria femenina. Aparte, estaban muchas otras cosas que el padre Martín Descalzo echó generosamente sobre sus espaldas. El padre Martín Descalzo es un infatigable trabajador. Es una fuerza espontánea, en pleno vigor físico, que volará muy alto si los desengaños y las ingratitudes y las incomprensiones no le cortan las alas prematuramente. Ya en Roma dio pruebas de inquietud. Él fue uno de los fundadores del grupo Estría, del cual José María Javierre fue el iniciador. Con ellos, Montalvillo, Montero, Revuelta, García Amor, Montaña y Peralta. Después se agregarían Schöckel y Cabodevilla. Todos influidos por José María Valverde.

En Valladolid, su fogosidad encontró vasto campo: organizó el cinefórum, las lecturas y coloquios teatrales –¡oh, qué sagaces sus puntos de vista sobre El renegado, El cuarto de estar, etcétera!– e inició su colaboración en los folletos de Propaganda Popular Católica. Aparte, pongamos sus obligaciones de catedrático y coadjutor; aparte, sus conferencias y sermones. Al azar abro su diario: «16 de noviembre de 1956: 8, misa; hasta 10.30, confesionario; 11,

entierro; conferencia en la Normal; 3.30, clase en Seminario; 5, visitas; 5.30, charla en la Enseñanza; 8, reunión delegados menores de Acción Católica; 9, Círculo de estudios con la JUMAC». He aquí la vida, un día cualquiera, del último premio Nadal.)

La madrugada, tras la tensa fatiga de la espera, no era coyuntura propicia para la charla. Además, estaba el teléfono. Fue necesario citarnos a la hora del desayuno para poder dirigir al Nadal unas preguntas reposadas. Pocas:

–¿Tus maestros como novelista?

–Graham Green, Dostoievski y Bernanos.

–¿Qué añades a sus ideas sobre la novela?

–Una visión más serena. Frente a la angustia de ellos por encontrar algo, opongo la tranquilidad de quien ya ha encontrado.

–En una novela, ¿buscas algo además de su valor literario? –Al terminar una novela me pregunto: «Esto, ¿para qué me sirve?». Me parece exacta una frase de Claudel: «La belleza está hecha para algo muy distinto del placer». En determinados momentos puede agradar una novela que proporcione horas felices. A mí, sinceramente, si no hay más, no me interesa.

–¿Crees en la necesidad de una novela católica?

–Creo que un católico no debe producir sino novelas católicas. Novela católica no es igual a novela de tesis católica ni a novela sermón.

–¿Entonces?

–Hay muchas técnicas para novela católica. Primera: con Dios como paisaje. Segunda: con Dios como personaje, y tercera, con Dios como protagonista.

–Aclara esto.

–Dios-paisaje: a Dios no se le ve pero está al fondo (*La muerte le sienta bien a Villalobos*). Dios-personaje: lo mismo que Pedro y Juan, está Dios como un personaje más (*Los cipreses creen en Dios*), y Dios-protagonista: novela en la que la presencia de Dios es invasora, aunque a Dios no se le vea demasiado, siquiera lata en cada página cierto temblor religioso (*La mujer nueva*).

–*La frontera de Dios*, ¿en qué grupo la incluyes?

–En el tercero, desde luego.

(Las ideas del padre Martín Descalzo sobre literatura no son de hoy. Son las ideas que ha sostenido –y practicado– en una obra de cierta vastedad y coherencia. Sus libros, además de los citados más arriba, son: Fábulas con Dios al fondo, poemas inéditos, y Un cura se confiesa, obra confidencial, apresurada, con páginas verdaderamente impresionantes. Sobre esto, una extensa relación de folletos de Propaganda Popular Católica: «Yo he llegado a cura», «Fray Juan de la Mano Seca», «Cortesía con Dios», «Si Cristo volviera» donde late la misma preocupación que en La frontera de Dios, «Creo en el demonio» y «Fábula del ángel cojo». Para dar una idea de la popularidad y difusión de estos títulos bastará decir que entre los citados suman una tirada de cerca de medio millón de ejemplares.)

El padre Martín aguarda impávido la nueva andanada. «No conseguí dormir en toda la noche», me dice. Y añade: «Como las buenas noticias tampoco vienen solas, acabo de recibir una carta en la que me anuncian la edición italiana de *Un cura se confiesa*». Tiene ojos de fatiga, pero ni la

noche de insomnio ha dominado su energía, su minucioso, envidiable orden mental.

–¿Crees –le digo de pronto– que el sacerdote-escritor responde a la misma exigencia social que el sacerdote-obrero? –En el fondo vibra la misma preocupación y acechan los mismos peligros. Yo sentiría equivocarme como alguno de aquéllos se equivocó, pero confío que entre todos habremos hecho acto de presencia del sacerdote en el mundo contemporáneo.

–¿Es eficaz el apostolado desde la novela?

–Sí, pero es difícil. El cura dice: «Pon esta frase». El novelista dice: «Pon esta otra». El equilibrio es casi imposible. –¿Acecha el sermón?

–Hay que frenarlo en muchos momentos porque tira de uno. Si la novela tiene suficiente pasión humana, equilibra lo que el sermón pueda tener de declamatorio.

–¿Cómo ven tus compañeros esto?

–Es lamentable que muchos no comprendan que ésta puede ser una actividad sacerdotal. Al comunicar mi idea de hacer una novela, uno me dijo: «Quid hoc ad aeternitatem?». –¿Germen de tu libro?

–Dos cuartillas que escribí en el año 1952. Lo titulaba entonces *No queremos milagros en el pueblo*. Tal vez nació la idea después de ver la película francesa *Dios tiene necesidad de los hombres*. De ahí también que mi idea fuese en origen para un guión cinematográfico. Espero que no pasen inadvertidos los valores plásticos de la novela.

–¿Primer desarrollo del germen?

–Verano de 1953. Desarrollé en quince folios el argumento. –¿La forma definitiva?

–Escribí la novela en treinta y tres días. Quince en el verano de 1955. Una semana en las navidades del mismo año y los diez restantes en el verano de 1956. Más tiempo tardé en encontrar título adecuado. *La frontera de Dios* resume perfectamente el argumento pero trasciende a cosa conocida. El primitivo título, *No queremos milagros en el pueblo*, me resultaba largo. Pensé en *El becerro de oro* y así tenía hechas las copias hasta el mismo día de depositarlas en el correo, en que me decidí por *La frontera de Dios*.

–¿Cómo ves la novela, el teatro y el cine, como conjunto, en relación con Dios?

–A mis alumnos les señalo esta curva. Edad Media: máximo teocentrismo. Todo en esa época se concentra en Dios, quizá excesivamente, con desprecio de los valores humanos. Segundo, Humanismo. El Humanismo podía haber logrado la síntesis de los valores humanos y la religión, pero por una serie de factores esta unión no se logra y nace el antropocentrismo. Todo gira en torno al hombre y Dios va siendo desplazado gradualmente hasta llegar al máximo del desplazamiento en los finales del siglo XIX. Precisamente en este momento nace el retorno con Dostoievski. Ahora asistimos al momento de ascensión religiosa en lo literario. Precisamente por atravesar el momento de crisis violenta no es fácil lograr una postura perfecta de novela o arte católicos.

(Confidencial: Uno, aparte los saberes y prendas que adornan al padre Martín Descalzo, dispone de otras razones, profundas razones para estimarlo. El padre Martín Descalzo es el cura de uno, el cura de las misas de los domingos de uno. Los domingos, a esa hora absurda de las siete y media de la mañana, esa hora absurda, que bien mirado no es carne ni pescado, pero en la que se oyen diáfanas las horas de los relojes de todas las torres y el restregar, no menos diáfano, de todas las escobas de todos los barrenderos de la ciudad; a esa hora absurda en que

el Pisuerga se desviste de nieblas y humedades, yo –dicho sea con perdón– y mi cuadrilla llegamos pin pianito a nuestra misa de cazadores, que es la suya, la del padre Martín Descalzo. La suya, y la nuestra, es una misa conmovedora del trasnochador honesto, media docena de chachas pizpiretas, cinco cazadores –uno el burro delante y su cuadrilla– y cuatro bomberos del retén. Y en las vidrieras de la iglesia amanece Dios cada mañana; un Dios de muchos colores. Y uno, si alguno de la cuadrilla se desmanda, o se le pegan las sábanas –que todo es posible–, sale al atrio a entretener al padre Martín Descalzo unos minutos, hasta que el rezagado llega. Y el padre Martín –brillante vencedor del Nadal 1956– se muestra tan comprensivo y razonable que, como quien no quiere la cosa, se deja entretener sin rechistar.)

1957

Periodismo de ayer y de hoy

No hace falta llegar a ser lo que con cierta sorna condescendiente llamaban los gacetilleros de antaño una persona provecta para observar lo deleznable de toda actitud humana, la rapidez vertiginosa con que se suceden las modas y las costumbres. Esto, que ya no sorprende cuando se trata de manifestaciones más o menos frívolas, como el sombrero femenino o la línea del automóvil, no deja de causar, en el ánimo de las personas sensibles, una suerte de desencanto cuando afecta a cosas que, tal vez un poco soberbiamente, consideramos sustanciales.

Concretamente en lo que atañe al periodismo, podemos asegurar que la técnica o el arte del oficio ha dado un viraje radical en los últimos cincuenta años. El redactor de sucesos de hace medio siglo no se sentiría hoy tan desplazado en ninguna parte como en la mesa de redacción de un periódico, y a la inversa. Esto presupone que nada hay tan diferente del periodismo de ayer como el periodismo de hoy y que los progresos en los medios informativos han dado al traste con aquel bello oficio –bello y hasta cierto punto creador– de los hinchadores de telegramas.

Hace cincuenta años, las mesas de redacción estaban encargadas de llenar las planas de un periódico con docena y media de escuetos telegramas, razón por la cual la plantilla de los periódicos se componía de personas cuya cualidad esencial era algo así como una suerte de automatismo imaginativo. Era aquel un arte que ha pasado a la historia y que no andaba lejos del arte del actual fabulador. El corresponsal madrileño facilitaba un argumento esquemático al que el redactor provinciano había de añadir ambiente, circunstancias y escapes laterales. En una palabra, la labor del periodista de antaño consistía en hinchar y en adobar noticias. Las columnas de un periódico resultaban demasiado largas y había que arreglárselas para llenarlas decorosamente. No hay que decir que la fantasía, la enciclopedia Espasa y la geografía del Instituto Gallach constituían entonces unos auxiliares inestimables en las mesas de redacción.

Pero, como todas las cosas, el periodismo ha ido dando la vuelta de una manera insensible y hoy nos encontramos con que los corresponsales, los teletipos, el teléfono y la radio, unido a la escasez y carestía del papel, hacen las columnas de los periódicos insuficientes y el periodista, en lugar de hinchar y adobar, debe aprender a deshinchar, a podar la abrumadora información diaria, de ambiente, circunstancias y escapes laterales. El periodismo del día es sinónimo de sobriedad, y a mayor número de noticias corresponde menor lujo de pormenores. La enciclopedia Espasa y la geografía del Instituto Gallach duermen, en consecuencia, su polvoriento sueño en las estanterías, mientras el redactor extracta las informaciones, descarna las noticias hasta dejarlas reducidas a un puro aunque bien articulado esqueleto. El periodismo provinciano ha dado un viraje de ciento ochenta grados; el procedimiento, el arte del periodista de hoy es opuesto al del periodista de ayer. Antaño había que transformar el rígido telegrama que llegaba de Madrid en frondosa literatura, en noticia pormenorizada; hogaño, la frondosa literatura, la noticia pormenorizada que arriba de Madrid hay que convertirla en rígido telegrama.

He aquí una manifestación más de la dictadura de los tiempos; de la dictadura del vértigo y el apremio, siquiera hoy como ayer las mesas de redacción continúan siendo un auténtico laboratorio de taumaturgos que hinchan o deshinchán, de acuerdo con las exigencias del tiempo y de los lectores.

El hombre que llovía demasiado

Leo en una revista de cierta solvencia que el hombre no tardará en controlar el clima. Según el autor de este artículo, «hacer llover cuando conviene y hacer brillar el sol cuando se desea son ya exigencias de la vida moderna». En verdad, la vida moderna se nos está volviendo cada día más exigente.

El autor del referido artículo se las promete muy felices. Yo recelo, por el contrario, que la regulación del clima a voluntad no aportará a la humanidad sino nuevos motivos de discordia. Desde hace siglos el hombre ha luchado contra los elementos que se consideraban fatales y ha descubierto que la inexorabilidad de algunos de ellos era solamente relativa. Tal, los hielos polares; tal, las crestas del Himalaya; tal, el espacio; tal, el clima. Poco a poco la dominación de la naturaleza va transformándose en un hecho consumado. Mas, cuando este proceso concluya, el hombre tendrá que detenerse y entonces se preguntará: «Bueno, ¿y ahora, qué?».

El hombre, ante la fatalidad, no tenía otro remedio que resignarse, pero si nunca llovió a gusto de todos, imaginemos nuestra actitud cuando el que abra el grifo sea otro hombre. Desde el momento en que los elementos dependan de nuestra voluntad, nacerá un nuevo motivo de discrepancia entre los hombres. ¿Cómo conciliar tantos intereses como en el mundo operan?

Es previsible que, alcanzado el control del clima, sea la agricultura, de entrada, quien imponga su dictadura. El Estado fijará el tempero, los días de siembra y de recolección. Ante todo, el cazador, el pescador, el alpinista, el esquiador, el aficionado al fútbol se rebelarán: «No me gusta nada este Gobierno –dirán–. Hace llover demasiado». Y, entonces, empezarán a conspirar para derrocarlo e implantar la dictadura del sol. Pero, llegado este momento, serán los campesinos quienes inicien un movimiento de recuperación del poder porque los campos se arruinan y la economía se desbarata. Habrá que inventar entonces un calendario pluviométrico para dar satisfacción a todo el mundo y en lugar de esos inefables Día del Padre, Día de la Madre, Día de la Canción que nos hemos inventado, se instaurarán los días del Esquiador, del Cazador, del Futbolista, del Aficionado a los Toros. En el mejor de los casos, el futbolista, el cazador, el taurino se sentirán postergados y se dirán: «El labrador tiene muchos días y nosotros pocos». Y, de inmediato, tramarán otra revolución.

¿Y qué decir de la gramática y de la literatura? Adiós toda esa bella teoría de los verbos impersonales: *llueve, nieva, graniza, escarcha*. Habrá que decir: *yo lluevo, tú nievas, él graniza, nosotros escarchamos*. En cuanto a ese fácil recurso de los escritores para animar sus partos desencadenando sobre sus páginas los elementos naturales, también tendrá que desaparecer: «El Gobierno hizo nevar aquel día y Paulina cogió un resfriado», escribirán. Y el protagonista, ante la enfermedad de la amada, se revolverá, asimismo, contra el Gobierno y se convertirá en un nuevo conspirador.

Entiendo que estos progresos no van encaminados ciertamente a encontrar la fórmula de la paz universal. Cuantas más y mayores sean las fuerzas que dependan de la voluntad humana, más numerosos serán los motivos de incomprensión. A mí no me es difícil imaginar los titulares de los periódicos del futuro a este respecto: «Veinte mil llaneros se manifiestan en Venezuela», «El

Gobierno llevaba veinte días sin llover para respetar las vacaciones del presidente». O bien: «Los veraneantes de X reclaman un poco de sol», «Si el Gobierno hace sol –responden los campesinos–, arrasaremos nuestros cultivos». Etcétera, etcétera.

En cualquier caso, estamos ante una nueva conquista que terminará, como otras muchas, volviéndose contra nosotros. Si hay un final previsible de la vida sobre la Tierra, ese final se producirá el día que las fuerzas desatadas por el hombre se vuelvan contra él y lo sojuzguen. Entonces habrá llegado el momento de morir por Dios o, en el mejor de los casos, la hora de volver a empezar.

Aviso a los padres de familia numerosa

Considero un deber advertir a mis colegas, los padres de familia numerosa, que a la hora de hacer efectiva la protección oficial que, al parecer, trata de ayudarnos a resolver los arduos problemas de cada día, tomen toda suerte de precauciones para que la tan cacareada protección no se vuelva contra ellos.

Me explicaré. Hace pocos días, con ocasión de un viaje Valladolid-San Sebastián, estrené el talonario que da derecho a un descuento del veinte por ciento en los billetes de ferrocarril. Muy satisfecho –con esa satisfacción pueril que nos desborda a los españoles cuando en lugar de cobrarnos mil por un artículo nos lo ceden en novecientos noventa y nueve–, tomé posiciones en el tren después de cerciorarme de que el carnet de identidad, el carnet de familia numerosa, la tarjeta sin la cual este último carnet es papel mojado, el billete, la reserva y el suplemento de velocidad, figuraban en mi cartera.

Tal precaución resultó superflua cuando a los pocos minutos el revisor me hizo ver que la tarjeta de familia numerosa que acompañaba al carnet de familia numerosa, al billete de familia numerosa, al suplemento de velocidad y a la reserva, estaba caducada, o sea que uno, en lugar de tomar la tarjeta recién renovada, había tomado la de año anterior. Echándolo a barato le dije al revisor que, donde hay chicos, ya se sabe, y que al regreso lo tendría en cuenta, pero él, muy celoso de su deber, tiró del talonario y me dijo que tenía que extenderme el suplemento. Me resigné a pagar mil por lo que me habían cedido en novecientos noventa y nueve, pero mi asombro llegó al colmo cuando el revisor me dijo que el suplemento ascendía a trescientas siete pesetas con veinticinco céntimos, es decir, que por ser padre de familia numerosa descuidado, en lugar de pagar doscientas pesetas por el billete a San Sebastián, como todo hijo de vecino, la Renfe me castigaba y tenía que pagar quinientas. El motivo para entablar el españolísimo debate estaba más que justificado y, naturalmente, lo entablamos.

Indagué el porqué de esa cantidad y el revisor explicó que, en lugar de pagarle el veinte por ciento que me habían descontado en atención a mis muchos hijos, debía abonarle el cuarenta y, además, para que no volviera a tomar una tarjeta por otra, tenía que desembolsar otro billete entero.

Traté de hacerle ver que el hecho de tomar una tarjeta de familia numerosa por otra tarjeta de familia numerosa obedecía precisamente a la familia numerosa que le atosiga a uno antes de partir y le pone nervioso y que de esto, entendía yo, es de lo que debía protegerme el Estado.

El hombre, sin descomponer la figura, me dijo que a él no le afectaban las cuestiones sentimentales y que el reglamento era el reglamento. Confieso que perdí los estribos, y le dije que en mi caso no había dolo, culpa ni mala fe y que la sanción, por tanto, no estaba justificada y que todo esto no era más que un atropello.

El revisor seguía sin descomponer la postura y sin descomponer la postura me recomendó que dejara quieta la lengua por si las moscas. Naturalmente, su recomendación fue un nuevo espolazo y entonces voceé que en la taquilla me habían despachado el billete con la tarjeta caducada y que él tenía que aceptarla así le gustara o no.

Llegados a este punto, el hombre, que continuaba, por cierto, sin descomponer la figura, me hizo el peregrino descubrimiento de que en la taquilla no tienen por qué mirar la tarjeta al despachar el billete, y para reforzar su afirmación me pasó por las narices una circular que, por lo visto, circula entre los interventores de ferrocarriles pero no entre los padres de familia numerosa, que son los interesados, y en la que, en efecto, se legitimaba su bonita operación.

Ofuscado, le dije que aquello era una perfecta ratonera y ante esto el hombre me hizo una expresiva seña y me dijo que «Sin faltar, ¿eh?» y uno, como buen padre de familia numerosa, cuando le mientan la trena aunque sea con un gesto, se suavizó y abonó las trescientas siete pesetas con veinticinco céntimos sin rechistar.

Liquidado el incidente, a mí se me ocurre que en el país hemos llegado a un límite; que en España sobran hijos o sobran papeles; que las preocupaciones que unos y otros dan no caben en una cabeza normalmente constituida, es decir, que la familia numerosa y los papeles numerosos son de todo punto inconciliables y que si uno, además de velar por sus hijos y por sus papeles y por la renovación puntual de sus hijos y de sus papeles, tiene que desarrollar cualquier actividad profesional, puede tener por seguro que, a pesar de los notables progresos de la medicina, no alcanzará la jubilación. Esto es muy triste y, ante un hecho así, la protección oficial debería extender un poco más su compasivo manto y decretar:

- a) Una protección especial para los poseedores de papeles numerosos.
- b) Que ningún padre de familia numerosa sea sancionado por el hecho de retrasar la renovación de sus papeles, la renovación de sus hijos, tomar un papel por otro, un hijo por otro o extraviar bien sea uno de éstos o uno de aquéllos.
- c) Que el padre de familia numerosa y el poseedor de papeles numerosos sean tratados, en el peor de los casos, como un don Juan particular.

Campeón de taquillas

Como discreto aficionado al fútbol, como uno de esos aficionados modestos que superan el «hinchismo» desaforado una vez alcanzada la adolescencia, he sentido una profunda satisfacción deportiva con el tercer triunfo consecutivo del Real Madrid en la Copa de Europa. Las victorias del equipo madrileño han reverdecido los laureles del fútbol español, tan a punto de agostarse después de las torpes exhibiciones del conjunto nacional por esos campos de Dios. Este hecho me ha llevado a pensar si no sería más eficaz para el deporte balompédico español echar mano a cada momento del equipo de club más en forma, con un par de interpolaciones a lo sumo, para representar a España en cualquier confrontación internacional. Esta decisión, supongo yo, nos colocaría a cubierto de todo ensañamiento en el caso de un revés y aumentaría nuestro mérito en el caso de un triunfo.

Mas a lo que iba, el partido de Bruselas me hizo vibrar de admiración y entusiasmo, al escuchar por la radio cómo por dos veces el Real Madrid remontaba un tanteo adverso para acabar derrotando a un conjunto de méritos parejos. Esto quiere decir que el Real Madrid ha logrado conjugar un grupo muy diestro y eficaz en eso de propinar patadas a una pelota; el grupo más diestro y eficaz de Europa, si juzgamos, como debe hacerse, por los tanteos parciales y por ese tres a dos definitivo.

Ahora bien, tras el triunfo me llegan los rumores de que el Real Madrid, en un impulso exaltado de euforia económica y con la pretensión de dar carácter vitalicio a su título bien ganado, no se apresta a reforzar su cuadro con savia nueva sacada de sus propios viveros, sino que pretende incorporar al club dos figuras de relieve mundial, a costa de un buen puñado de millones de pesetas. En una palabra, el flamante campeón de Europa pretende eliminar de sus filas los Pérez y los Rodríguez para injertar «kas» y «uves dobles» a todo pasto. De este modo, el Real Madrid asegurará su posición no sólo fortaleciendo su cuadro, sino debilitando los ajenos, aquellos a quienes va a privar de sus «kas» y sus «uves dobles» a partir de la próxima temporada. «Uno no gana si otro no pierde», como apuntaba Colbert en plena fiebre mercantilista.

A mi entender, esta actitud ha venido a empequeñecer la brava proeza del once madrileño. Esta actitud no supone desprendimiento, ni espíritu deportivo, sino tan sólo potencialidad económica. Y esto, en el deporte, me parece a mí, no debe contar o debe contar muy poco. Como español me duelen los comentarios que presiento. En las capitales europeas no se dirá ya que un equipo de fútbol español es el más diestro en el arte de patear una pelota, sino el más poderoso en recursos financieros. Un equipo cuajado de «kas» y «uves dobles» y «eses líquidas» no puede representar, me parece a mí, en ninguna parte, al balompié nacional.

Yo me temo que, por este camino, el Real Madrid acabará demostrando solamente que su club es el campeón europeo de taquillas, pero nada más; es decir, que los verdaderos campeones son los espectadores españoles, o si se quiere madrileños, que se rascan el bolso con mayor facilidad que los espectadores del resto de Europa.

Esto es muy triste, y quienes creemos aún que el profesionalismo no destruyó totalmente el deporte no podemos por menos de clamar contra esta lamentable orientación de nuestro fútbol. Estos millones podrían ser muy útiles, a mi juicio, para formar a las nuevas promociones, para

desarrollar la cantera futbolística de Vallecas, pongo por caso, e incluso para acabar de poner a punto y en disposición de alcanzar categoría de fenómenos a los muchachitos de Baracaldo y Ondárroa que esperan, pacientemente, su oportunidad. Todo menos adulterar ahora una limpia trayectoria, cuyo último eslabón ha sido Bruselas, para que los aficionados europeos, en lugar de hacerse lenguas del fútbol español, puedan recibir en lo sucesivo los triunfos de nuestros equipos representativos con un displicente: «Así ya se puede».

1958

La pesca de la trucha

Uno de los deportes a los que el no iniciado arriba indefectiblemente en momento inoportuno es la pesca de la trucha con cucharilla. Puestos a ver, esto de la pesca requiere más esperanza que fe, de ahí que las mujeres, que tienen más fe que esperanza, sean malas pescadoras. Ellas creen, en efecto, que los ríos de montaña están poblados de truchas, pero desesperan de agarrarlas, y de ahí que rara vez se pongan a la tarea. En cualquier caso, el oficio de pescador de trucha con cebo artificial exige tal dosis de paciencia y humildad que desconfío que las generaciones venideras lleguen a ejercitarlo.

Esto no es obstáculo para que la pesca de trucha con cucharilla constituya una hermosa y sugestiva teoría. Si el lector platica con un experto, éste le dirá que nuestros ríos del norte representan en este aspecto un paraíso; que este tipo de deporte es el más económico, puesto que con una misma cucharilla se pueden atrapar tres o cuatro docenas de truchas; que es el ejercicio más sano y también el más adecuado para aventar el mal humor acumulado en seis días de oficina; y, en fin, que extraer del río una pieza de dos kilos constituye una de las emociones más decantadas y profundas que la vida puede deparar aún al hombre de nuestro tiempo.

La teoría, como digo, es tan hermosa, que uno no vacila en proveerse de una caña ligera, un carrete de lanzar, un aparejo, unas botas altas, una docena de cucharillas, dos de emerillones y una cesta, es decir, un equipo completo que, más o menos, andará rondando los quinientos duros. Y apenas se abre la veda, se llega al río con una avidez sólo comparable a la de los antiguos buscadores de oro. Lo curioso del caso es que, mientras usted se obstina en lanzar y recoger inútilmente la cucharilla, su desinteresado asesor, desde la otra ribera, no hará más que amontonar truchas en la canasta valiéndose de una caña de cinco duros y una lombriz. Al final de la jornada, usted habrá dejado entre la maleza del fondo una docena de cucharillas y entonces su asesor le advertirá que principio quieren las cosas, y que para aprender hay que perder, y que en marzo baja un paquete de agua imposible, y que vuelva usted en junio. No hay credulidad comparable a la del aprendiz de pescador, y usted volverá en junio, dejará en el río otra docena de cucharillas sin fruto y, al concluir, su desinteresado asesor le hará ver que el día está raso y los peces advierten el engaño, mas ello no impedirá que él siga amontonando truchas sin moverse de bajo un olmo con su caña de cinco duros y una lombriz. Mas la constancia del aprendiz raya en la obstinación y usted aguardará al primer nublado para asomarse de nuevo al río. Todo inútil, porque, como le indicará su asesor al terminar la jornada, las aguas bajan lodas y espesas y los peces no distinguen el cebo.

En suma, dudo mucho que exista un momento oportuno para que el aprendiz urbano pueda lograr su primera trucha valiéndose de una cucharilla. En este menester, como en todos aquellos en que la competencia anda por medio, nada como dejarse guiar por los consejos del principiante. El experto truchero suele ser un ente hermético y desconfiado que únicamente le advertirá que en el río hay una piedra después de verle tropezar en ella. Guiado por mi buen deseo, me considero, pues, en la obligación de advertir a los presuntos pescadores de trucha con cebo artificial lo siguiente:

a) Que no se dejen engañar por las apariencias, supuesto que si uno se desplaza a pescar a Cuenca, resulta que el paraíso del pescador está en León, pero si se llega a León, resulta que el paraíso está en Cuenca.

b) Que la práctica choca con la teoría en lo referente a la economía de este deporte. Más fácil que pescar tres docenas de truchas con una cucharilla es pescar una trucha con tres docenas de cucharillas.

c) Que la trucha aún no tiene apetito en marzo y en abril ya se le ha pasado. Y aun dando por supuesto que lo conserve, si el día está claro los peces ven el artificio y si está oscuro no distinguen el cebo.

d) Que no se engañe diciéndose que el campo, al menos, sirve para aventar el mal humor de seis días de oficina. Es mucho más probable que tenga que utilizar los seis días de oficina para disipar el mal humor de un día de pesca adverso que lo contrario.

Y si a pesar de estos consejos el lector persiste en su decisión de pescar truchas con cucharilla, allá él se las componga.

1958 (recogido en *Vivir al día*, 1968)

Caridad espectacular

Es deprimente observar cómo va perdiendo actualidad aquella máxima que, aludiendo a la caridad cristiana, afirma que ésta debe ser tan discreta que la mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha. Esta forma de caridad, la única valedora, ha caído en nuestros tiempos en desuso. Uno hace hoy caridad cuando está convencido de que va a enterarse de su gesto no sólo su mano izquierda sino la mano izquierda del vecino de enfrente, es decir, cuando su nombre va a salir impreso en los papeles o va a ser voceado por la radio como ejemplo de liberalidad y nobleza. De otro modo, apenas si se arriesgaría a ser caritativo a no ser que a cambio de unos billetes se le ofrezcan dos docenas de buenos escotes y una opípara cena fría. La otra caridad resulta, en 1959, mortalmente aburrida y no poco trasnochada. La mano izquierda no soporta ignorar lo que hace la derecha. En definitiva, uno llega a la caridad a caballo de la sensualidad o de la vanidad; de otro modo prefiere quedarse en el camino.

Mucho me temo que con estos movimientos de caridad colectiva organizada estemos dando al traste con el verdadero sentido de la caridad o, en todo caso, me pregunto, si con estos movimientos no tratamos de disfrazar de caridad la falta de justicia. Lo cierto es que este fenómeno de la caridad organizada, de la caridad a golpe de gong, va tomando carta de naturaleza en el país y la gente se divierte mucho viendo cómo se rasca el bolsillo el vecino dando ciento por lo que no vale uno o disfrazando de amor al prójimo la más descarada forma de vanidad que han conocido los tiempos.

El juego de azar ha adoptado en nuestra época una modalidad publicitaria muy bien orientada que, dentro del espíritu comercial, es perfectamente correcta. De este modo, antes que a la lotería, el español juega hoy al concurso X o al carrusel Z, ya que, sin ningún desembolso, se le ofrece la oportunidad de hacerse rico o, siquiera, de atender una necesidad que con el trabajo de cada día sería muy difícil satisfacer. Todo esto está muy bien y es muy plausible dentro del ámbito mercantil para el que estos programas fueran creados. Lo malo empieza cuando se traslada el sistema a otros campos y el instinto de puja y emulación se utiliza, por ejemplo, para estimular la caridad, al socaire de la miseria de ciertas capas sociales o de una calamidad colectiva. Hay momentos en que la solidaridad humana debe manifestarse en silencio porque no es lícito que con el dolor de los unos monten los otros un juego de sociedad. No obstante, y aunque tal vez todos estamos persuadidos de ello, cada vez pisamos menos firme en este terreno. La vida moderna se caracteriza por la inclinación a hacer frivolidad de las cosas más serias y respetables. Hoy son muchos los pasodobles que se marcan en España a costa de los habitantes de las chabolas y demasiadas las verbenas montadas, como un frívolo funeral, por los supervivientes de una catástrofe.

Es posible que estas medidas sirvan para juntar un dinero que sin ellas nunca se podría juntar. Es posible que esos dineros vengán luego a remediar necesidades urgentes o aliviar estremecedoras llagas sociales, pero es evidente que existe un desajuste entre el fin y los medios; una incongruencia entre la manera de allegar esos fondos y su destino. Esto equivale a afirmar que la caridad, como tal, está en nuestro país en franco declive, y todo aquello de la «solidaridad» y

el «desprendimiento de los españoles» no son sino frases acuñadas por nuestra pobre vanidad, con la intención de ocultar pudorosamente una frívola ligereza y ese exacerbado anhelo de divertirnos, aunque sea bailando un chotis sobre el hambre y la desnudez de nuestros prójimos.

1959

Una historia común

El esfuerzo de varios países europeos por crear un mercado común demuestra hasta qué punto el hombre contemporáneo anhela una fórmula de estrecha convivencia. Tal esfuerzo se me antoja plausible, mas en todo caso considero que se trata de un parche que no afecta para nada a la entraña de la cuestión. Peca de ingenuo todo procedimiento que pretenda estrechar los lazos entre los hombres sin más que modificar las cosas en torno y la organización de las cosas en torno. Sin duda, este puede ser un camino, pero existe otro más corto, cual es el de llegar a las cosas a través del hombre, es decir, transformar al hombre para que, a su tiempo, pueda éste corregir serenamente los errores a que están sujetas las cosas que de él dependen.

Un mundo poblado por hombres de buena voluntad sería un mundo sin problemas, puesto que es incostestable que no son los problemas los que engendran la mala voluntad de los hombres, sino que son los hombres de mala voluntad quienes engendran los problemas. A mi entender, lo sustancial es, pues, enmendar al hombre en la convicción de que lo demás se nos dará por añadidura.

Viene esto a cuento de la particular y apasionada manera que hay de enseñar la Historia en todos los pueblos del mundo. Y no me refiero tanto a lo que el historiador puede poner en la obra de su propia cosecha, cuanto a la manera subjetiva de enfocar los acontecimientos que nos son comunes.

A este respecto, puedo asegurar que los párvulos de Chile y la Argentina tienen una idea de la dominación española radicalmente diferente a la que tienen nuestros párvulos. Otro tanto acontece con los párvulos italianos respecto al Gran Capitán o con los párvulos belgas respecto a Felipe II y el duque de Alba, y con los párvulos franceses respecto a Francisco I. Esto quiere decir que cada cual habla de la historia conforme le fue en ella y que no es infrecuente que el héroe de unos sea un pirata para otros, o el genio conquistador de éstos sea un déspota para aquéllos, y un cobarde para los de más allá. El caso es calentar la imaginación de los pequeños desde que tienen uso de razón y enseñarles a odiar o despreciar a determinados pueblos desde que nacen. A mi entender, ningún país del globo está libre de pecado, a excepción, tal vez, de esos pueblos inteligentes, meros espectadores de las peleas ajenas, que si fueron felices, según ya es sabido, es porque no tuvieron historia. De este modo, y abarrotando las jugueterías de soldados de plástico, ingenios atómicos y aviones de bombardeo, ya tenemos a nuestros niños dispuestos, desde su más tierna infancia, a ceñirse las cartucheras y a agarrar el fusil.

Esto ocurre, antes que nada, porque los hombres hemos dado en llamar Historia, con mayúscula, al repertorio de violencias que separaron a los pueblos desde su origen. La Historia, por antonomasia, es la reseña de las guerras y crueldades que en el mundo han sido; la Historia que se enseña a los párvulos de todos los pueblos es la historia de las diferencias habidas entre ellos. La historia de las cosas que unen, como puede ser la música, el comercio o la literatura, o no se estudian nunca o se estudian ya por alumnos especializados, con un lastre de prejuicios, odios y menosprecios cuidadosamente asimilados durante la primera infancia.

Antes que un Mercado Común –o además, puesto que éste tampoco estorba–, los prohombres de la política mundial, que cuanta mayor profesión de paz hacen más nos aproximan a una nueva guerra, podrían convocar una asamblea de intelectuales para estudiar la redacción de una historia común, una historia para blancos y negros, en la que, después de resaltar las cosas que a lo largo de los siglos unieron a los hombres, estudiaran objetivamente, y sin cargar las tintas, el repertorio de guerras y crueldades que los separaron.

1959

Santiago Rodríguez Santerbás, un joven escritor

1960

Conozco a una señora que goza poniendo frente a frente a dos desconocidos, y no por disfrutar del placer de presentarlos entre sí sino por gozar del placer de la puntualización. De entrada, ella elude siempre el papel de presentadora:

–Anda –le dice a su marido–, haz las presentaciones.

Y el marido, que es un hombre tímido, barbotea torpemente los nombres de los personajes en cuestión, mientras ella acecha el momento oportuno para meter baza y subrayar los saberes de cada uno y, de paso, dejar al marido en una situación desairada:

–Hijo, oyéndote parece que Fulano no sea nadie. Este señor –aclara– pinta muy bien y ha expuesto en la Sala Sur de Santander por dos veces y ha hecho los retratos de las sobrinas de un ministro.

Esta señora puntualiza sabiamente y puede asegurarse que ha nacido para presentadora, ocupación que a mí me va muy mal, razón por la que hasta el momento me las arreglé para declinar este cargo. Sin embargo, ahora, con Santiago Rodríguez Santerbás no puedo hacerlo por muchas y varias razones; la primera, y tal vez la más importante, porque tengo la impresión de que Santiago Rodríguez Santerbás va a dar que hablar en el campo literario nacional, y la segunda, y no desdeñable, porque Santiago Rodríguez Santerbás es, como yo, un habitual de Sedano.

Para sentar las cosas desde un principio, diré que Sedano es mi pueblo, un pequeño gran pueblo de Burgos, donde la gente llega a vieja comiendo manzanas y miel, los cangrejos y las truchas se multiplican confiadamente en los regatos y los conejos corren libres por el monte sin temor a la mixomatosis. Quiero anticipar con esto que Sedano es un pueblo muy sano y que ni las manzanas ni los hombres tienen coco allí. «Pero, bueno –me dice, a veces, la gente–, ¿no es usted de Valladolid?» En efecto, uno nació –o lo nacieron– en Valladolid, ciudad de la que se siente orgulloso, pero eso no obsta para que a uno, desde pequeño, le gustase tener su pueblo, siquiera para poder decir: «Allá, en mi pueblo, para ahuyentar los topes plantan en los huertos un árbol que llaman tártago que es talmente como una verde y gigantesca araña tropical». Porque es en los pueblos donde nacen las cosas y las costumbres y cada pueblo tiene una cara, y no como las ciudades, que todas se asemejan, porque todas, incluso las más pequeñas, aspiran a parecerse a Nueva York. Así que Sedano es mi pueblo y no por la casualidad de haber nacido en él, sino por decisión deliberada de haberlo adoptado entre mil.

Y por allí, por Sedano, caía también Santiago Rodríguez Santerbás con sus veinte años y sus papeles y sus ilusiones, y bajo los cuatro pinos de mi casa, oliendo a espliego, a nueces y a alolvas, charlábamos de esos temas extraños que inspiran los libros y quienes los escriben. Y Santiago Rodríguez Santerbás había leído ya muchos libros a sus veinte años, muchos más libros que yo, y me decía: «¿Qué te parece Fulano?». Y yo le decía: «No lo conozco». Y él me decía: «¿Escribes libros y no te gusta leerlos?». «Me asustan», le confiaba yo. «¿Qué es lo que te asusta?», me decía él. Y yo respondía: «Los libros».

No obstante, una tarde Santiago Rodríguez Santerbás me entregó un original ligero que se llamaba *El camino de las sirenas*, y me dijo que iba a presentarlo al Premio Gerper-Ateneo de novela corta, de Valladolid. Y, entonces, yo fui y lo leí y advertí que, pese a que Santiago Rodríguez Santerbás no contaba más que veintidós años, su libro era un libro maduro y, sin embargo, no me asustaba, porque *El camino de las sirenas* era un libro transparente, un libro sin coco, como las manzanas y los hombres de Sedano. Y cuando me dijo: «Ponme reparos», yo le dije: «Aquí hay un cazador que mata perdices en agosto y las regala a los vagabundos». Y él me preguntó: «¿Y qué?». Yo adopté una llanedad cinegética para responderle: «Las perdices no pueden matarse en agosto porque están en veda y, por otro lado, no conozco un cazador que después de sudar una perdiz por una ladera la haya regalado a un vagabundo». Entonces Santiago Rodríguez Santerbás dijo: «Bueno, lo que yo quiero es que me hagas reparos literarios. Critícame». Y yo me quedé parado porque *El camino de las sirenas* era un libro equilibrado, de poético simbolismo, con un extraño regusto a salvia y a bravío. «Está bien –le dije–. Tu libro está muy bien.» Más tarde reflexioné sobre las razones por las que su libro me parecía bien y llegué a la conclusión de que Santiago Rodríguez Santerbás era una excepción en el mundo de las letras, puesto que llegaba a él con una obra a la que no le sobraba nada. De ordinario un primer libro no es bueno por lo que le sobra, no por lo que le falta. Quiero decir que, generalmente, en los primeros libros el escritor se da de más, se vuelve del revés, se pasa de rosca. De ahí que las primeras novelas de los jóvenes novelistas se malbaratan por exceso, por un ingenuo afán de no dejar nada en el tintero. Los resultados, pues, hubieran podido mejorarse si el joven autor poseyera el don de la medida. No obstante, es en esta carencia, precisamente, donde se delatan los pocos años. Pues bien, Santiago Rodríguez Santerbás poseía este don de la medida, o si se prefiere, de la ponderación, desde su obra inicial. *El camino de las sirenas* era una pieza sobria, ventilada, de cielo alto, con un mensaje no enunciado pero que se desprendía sencillamente del fondo de las cosas, del decurso de las incidencias novelescas. Santiago Rodríguez Santerbás se revelaba, pues, como un hábil administrador de palabras, como un joven maestro de economía literaria.

Bueno, Santiago Rodríguez Santerbás se presentó al Premio Gerper-Ateneo con esta novela y el jurado de este premio reparó enseguida en sus valores y la llevó pareja con *La muerte supitaña*, de Fernando Gutiérrez, hasta la final, donde *El camino de las sirenas*, como esos equipos que no se entregan sin lucha, cedió el paso a su rival por la mínima diferencia. Empero, Santiago Rodríguez Santerbás, aun sin premio, se había consagrado a los veintidós años; pero, por si acaso, él quiso apuntalar su éxito en el mismo Valladolid antes de transcurrir un año, y en octubre de 1960 presentó su cuento «Jorobita» al concurso Jauja, premio que se llevó de calle por una insólita unanimidad de los once miembros del jurado. El paso era importante. Con «Jorobita», como con los artículos que en el intermedio publicó en *El Norte de Castilla*, Santiago Rodríguez Santerbás volvió a evidenciar su casta de escritor, su dominio literario, su ponderación, en suma, una anticipada y sorprendente madurez. Lógicamente yo debería presentar aquí a «Jorobita», pero, contra costumbre, me voy a limitar a abrirles a ustedes la puerta del toril, porque entiendo que «Jorobita» –ese animal tan disparatadamente humano que surge ya impaciente tras esta página– es un joven torito que se presenta solo.

El pintor Mariano de Cossío

1960

Conocí a Mariano de Cossío hace apenas seis semanas, en Santa Cruz de Tenerife, donde residía desde hace veinticinco o treinta años. Mariano cerraba para mí el admirable triunvirato artístico de los Cossío, cuyos otros dos miembros, Francisco y José María, me eran familiares desde la infancia. Eduardo García Benito me había dicho antes de partir:

–Saluda a Cossío; es uno de los pintores españoles de este siglo con verdadero talento.

Pero antes que al pintor encontré al hombre. Mariano de Cossío era un auténtico campeón de la modestia, de la llaneza, de la efusividad.

–Llámame de tú; me haces viejo –me dijo tan pronto nos saludamos.

Y nos enredamos en una conversación interminable, donde el reloj no contaba. Mariano estaba en Canarias sólidamente enraizado y su talento artístico, del que están impregnadas todas las piedras de la isla, no se le había subido a la cabeza. Como hombre inteligente, era un disconforme consigo mismo:

–A los sesenta y ocho años me he dado cuenta de que no soy pintor –me decía–. Pero guárdame el secreto, porque a estas alturas ya no podría ganarme la vida de otra manera.

Su sentido del humor, ese humor sutilmente irónico, tímidamente escéptico de los Cossío, se manifestaba en Mariano de una manera explosiva:

–Yo estoy aquí porque perdimos Cuba y Filipinas. A los isleños les desagrada que les diga esto, pero es la pura verdad.

Con muy buen sentido, Mariano de Cossío entendía que en España un funcionario está tanto mejor cuanto más alejado del poder central, del foco donde se cuecen las pasiones y las intrigas de todo orden. Como buen Cossío, él antepone su independencia a todo. Mariano era el antiarribista, el antimundano. Cuando todos los artistas de su generación se obstinaban en conquistar Madrid, tuvieran o no talento, él sitiaba Tenerife «porque las Filipinas ya no eran nuestras». El dinero, la llamada de París jamás le desazonaron. Primero que todo estaba su vida, la propia tranquilidad. De este modo, Cossío pudo hacer su obra, una obra dilatada y vigorosa, cuya proyección futura no es fácil prever, aunque es incontestable que perdurará. Me asombraban su energía, su luminosa vitalidad, y así se lo dije.

–No es oro todo lo que reluce. Mira estas piernas; bueno, ahí donde las ves apenas pueden sostenerme.

Cossío iba en taxi a las clases del instituto, a la universidad, a ver a sus nietos. Pero cuando hablaba de sus piernas medio inútiles se reía alborozado como si aquello no tuviera importancia:

–Algunos me aconsejan que me opere, pero yo no hago caso. Cuando la cuerda se acabe, se acabó.

El vallisoletanismo de Mariano de Cossío era en Tenerife una cosa proverbial. Él me hablaba muy divertido de la fuerza expansiva de nuestro pueblo. Me contaba que su hijo Joaquín, después de quince días de barco, cuatro de tren y dos de automóvil, había llegado al corazón del

Congo belga. Allí, en plena selva, encontró una fonda donde se alojó y, al cabo, resultó que la dueña era una española.

–¿Sabes de dónde era?

–No.

–De Valladolid, naturalmente. Nacida en el barrio de San Juan.

Y se reía. Cossío reía siempre, con un risa franca, espontánea, contagiosa. Tan sólo se ponía serio y afilaba implacablemente su espíritu crítico ante sus propias obras.

Volvimos a vernos siempre que tuve oportunidad. Su conversación jamás languidecía. Era un conversador ingenioso, que amenizaba cualquier tema con observaciones muy personales. Al fin nos despedimos:

–Iré a Valladolid para Navidad –me dijo–. Allí continuaremos charlando.

Nos habíamos conocido tarde y se diría que ambos presentíamos el tiempo tasado, que nuestras posibilidades de conversación eran muy limitadas. Mas ni él ni yo podíamos imaginar, cuando nos retrataban juntos ante la iglesia de Santo Domingo, en cuyos muros deja Cossío buena parte de su inspiración, que en nuestra ciudad rendiría el artista su último viaje; que en un orden de cosas dirigido desde lo alto, Mariano de Cossío venía a cerrar su ciclo vital precisamente en el mismo rincón del mundo donde lo iniciara hace ahora sesenta y ocho años.

Se ha dicho, y es cierto, que la costumbre engendra afecto y que los huecos que dejan aquellos con los que a diario convivimos son los más difíciles de llenar. Mas esto no rige con los temperamentos abiertos, acogedoramente cordiales, como el de Mariano de Cossío, cuya prematura e inesperada marcha dejará en todos sus amigos –incluso en aquellos que, como yo, apenas le tratamos unas horas– un recuerdo imborrable.

Sí era de los nuestros

A mi retiro de Valladolid llega la noticia de la muerte del escritor Vidal Cadellans, en su retiro de Igualada, a los 31 años de edad. La noticia me ha dejado paralizado unos instantes, pues, aunque no conocía personalmente al escritor, sí lo conocía a través de sus libros, de sus escritos en los periódicos y, sobre todo, de las extensas cartas que me dirigió, hace ahora poco más de un año, con ocasión de un incidente poco grato del que fui protagonista.

A través de estas cartas, Vidal Cadellans me evidenció su necesidad de comunicación, su nobleza de alma, su efusividad y, antes que nada, su sinceridad. Todas estas cualidades ya las barruntaba yo después de leer su libro *No era de los nuestros*, premiado con el Nadal, libro, que, por encima de su valor literario, encerraba un alto valor documental al denunciar una vieja lacra de la sociedad española, siquiera a su autor le pareciera «mediocre y muy por debajo de lo que quisiera haber escrito». De entrada, era, pues, José Vidal un hombre modesto que cultivaba con amor su libertad interna y a quien le dolía España, ya que como ser sensible que era estaba persuadido de que el convencimiento de la perfección patria, personal o de la propia obra es el primer indicio de esterilidad. Tras sus desengaños –«Me repongo de una simpática enfermedad de pulmón que me ha acompañado fielmente diecisiete años...», «He conocido de cerca eso tan desagradable que llamamos pobreza...», «Cuando tenía catorce años tan sólo, murió mi padre...»–, tras sus desengaños, digo, José Vidal llegó a tres importantes conclusiones. Primera: «Lo interesante es el hombre, el Juan de la calle, el hombre tal como es...». Segunda: «Creo que la gente se entiende hablando, pero que es preciso aprender a hablar y a entenderse... y por ello nuestra responsabilidad de escritores es muy crecida...». Y tercera: «Quizá vale la pena que los hombres de buena voluntad se den la mano y se conozcan y reafirmen su fe en ellos mismos, esas llamas vacilantes en medio de la tempestad...».

He aquí el mensaje de un joven muerto, de un hombre que se va antes de poder decir muchas cosas: «Estoy ahora tratando de encontrar algunos diarios o revistas en los cuales decir una parte de lo que me muerde el alma, pero la necesidad de gritar a los que duermen, de hacer lo posible, a pesar de todas las limitaciones, para que los españoles piensen por su cuenta, casi me obligaría a disponer de un diario entero». A José Vidal, a los treinta años, le roe el sentido de la responsabilidad, un anhelo apasionado de difundir su noble inquietud. Sin embargo, no es pesimista: «La vida me ha venido a tratar bastante bien, ya que los largos años de enfermedad me obligaron a abandonar mi recién empezado oficio de encuadernador, abandoné asimismo el de burócrata, más acorde con mi precaria salud, pero incompatible con mi carácter, y he pasado un total de ocho años sobre estos dieciséis o diecisiete de enfermedad en que no he trabajado, lo cual me ha permitido leer cantidades abusivas de libros, aprender algunos idiomas para poder leer más (aprendí inglés para leer a Shakespeare y me daba a todos los diablos, ahora hace diez años, porque me estaba muriendo y no tenía tiempo de acabar de aprenderlo, ya que sólo entendía el “to be or not to be” y para de contar) y disponer de muchísimo tiempo para pasear y pensar».

De otro modo, José Vidal Cadellans se reponía –creía él que se reponía– y, en su ilusión, elaboraba proyectos para el porvenir: «Vivo en un pueblecito cercano a Barcelona –montaña y bosque–, trescientos cincuenta metros de altitud sobre el nivel del mar, como dicen las placas de

las estaciones, y entonces me iré a vivir a Igualada, calle San Cristóbal, núm. 2, 2.º 2.ª, donde tienes tu casa». «Mientras, preparo una extraña novela, *Ballet para una infanta melancólica*, manifestación de un joven airado o *young angry man*, que soy yo, bajo una forma bastante especial, pero es una manera de decir que estamos hartos de pillos y que todo lo que nos predicán como bueno y eterno es paja y polvo.»

Vidal Cadellans esperaba salir a la luz –¿ha salido tal vez antes de lo que esperaba?– y confiaba, según su último mensaje, en que «si todos aquellos que creemos en estas raras cosas llamadas libertad y dignidad humanas nos ponemos de acuerdo y nos animamos mutuamente y nos decimos mutuamente que no todo es estupidez y tontería y pelotillerismo y luchamos juntos contra todo esto, este país no va a ser siempre la Cenicienta de Europa. ¿Nos apuntamos al optimismo?».

Se nos ha ido un hombre joven, con el alma extrañamente madura; un hombre cuyo rostro jamás tuve frente a mí, pero al que creía conocer más profunda, lúcidamente que a muchos de los seres con quienes la vida me enfrenta a diario. Silenciosa, humilde, cristianamente ha descansado en su rincón catalán José Vidal, y yo, con el pulso aún inseguro, quiero rendirle desde mi rincón castellano el homenaje de estos renglones.

1960

La cara lavada

Una reciente disposición ha venido a ordenar el adecentamiento de nuestros pueblos, seguramente con vistas al turismo. Es significativo observar que lo que en veinte siglos no hemos decidido por propio respeto, lo hagamos ahora por respeto a los demás, o tal vez por la vanidad de parecer más aseados de lo que somos. En cualquier caso, el hombre de la calle o el gacetillero, cuando observan algo anómalo dentro de un racional curso de las cosas, se preguntan y aun preguntan a la opinión: ¿Qué dirán los turistas que nos visitan? Cuando, dentro de un cuadro de lógica elemental, deberíamos decir: si esto está mal o aquello marcha inadecuadamente, evitémoslo o mejoremos su funcionamiento. Es decir, si observamos la falta o la deficiencia, corrijámoslas, antes que por lo que diga el turista, por lo que aquello encierra de incongruente o perjudicial. Ello no significa, antes al contrario, que censuremos el respeto al prójimo pero, con frecuencia, nuestro espíritu de superación no proviene de ese respeto sino del bochorno que nos produce que el forastero nos contemple sin ambages, en nuestra propia salsa. Lo peor de todo esto es, sin embargo, que a nuestro condescendiente «¿Qué dirá el turista que nos visita?», no corresponda el turista con un «¿Qué dirá el nativo que visitamos?», con lo que nuestra generosa actitud queda sin la debida contraprestación.

Pero estoy saliéndome del tiesto. Hablaba del adecentamiento de los pueblos «por real decreto», fenómeno no nuevo, puesto que ya Carlos III realizó esfuerzos en este sentido y, con frecuencia, la reacción popular lo dejó atónito, hasta el punto de que en cierta ocasión exclamó: «Los españoles son como niños pequeños; lloran y patean cuando se les limpia y adecenta». Por otra parte, Salazar, en Portugal, dispuso igualmente hace unos años que los pueblos se brindaran al visitante con la cara lavada. Esto, tanto como una aspiración higiénica loable, encubre un sentimiento de incomodidad por el hecho de que la miseria pueda trascender. En este sentido, antes que adecentar los exteriores de los pueblos procedería estudiar los interiores y ver de descubrir aquellas lacras cuyas manifestaciones nos resultan vergonzantes. Pretendo decir que tal vez estudiando la organización administrativa y aun los aspectos económico y social de nuestros medios rurales –y modificándolos de acuerdo con las conclusiones extraídas– mejoraríamos su presencia, si no por otra cosa, sí por aquello de que la cara es el espejo del alma. La mirada torva, el desaseo, el abandono, responden ordinariamente a unos entresijos deficientes, susceptibles de ser perfeccionados. De otro lado, a los hombres de nuestros pueblos, tan generosos como bien mandados, conviene hablarles claro y controlarlos de cerca, a fin de evitar desaguisados. Pongo por caso el de dos pueblecitos serranos cuyas casas son de piedra noble y que han sido enjalbegados hasta las tejas por aquello de cumplimentar debidamente la disposición de adecentamiento. (Y aun tengo entendido que la abnegación del mocerío de uno de estos pueblos llegó al extremo de brindarle al cura su prestación personal para encalar la iglesia –un templo ciertamente híbrido pero con un sabor antañón y digna prestancia– y destruir el nido de cigüeñas que coronaba la torre.)

Si hay algo a lo que no podemos renunciar los españoles, pese a lo que nuestra pobreza y deficiente organización social deje trascender, es a nuestra personalidad regional. Con esto quiero decir que prefiero un pueblecito soriano o montañés con su pátina –o su porquería– de siglos, que

un pueblecito soriano o gallego que pueda confundirse con un cortijo extremeño. Bien están el decoro y el aseo siempre que el decoro y el aseo no den al traste con nuestra peculiar fisonomía.

1963

Los pueblos moribundos

Desde hace unos lustros se observa en Castilla –en los pueblos y aldeas castellanos– una tendencia progresiva a la emigración. El éxodo se acentúa a medida que las voces de sirena de la civilización son más embaucadoras y sugestivas. Pero, al propio tiempo, no sería justo desconocer que este movimiento general hacia la periferia –que ofrece unas perspectivas de vida más estables y lisonjeras– es promovido en buena parte por las condiciones ínfimas, por los escasos alicientes que la vida rural, y muy especialmente la de los burgos castellanos, brinda a sus habitantes. De este modo se está produciendo en Castilla, particularmente en Castilla la Vieja, y más concretamente en las provincias de Burgos y Soria, el abandono de pueblecitos enteros, lugares que al ser visitados producen una impresión desoladora.

La población de Castilla nunca fue excesiva. En la Edad Antigua la región es, como casi todas las regiones españolas, un crisol de razas, con la particularidad de que las pobres, cuando no míseras, condiciones de vida que Castilla ofrece no suponen una tentación para el invasor. Quiero decir que de los pueblos íberos, fenicios, cartagineses, romanos, bárbaros, tan sólo asientan en Castilla las tribus más sobrias y sufridas, o sea, aquellos hombres para quienes la lucha contra la adversidad –esto es, contra una tierra ingrata y una climatología veleidosa– supone un estímulo antes que una causa de desaliento. Esto explica tal vez que en Castilla se haya fraguado el país –digamos sus virtudes más definidoras–, de acuerdo con la frase de Ortega: «España es una cosa hecha por Castilla».

Hoy nadie escoge voluntariamente la miseria y nada puede extrañarnos, por tanto, que los más desheredados busquen aquí o allá unas migajas de civilización o de confortabilidad, llegando, si ello fuera preciso, al desarraigo, incluso en zonas como Castilla, donde la resistencia a la emigración bien puede considerarse hasta nuestros días como una constante histórica.

Acabo de visitar Cortiguera, un pueblo burgalés en trance de desaparición. Quiero dar a entender que en él aún alienta la vida –una vida lánguida, feble, apenas perceptible–, aunque lógicamente cabe pensar que por poco tiempo. Entre sus abandonadas casas de piedra, muchas de ellas con blasón en sus fachadas y airosos arcos de dovelas en sus zaguanes, habitan dos matrimonios de viejos y dos viudas, asimismo viejas. Es un pueblo moribundo; un pueblo en la agonía. Sus callejas tortuosas invadidas por la ortiga y el helecho, sin un ladrido, ni una risa de niño que quiebre el silencio, encierran un patetismo tétrico, un lúgubre aire de camposanto. Junto a una esquina, el forastero se topa con una vieja desgredada que hace leña pacientemente. Le sorprende nuestra irrupción.

–Bienvenidos seáis –dice, y prosigue en su tarea.

La estampa de la vieja entre los muros agrietados de piedra amarilla, bajo un silencio sobrecogedor, es puramente medieval. La expresión de sus pequeños, punzantes ojos azules, es lejana y atónita; es la expresión de un ser que ha olvidado hace tiempo lo que es la vida de relación. Lenta, torpemente, nos da una idea de los recientes avatares del pueblo. Los jóvenes se fueron a Bilbao; los hijos de los jóvenes ya no conocen el lugar de sus mayores; ni unos ni otros quieren volver a oír hablar de él. ¿Para qué? Eso quedó atrás y se acabó.

Uno dice, tal vez infundadamente:

–Es una pena.

Y la viejecita del pelo estoposo y la punzante mirada azul arguye rápida:

–A ellos no les dio pena marchar.

Uno pasea su mirada estupefacta por las ventanas desvencijadas, las pinas callejas sin gritos de niño, la torre de la iglesia asaeteada por los vencejos, la fuente de agua fresca cantando en la plaza su inútil canción, y piensa cuánta culpa nos cabe a los hombres de las ciudades de estos éxodos repetidos. Porque Cortiguera es un pueblo sin carretera, sin ferrocarril, sin teléfono, sin centros culturales, sin deportes, sin baile, sin televisión, y la juventud del siglo XX es, con justa razón, poco dada al sacrificio anónimo, al heroísmo inútil, al esfuerzo no recompensado.

1963

Un cristiano consecuente

José Jiménez Lozano se asoma cada viernes a la última página de *El Norte de Castilla* en una sección titulada «Ciudad de Dios». Ya lleva años en este empeño de redescubrirnos algo tan viejo como el cristianismo. Y cada jueves, Pepe Lozano aparece en mi despacho con la boina calada y una sonrisa como un hachazo iluminando su rostro infantil:

–Léelo con cuidado.

Y yo lo leo con cuidado. Y yo lo publico sin cuidado porque sé que un hombre con la suficiente modestia como para desconfiar de sí mismo es un hombre recto y honrado cuyas ideas, forzosamente, han de ser rectas y honradas. Y entonces la columna de Pepe Lozano llega a la casa de don José y a la de Emiliano, el herrador, y al bar Miguelín y al Círculo de Recreo. Y don José y Emiliano, el herrador, y los clientes del bar Miguelín y los habituales del Círculo de Recreo sorben ávidamente las palabras de Pepe Lozano y sus cerebros se ponen en marcha con mayor o menor celeridad. Pepe Lozano, las cosas de Pepe Lozano, llegan antes a los jóvenes que a los viejos. Es natural. Pepe Lozano, las cosas de Pepe Lozano, tienden a desarraigar tradicionales, torpes prejuicios.

–Pero bueno, ese Jiménez Lozano de su periódico, ¿qué es?

–Cristiano.

–Eso ya lo sabemos; aquí todos somos cristianos.

Esto es precisamente –nuestra pretendida seguridad de cristianos– lo que Pepe Lozano viene cada viernes a hacer tambalear. Las manifestaciones de nuestra fe no se adaptan como es debido a las exigencias evangélicas. Y, con santa paciencia, Pepe Lozano va desmontando unos viejos juegos de ideas en un país como el nuestro, donde las ideas que uno mama, o las que se forja a lo largo de la vida, son muy difíciles de desmontar, tal vez porque se ciñen, de manera sorprendente, a las conveniencias de cada uno.

–Pero bueno, ¿me quiere decir qué es?

–Cristiano, ya se lo he dicho.

–¿Cómo cristiano?

–Cristiano consecuente.

–¡Ah!

Pepe Lozano vive retirado en un pueblecito de Valladolid, Alcazarén, con sus casas de adobe, su barro, su trigo y su pobreza. También algún pino que otro para disfrazar la aridez. Allí estudia, allí escribe, allí trabaja:

–Oye, Pepe, ¿por qué no te vienes aquí, a Valladolid?

–Por ahora, no interesa.

A Pepe Lozano no le encandilan los puestos para toda la vida, ni le preocupan los seguros de invalidez, ni le tientan las reuniones sociales. Dios proveerá. La inestabilidad que tanto abrumba a nuestros coetáneos es para él lo que el agua para el pez.

–Pero, Pepe, ¿no tienes tú la licenciatura de Letras, el título de periodista, el...?

–¿Y eso qué importa?

Nada importa nada sino mostrarse consecuente con las ideas que uno predica. Pepe Lozano lleva esta consecuencia a extremos inconcebibles. Hace unos meses apareció en mi despacho, la boina en la cabeza, una sonrisa ancha, de oreja a oreja:

–El lunes me caso.

–Pero Pepe, así, sin...

–El matrimonio es un sacramento, no una fiesta. De todos modos, si quieres ir...

Y Pepe se va; marcha siempre con su ancha sonrisa y sus prisas porque el coche de línea no aguarda. Y en sus prisas olvida inevitablemente en la redacción la gorra, el paraguas o la cartera. Un buen día, Pepe Lozano depositó la pipa en un buzón de alcance y no advirtió su error hasta que trató de fumarse la carta que llevaba en la mano. Pepe Lozano es así. Pepe Lozano es así porque ordinariamente utiliza la cabeza para pensar y estima que ni la pipa ni la carta merecen una atención desmedida. Con Pepe Lozano, Carlos Campoy, Martín Descalzo, Miguel Ángel Pastor, Javier Pérez Pellón, Bernardo Arrizabalaga, César Alonso y Manuel Leguineche fundé un día una sección de *El Norte* titulada «El Caballo de Troya». Esto de «El Caballo de Troya» era una cabeza de puente en el mundo de la frivolidad, dedicada a enseñar a pensar a los que ordinariamente no piensan y a tratar de ordenar el pensamiento de los que de buena fe desean pensar. La sección cayó muy bien; la sección llevaba el espíritu de Pepe Lozano, que es, para entendernos, un espíritu de caridad justa. (*Justa* es una palabra incómoda pero insustituible, en este caso, para delimitar el concepto *caridad*, tan maltratado el pobre.) Un espíritu, en suma, que está, afortunadamente, cada día más extendido por el país.

–Oiga usted, pero este Lozano es un progresista, ¿no? –Es un cristiano; un cristiano consecuente, para que me entienda.

–Bueno, eso lo somos todos.

–¡Ah!

Un día, don Dictinio Velloso, inspector de Aduanas jubilado, me llevó en su coche hasta *El Norte de Castilla*. Apenas cerré la portezuela me dijo de sopetón:

–Bueno, ¿y qué hace Lozano?

Me puse en guardia.

–Trabaja.

Él movió la cabeza de un modo ambiguo. Yo tenía mis recelos por aquello de que Lozano, las cosas de Lozano, llegan antes a los jóvenes que a los viejos. Le pregunté tímidamente:

–¿Es que le lee usted?

Y él me dijo:

–Naturalmente. Como todo el que busque algo.

Sedano, sin Isaac Peña

1961

La noticia de la muerte de Isaac Peña me sorprende en Sedano, el pueblo donde él nació y donde discurrieron los últimos años de su vida. Isaac Peña fue el padre de los Peña –Juan José, Juan María, José Luis...–, esos periodistas que día a día nos brindan en los diarios del país pruebas de sus saberes y de su talento. Bueno, ahora, Peña, el señor Peña, Isaac Peña, Peña padre, ha muerto. Se ha ido sencillamente, pin pianito, con la misma modestia con que vivió. Pero aún queda Sedano. Su angosto valle de frutales, surcado por el río Moradillo, es como un monumento a su fidelidad. Porque la mitad de Isaac Peña era Sedano. Él trabajó denodadamente toda su vida porque sabía que al final, a la hora del retiro, Sedano lo aguardaba. Y a Sedano se fue a sus setenta años, sin otro bagaje que su escopeta, su caña larga y sus reteles. ¿Para qué más?

Un hombre puede vivir del trozo de tierra que ha de cubrir sus huesos. Isaac Peña vivía, en efecto, frugalmente. Una cabra, cuatro gallinas, la escopeta, una caña larga y diez reteles. Los suyos trabajaban, desperdigados por la geografía europea, y él, en Sedano, se bastaba a sí mismo. Vivía en solitario, en su hermosa casona de la Tobaza, cabe el manantial que ríe junto a la carretera. Durante el otoño subía al monte; en la primavera bajaba al río, y entre estaciones, en esos breves ocios del cazador-pescador, paseaba su gallarda vejez –boina calada, una vara de fresno en la mano–, su perpetua sonrisa de hombre de bien. A ratos, Isaac Peña podaba sus manzanos, cataba su colmena, ordeñaba la cabra y charlaba lenta, pausadamente, con sus convecinos.

De repente, yo me presentaba en Sedano:

–¿Qué, ya está usted aquí?

–Vengo a por unas truchas.

Sus ojos perspicaces se levantaban al cielo:

–Mal día para pescar.

–¿Es que los hay buenos?

Isaac Peña sonreía bondadosamente:

–Algunos quedan todavía.

Luego, junto al Moradillo, coincidíamos. Él, con su caña larga, el ocho perfecto de la lombriz en la punta del sedal, la cesta de mimbre a la espalda. Del monte de enfrente bajaba el tintineo de las cabras.

–Este río no es fácil para la cucharilla.

–No, no es fácil.

–Hacen falta pulso y precisión.

–Eso.

Íbamos avanzado río arriba. Él, sondeando las pozas con su lombriz; yo, lanzando la cucharilla en las chorreras. Se oía un motor y frente a las puertas de Nocado cruzaba un vehículo envuelto en polvo. Isaac Peña entrecerraba los ojos:

–Ahí va Satur a Covanera –decía.

O bien:

–La furgoneta del Emiliano. ¿Dónde irá el Emiliano a estas horas?

O bien era el panadero, o el médico, o el veterinario, o el taxi de Luis Peña, o el camión del señor Antonio, o la moto de Gregorio, o la de Boni, el herrero, o la de Joselito... En Sedano aún es posible identificar a los hombres por sus vehículos y a los vehículos por sus hombres.

Algunas tardes de verano mis hijos sorprendían a Isaac Peña carretera arriba, con los retales y la horquilla al hombro:

–Nos vamos a pescar con el señor Peña –me decían.

Y se iban sin más. Porque Isaac Peña recibía a los chicos y a los grandes con la misma cordialidad. Isaac Peña fue niño un día, se hizo hombre y volvió a ser niño; es decir, Isaac Peña cerró el ciclo como es de ley. Tornó a la infancia, y su júbilo al extraer un retel con una docena de cangrejos sólo era comparable al que experimentaban mis hijos:

–No cebéis con tripa –decía–. Aquí, si queréis cangrejos, hígado o bazo.

Y en casa, en cuestiones de truchas o de cangrejos, lo que decía Isaac Peña era el evangelio.

Isaac Peña era la afabilidad, la modestia, la bonhomía. Nunca se lamentaba. Jamás criticaba a nadie. Tan sólo, en nuestras amistosas relaciones, observé alguna vez en él las inevitables reticencias del pescador.

Una tarde nos encontramos junto al Moradillo, y en una poza, frente a la nogalera de los Gallo, una trucha de más de medio kilo siguió por tres veces mi cucharilla, sin decidirse a morder. La temporada iba avanzada y la buena disposición del pez me animó a madrugar al día siguiente. Al llegar a la poza en cuestión, sobre las seis y media de la mañana, observé entre los sauces al bueno de Isaac Peña, que me había tomado la delantera y andaba trajinándose la trucha con el ocho perfecto de su lombriz. Se sorprendió al verme:

–Mucho madruga usted –me dijo.

–Más ha madrugado usted –le dije yo.

Y los dos rompimos a reír.

Ha muerto Isaac Peña, el hombre que tuvo el valor de romper con todo para retirarse al rincón que apetecía. Cada hombre en el mundo necesita su rincón –uno sólo–, como necesita una mujer, pero son contados los que se deciden a cortar de raíz para seguir su impulso. Isaac Peña fue uno de ellos, y de ahí que Sedano, con su iglesia y su cementario en la punta de un cerro, sus valles, y su riachuelo, y sus montes, y sus bosques, y sus hazas, y su camino polvoriento, sigan siendo una parte viva de él mismo. Y hoy, pese a su ausencia definitiva, no supone un esfuerzo –tal fue su identificación con la tierra que amó– imaginarlo doblando la curva de Valdemoro, la caña al hombro, el bote de las lombrices al costado, la boina calada y, entre los labios, su sempiterna sonrisa de hombre de bien.

La falta de curiosidad

Llevamos unos años tratando de dar al país un espolazo que lo arranque de su secular trotecillo apagado. Se han puesto en juego numerosos resortes sin que ninguno, que yo sepa, aborde de frente la cuestión. Nuestro país adolece de una pereza mental exacerbada por una notable falta de curiosidad. A nadie le interesa nada fuera de lo que conoce que, de ordinario, es muy poco. A menos conocimientos, menos curiosidad; no tiene vuelta de hoja.

Es muy posible que esta absoluta falta de curiosidad por las cosas venga dictada por el escepticismo que despierta una prolongada etapa de vida mediocre y sin horizontes. En tiempos de nuestras abuelas, era frecuente escuchar consejos como éste, tratando de estimular a la chica de servicio que se iniciaba en sus labores:

–Trabaja, hija; afina tus modales, esmérate, y, a la vuelta de diez años, podrás llegar a ser una buena doncella. Ante estas perspectivas no es fácil que nadie se encandile. Con los escalafones acontece algo semejante. El escalafón viene a decir, más o menos:

–Paciencia, muchacho. Aguarda a que desaparezcan cincuenta funcionarios de los que te preceden, trabaja con tesón y entusiasmo y, dentro de veinte años, ganarás cuarenta duros más de los que ganas ahora.

Conclusión: el trabajo no rinde; la curiosidad por ampliar nuestros conocimientos desaparece automáticamente. En los países prósperos no se desdeñan los menesteres humildes, tal vez porque las más grandes figuras de su historia contemporánea empezaron vendiendo periódicos o lustrando zapatos. En nuestro país resulta arriesgado buscar una colocación provisional; pronto se hace rodera y todos sabemos que para salir de una rodera hace falta algo más que buen deseo. Tratar de hacerlo sin una cierta habilidad es hacer oposiciones al batacazo.

En nuestra vieja piel de toro, la rutina, la carencia de fe –muy justificada– en la propia redención han matado a la curiosidad. Una amiga mía llevó a un puerto de mar a su sirvienta de tierra adentro, una muchacha sin otra experiencia viajera que el teso y el río que se dominan desde la torre de la iglesia de su pueblo. Pues bien, la muchacha tardó cinco días en asomarse a la playa y, cuando lo hizo, casi a la fuerza, todo lo que se le ocurrió preguntar –y ya es algo– es si aquella agua no se salía nunca.

Proporcionalmente, con nuestros grandes ricos, con nuestros ricos sórdidos y tradicionales, acontece otro tanto. Hoy que al rico se le ofrecen a cada paso oportunidades de asomarse al mundo, él no pone nada de su parte porque no siente curiosidad por conocer otras gentes ni otros horizontes. A lo sumo, nuestros proverbiales ricos, en un gesto dispendioso, se llegan a Toledo o a las cuevas de Altamira, pero de ahí no pasan. Con frecuencia, los escritores y caricaturistas del país afilamos nuestras plumas para ironizar a costa del nuevo rico, del improvisado de la fortuna, cuando, puestos en lo justo, el nuevo rico le da ciento y raya al viejo rico, al rico sórdido y tradicional, en punto al arte de gastarse veinte duros con salero. «Con lo que sé me ha ido muy bien», suele oírse a las mujeres de cierta edad. Y a lo mejor tienen razón. A lo mejor todo eso del progreso y la cultura no es más que un espejismo.

Se ha dicho que nuestra época se distingue por la crisis del diálogo. No sólo han desaparecido las tertulias de los antiguos salones, sino hasta los clásicos cafés de divanes de peluche. Para lo que hoy tenemos que decirnos sobra con las ortopédicas banquetas de las cafeterías. Mas esta crisis del diálogo es una consecuencia más de nuestra notoria falta de curiosidad por los problemas ajenos. A poco observador que se sea, se advertirá que los hombres y mujeres que llamamos «con conversación» son los menos aptos para el diálogo. Puestos a ello, se limitarán a dar vueltas en torno a sus problemas particulares. Son aburridos monoliguistas; jamás escuchan la réplica. Y es que los problemas ajenos no les interesan; falta curiosidad por las cosas.

Hoy se trata de despertar al país de su tradicional abulia poniendo en juego nuevas leyes y dictando disposiciones más o menos ambiciosas. La lucha –nunca se dijo mayor verdad, puesto que el analfabeto suele defender su ignorancia con el mayor tesón– contra el analfabetismo alcanza auténticos caracteres épicos. ¿Y qué? Yo entiendo que enseñar a leer al que no sabe representa un esfuerzo estéril si aquél no lo hace conscientemente, movido por el anhelo de conseguir un acceso al periódico o al libro, es decir, por satisfacer su propia curiosidad. Hay que provocar ésta, no tratando de desengañar –tarea inútil– a la oronda señora que afirma que con lo que sabe le ha ido muy bien, sino haciéndola ver que sabiendo un poco más seguramente podría haberle ido mucho mejor.

La Liga agoniza

Un artículo de Brian Glanville, publicado recientemente en la prensa española, afirma que los campeonatos de Liga se encuentran en estado preagónico, han entrado en una fase de desinterés que se traduce en un descenso cada día más acentuado del número de espectadores que acuden a los campos de fútbol. En realidad, Glanville se refiere a Inglaterra y los países del norte de Europa, pero entiendo que no hay razones para limitar la observación a esa zona. El fútbol, como deporte, hace tiempo que languidece en todas partes y su decadencia responde a unas motivaciones que están en el ánimo de todos.

Los efectos del profesionalismo desmesurado empezamos a acusarlos ahora en toda su virulencia. En cada país el campeonato de Liga se dirime prácticamente entre cuatro clubs; los demás bastante tienen con eludir el descenso. Mas ahora resulta que la lucha por no ser el último apenas si emociona ya a los espectadores, y si éstos todavía llenan los estadios en algunas partes lo hacen estimulados por la idea de que su grupo favorito sea campeón.

En mi ciudad, Valladolid, he constatado esto de modo palmario en la presente temporada. Los últimos años en Primera División, la gente remoloneaba y apenas si colmaba las gradas para presenciar los encuentros en los que participara uno de los cuatro grandes. Ha bastado que el equipo descienda de categoría para que las altas de socios se multipliquen y el público se haga más nutrido, apasionado y tumultuoso. En resumen, lo que algunos vaticinaron que representaría el fin de la afición vallisoletana ha constituido el máximo acicate. ¿Razones? Muy sencillo. Los espectadores de los encuentros de un Valladolid de Segunda División ven la posibilidad de que su equipo sea el primero. Prefieren verlo de cabeza de ratón que de cola de león. De donde se deduce que todo aquello de la exquisitez del juego, la calidad, etcétera, no son más que zarandajas. Ganar es lo único que los aficionados al fútbol exigen de sus colores.

Otra razón que justifica, creo yo, el progresivo debilitamiento de los campeonatos de Liga es la rapidez de las comunicaciones, la facilidad de los contactos entre naciones. En un ayer próximo, éstos se daban con cuentagotas. En cada país se celebraban un par de choques anuales y para ello habían de prepararse las maletas con varias semanas de antelación. Hoy, la Copa de Europa, la Copa del Mundo, la Copa de Ferias, los encuentros amistosos internacionales están a la orden del día, se interpolan en los calendarios de Liga sobre la marcha, con alegre imprevisión. Nada le impide al Real Madrid jugar un miércoles en Viena habiéndolo hecho el domingo anterior en Sevilla y teniéndolo que hacer el siguiente en Bilbao. Estos encuentros, por otro lado, cuando se desenvuelven entre equipos de club encierran para sus protagonistas un mayor aliciente. Ganar los campeonatos nacionales no envuelve para ellos la menor novedad, en tanto que ser campeones de la Copa de Europa o de una superliga europea comporta para los aficionados respectivos un mérito innegable, supuesto que el torneo se ventila entre grupos de fuerzas económicas similares.

En una palabra, los augurios de Brian Glanville no suponen gran perspicacia. Sin necesidad de ser lince, hace tiempo que nosotros denunciarnos el peligro. Enfrentar equipos que hacen ordinariamente taquillas de cinco millones de pesetas con otros que a duras penas hacen veinte

mil duros, plantea la lucha en un terreno tan desigual que los seguidores del poderoso acaban cansándose de triunfos y los del débil de desgañitarse tratando de animar a los suyos a eludir el descenso.

Cazadores de huevos

En la provincia de Valladolid se ha descubierto un turbio negocio cinegético, que viene a agravar la ya de por sí delicada situación en que se encuentra la perdiz roja en España. Se trata de la venta de huevos –a ocho pesetas unidad– a un incubador, quien, a su vez, los revende, ya pollos, al propietario de un coto, cuando no es éste el propio incubador. Es decir, que la sañuda persecución declarada contra la perdiz en España durante los últimos años se acentúa hoy con la aparición de una actividad imprevisible: la del cazador de huevos. Y no se precisa mucha imaginación, dadas las dificultades de la vida en el campo castellano, para prever el volumen que alcanzará este ejercicio si no se adoptan unas draconianas medidas para atajarlo. Por de pronto, parece probado que en un solo pueblo de la provincia aludida han sido destruidos esta temporada alrededor de cien nidos por un total de setecientos huevos, que han procurado a sus aprehensores, en conjunto, cinco mil seiscientos pesetas. Y si el hecho de por sí es reprochable en cuanto tiende a anular el derecho del pueblo en beneficio de cuatro adinerados, lo es mucho más si tenemos en cuenta que, según nuestros informes, apenas se han logrado por el sistema de incubación un diez por ciento de pollos vivos y es bien probable que este débil porcentaje se esfume del todo cuando se trate de adaptar estos pollitos, nacidos en domesticidad, a la vida salvaje. Es decir, que en la vergonzosa actividad que comentamos hay dos aspectos a considerar: primero, la sustracción de una riqueza a la comunidad, y, segundo, la pérdida de vidas en un elevadísimo porcentaje.

Por otra parte, con la captura de huevos en terrenos libres para abastecer a los cotos, se desvirtúa la esencia de éstos, ya que por encima de la satisfacción cinegética que puedan deparar a sus propietarios, los cotos venían cumpliendo una misión de salvaguarda de las especies y consiguiente repoblación de los campos colindantes. Con la aparición del cazador de huevos viene a invertirse el orden de los factores, que en este caso sí alteran el producto: son los terrenos libres los despojados en beneficio de los cotos. El pueblo-cazador es defraudado por el señor-cazador, reminiscencia feudal que no podemos tolerar pensando en el hombre anónimo que paga su licencia y sale cada domingo al campo.

En sustancia, esta nueva actividad viene a coronar un largo proceso de incivilidad y de pérdida del sentido de convivencia. La indiferencia ante el porvenir ha tomado carta de naturaleza en la sociedad moderna. Por otro lado, es obvio que el refinamiento, la facilidad de vivir, van anulando en el hombre el espíritu de lucha. La progresiva desvitaminización del fútbol, la renuncia a la «furia» como elemento primordial de nuestros éxitos, encuentra su paralelo en otros campos. Tal, el de la caza. En la caza también existía la «furia española» y también esta «furia» cinegética ha entrado en barrena. El aliciente primero de la caza estribaba en contrarrestar la defensa de las especies a base de un esfuerzo físico del cazador. Pero el hombre de hoy ya no está para esfuerzos, paso a paso va simplificando los procedimientos, y en lugar de nivelar la partida desarrollando su energía y su destreza, lo hace enervando la destreza y la energía de sus víctimas. Busca una fórmula para no tener que ir él a la caza, sino que sea la caza la que venga a él. Persigue a las especies antes de que éstas acaben de desarrollarse. Echa mano del ardid, el reclamo o la espera. En una palabra, trata de sustituir el esfuerzo por la astucia, o por la alevosía.

Por este camino se ha llegado a la lamentable actividad que hoy denunciemos: a capturar las especies antes de que las especies sean, es decir, antes de que sus defensas se hayan insinuado; en una palabra, nuestra progresiva molicie ha hecho posible la aparición –como nuevo Tartarín redivivo– de esta triste figura del cazador de huevos.

Creo interpretar los sentimientos de los numerosos cazadores honrados del país al pedir un escarmiento ejemplar para esta fauna antisocial. Mano dura para el autor material de la destrucción de nidos, sí, pero durísima para los inductores que se amparan en la sombra. El hecho de que en la provincia de Valladolid se hayan descubierto estas infracciones no quiere decir que en otros lugares no existan. Activar la vigilancia, retribuir decorosamente a la guardería, agravar las sanciones de la vigente ley de caza, son medidas que deben adoptarse sin demora si no queremos que nuestra perdiz roja pase en pocos años a ser un mero recuerdo.

1962 (recogido en *Vivir al día*, 1968)

¿Qué hacemos con la siesta?

Es evidente que las ciencias siguen adelantando que es una barbaridad. El hombre de nuestro tiempo, impulsado por una avidez insaciable de progreso, no encuentra pausa. Mejor dicho, no la encuentra porque no la puede encontrar; porque ya no existe. El hombre moderno ha desterrado las pausas; las ha borrado del globo. El hombre de nuestro tiempo ha acelerado hasta el tope y ha roto después los frenos. Dios sabe dónde, cómo y cuándo podrá detenerse.

Pero, por de pronto, el hombre de nuestro tiempo ha inventado el modo de destripar el viejo, higiénico y acreditado horario de los tres ochos: ocho horas de trabajo, ocho de esparcimiento y ocho de sueño. El inventor –un hombre de nuestro tiempo, uncido al apremio de todos los hombres de nuestro tiempo– se llama Engherard y, tras prolongadas vigiliias, es decir, predicando con el ejemplo, ha llegado a la definitiva conclusión de que dormir es perder vida. Esto es, el sistema de los tres ochos representa un anacronismo, y puesto que el hombre precisa más de ocho horas para trabajar y bastantes más de ocho para divertirse, dejémonos de dormir y aprovechemos el tiempo. El profesor Engherard, tras prolongadas vigiliias, ha descubierto un sistema de sueño eléctrico que permite eliminar en tan sólo dos horas toda fatiga muscular o nerviosa. Esto, a primera vista, representa un progreso, mas, a segunda vista, ya no lo parece tanto. Es decir, hoy que media humanidad lleva en el bolsillo del chaleco unas píldoras para dormir, el verdadero progreso sería reinventar el sueño natural, tal como Dios nos lo dio. Pero no. Eso sería un invento anticientífico, retrógrado y, por tanto, un baldón para los hombres de la era atómica.

Nuestra suerte, pues, está echada. El sabio descubridor del sueño eléctrico se llama Engherard. El profesor Engherard, tras prolongadas vigiliias, ha terminado con los barbitúricos..., pero también con el sueño. Es algo así como desterrar para siempre las jaquecas cortando las cabezas de los pacientes. Pero no seamos cerriles. El hombre de nuestro tiempo siente prisa y el profesor Engherard se ha sacado de la manga los días de treinta horas. ¿Qué más vamos a pedir? Dejémonos llevar por la corriente y no nos detengamos a reflexionar. No hay tiempo para ello. Chaplin ya reflexionó sobre nuestra suerte en *Tiempos modernos* y, luego, reflexionó Tati en *Mi tío*, pero sus reflexiones no nos han servido de gran cosa. Hay que seguir inventando. Y el profesor Engherard, tras prolongadas vigiliias, ha mecanizado el sueño. Ya disponemos de más tiempo para trabajar y, sobre todo, para divertirnos. ¿Que después de la jornada de doce horas nos sentimos fatigados? Un calambrito y al baile. ¿Que después del baile nos encontramos derrengados? Otro calambrito y a beber vino hasta las tantas. A estas alturas iba resultando risible aquella arcaica expresión de descabezar una siesta. En la era supersónica, en esta era sideral en que vivimos, no es congruente que el hombre descabece siestas sino calambres.

Se conoce que el profesor Engherard no estaba muy conforme con la idea del robot-hombre y, tras prolongadas vigiliias, ha inventado el hombre-robot. Todo muy de agradecer en nombre del progreso. Lo verdaderamente terrible es pensar que, en el futuro, el hombre no dispondrá sino de dos horas diarias para olvidarse del átomo, de la guerra fría, de las matanzas de negros por los blancos, de las matanzas de blancos por los negros, del odio, de la frenética frivolidad, del hambre, de la miseria... Pero no desbarremos. Tras el profesor Engherard vendrá otro profesor Engherard, otro hombre de nuestro tiempo que borrará –¿con otra descarga eléctrica?– toda

preocupación de nuestra mente y toda angustia de nuestro corazón. Habremos alcanzado entonces una automatización perfecta, la cumbre del progreso, y a esas alturas de civilización el hombre de nuestro tiempo ya no experimentará angustia ni echará de menos su siesta ni, a buen seguro, el anacrónico horario de los tres ochos.

1962

Desarme de corazones

Mientras Rusia y Estados Unidos maduran un proyecto para hacer una pira con los bombarderos atómicos, es decir, procuran allanar dificultades para conseguir un desarme general y completo, el mundo de la frivolidad se solaza a diario con espectáculos de violencia. Se trata de una dolorosa paradoja. 1962 nos brinda el contrasentido de pretender compaginar unas manos vacías con un corazón restallante; unos dedos sin pistola con unos corazones deseosos de dispararla. En estas circunstancias, es obvio que podría llegar a producirse en el mundo un desarme material, pero los sentimientos de violencia, odio y venganza perdurarían. De poco vale, entiendo yo, no tener un garrote entre las manos cuando nos anima el propósito de abrir la cabeza a un semejante. Y, a la inversa, el garrote no representa un peligro cuando las manos que lo sostienen obedecen a un corazón que no desea descargarlo sobre nadie. En una palabra, es preferible desarmar mentalidades que manos, mas como esta meta no parece de momento asequible, tal vez represente algo positivo –por aquello de que a falta de pan buenas son tortas– dejarnos inermes ante la tentación. Una vez perdido el control, siempre será más leve una bofetada que un tiro.

Viene esto a cuento de que en el mismo periódico provinciano en que leo que Estados Unidos y Rusia estudian la destrucción de los bombarderos atómicos, la cartelera de espectáculos, aunque pequeña de talla, no puede mostrarse más desaforada y agresiva. Vea el lector si cabe mayor furor pirotécnico en menos espacio: *Un balcón sobre el infierno*, *Juegos de asesinos*, *Hasta el último aliento* y *La ley de la horca* son los cuatro títulos que, a elegir, brindan las cuatro salas de proyección de esta pequeña capital. El más tonto podrá advertir que el aficionado al cine no tiene aquí escape. Y si compara esta escalofriante cartelera con la noticia de la primera plana, llegará a la conclusión de que entre una y otra no existe concordancia, de que unos y otros andamos jugando a los despropósitos, ya que mientras los dirigentes tratan de convencerse mutuamente de la necesidad de destruir los peligrosos juguetes creados, invitamos a los dirigidos –espectadores de todos los cines del mundo– a construir estos juguetes de nuevo.

Sobre este asunto ya se ha hablado bastante y, sin embargo, observo que cuanto más se habla de él menos se progresa; continuamos donde estábamos, si no más atrás. El gusto por la violencia crece y, lejos de arbitrar medios para evitarlo, le damos satisfacción en unas dosis que aterran. A poco que se frecuenten las salas de cine, un normal espectador observará que un cincuenta por ciento de las películas que hoy se proyectan son violentas; un veinticuatro por ciento, eróticas; otro veinticuatro, estúpidas, y del dos que resta apenas si habrá una estéticamente digna y otra humanamente plausible. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente que el mundo se lo reparten el erotismo, la estulticia y la violencia. Y ante una opción tan limitada, los jóvenes espectadores se inclinan por la violencia ya que, a fin de cuentas, es la única postura activa que las pantallas les brindan. Si los mayores, que organizamos el mundo de los menores, declaramos apto el espectáculo, los menores lo aceptarán confiados y con todas sus consecuencias. Y, a buen seguro, si el mundo de mañana organiza otra conferencia de desarme, el acuerdo será aún más arduo y problemático de lo que está siendo en la actualidad. En resumen, el cuento de nunca acabar.

Se argüirá que si el cine sirve películas donde se exalta la violencia es porque el mercado las pide. Por estos derroteros iríamos a parar muy lejos y no, a buen seguro, a una meta optimista. Pero aun admitiendo que si el cine es un negocio quienes lo mueven y controlan no pueden arrojar piedras contra su propio tejado, también resulta evidente que de seguir por este camino no serán piedras sino bombas lo que arrojen sobre él. Estas cosas tan delicadas hay que abordarlas con perspectivas de futuro, puesto que, si ya es un paso deshacernos de los medios de agresión, es obvio que la paz nunca llegará a ser estable mientras no desarmemos los corazones de quienes los utilizan.

El amigo que perdió el tren

Hace ya muchos años se desató en este país una campaña muy movida contra las recomendaciones. El resultado fue positivo, no porque las recomendaciones dejaran de hacerse, sino porque se prodigaron tanto que terminaron por perder toda virtualidad. La gente se decía: «Las recomendaciones deben de ser necesarias, cuando tanto se meten con ellas». Y todo el mundo se dedicó, durante un tiempo, a hacer recomendaciones y a contestar cartas de recomendación, unos sin interesarse demasiado por lo que pedían y otros sin condolerse de verdad por lo que denegaban. Total, que las recomendaciones fueron perdiendo eficacia y en los exámenes, pongo por caso, si el catedrático se interesaba por un alumno, era por aquel que, excepcionalmente, se presentaba a cuerpo limpio, como un bicho raro, sin unos padrinos que lo avalasen.

Esto me lleva a pensar en la conveniencia de organizar ahora una campaña contra las visitas inoportunas. En unos momentos en que se hace matemática de la productividad y que los españoles –al fin– empezamos a valorar el tiempo, parece conveniente pensar, ya que no en suprimir las visitas, sí, al menos, en reglamentarlas. Y no hablo ahora de las visitas de cumplido, aquellas inefables visitas de nuestros abuelos, quienes, pese a sus esfuerzos, no acertaron nunca con una fórmula adecuada para llenar su tiempo disponible. Entonces, se decía: «¿Conoces a Fulano?». Y se respondía: «No le voy a conocer. Somos visita desde antes de la guerra». La guerra era, claro, la del 14, y el ser visita de alguien obligaba a la presencia física en los natalicios y los óbitos de los allegados. Uno, que no cree que todo lo de hoy sea peor que lo de ayer, piensa, por ejemplo, que en esto de la amistad sin artificios ni hipocresía hemos ganado muchos puntos, como hemos ganado, evidentemente, muchos puntos proscribiendo el visiteo sin ton ni son con gentes con las que nada tenemos en común.

Ahora bien, lo verdaderamente inadmisibile en nuestro tiempo es la frivolidad con que el desocupado interrumpe la ocupación de los demás. Y no hablo del desocupado de oficio, sino del desocupado circunstancial que, por llenar unas horas, digamos de tren a tren, no vacila en vaciárselas a su prójimo. «Pasaba por aquí y me dije: Voy a subir un rato a ver a Pepe. ¡Menuda sorpresa se va a llevar!» Y, sin otra justificación, el desocupado allana el despacho de Pepe, se arrellana en un sillón de Pepe, y allí, entre pitillo y pitillo de la cajetilla de Pepe, aguarda tranquilamente la hora del tren. Éste es un hecho que se repite, a diario, en todas partes, sin que al amigo que espera el tren se le ocurra pensar en las cosas que Pepe ha dejado por hacer a cuenta de su visita. Es más, muchas veces, el amigo que espera el tren, piensa al marcharse: «Al pobre Pepe, siempre enterrado entre papeles, lo he distraído un rato». Por supuesto, el amigo que espera el tren no advierte nunca que al día siguiente, otro amigo de Pepe, que también esperará el tren, acudirá a su oficina para «distraerlo un rato».

A veces pienso en la parte de culpa que en las neurosis de nuestra época tienen las visitas intempestivas. Uno, por la mañana, hace su composición de lugar y distribuye su tiempo. Mas, con esa candorosa puerilidad que nos distingue a los españoles, uno, cada mañana, piensa que los amigos que esperan al tren se han acabado la víspera, que, en lo sucesivo, uno es dueño de sus horas. Pero, por la tarde, aparece de repente en la oficina otro amigo que ha perdido el tren y los

papeles siguen amontonándose sobre su mesa. Los nervios empiezan a tensarse. El tic-tac del reloj nos echa en cara nuestra dejadez. Y los papeles siguen llegando. Uno se va a la cama pensando en los papeles. Decide madrugar. Por la noche, le asalta una horrible pesadilla: los papeles colman la mesa, la desbordan, cubren el suelo del despacho, empiezan a amontonarse; uno bracea, intenta nadar entre ellos, pero los papeles, como una marea creciente, suben y suben, se aprietan contra el techo y terminan por asfixiarlo. Al cabo, uno se despierta, se levanta, sale de casa y, en la misma puerta, se encuentra con un viejo amigo, un amigo que no lo ve a uno desde hace cinco meses y que ha decidido charlar un rato, hasta la hora del tren.

Los franceses, con su buen sentido característico, han resuelto este problema determinando días y horas para las visitas; días y horas que rigen, incluso, para los amigos que aguardan el tren. La solución es bien simple, pero convendría que los españoles la pusiéramos en práctica todos a una, a fin de evitar que nuestros amigos digan de nosotros que nos hemos convertido en unos monstruos de insociabilidad.

Los entierros

De la vieja costumbre que tenemos los españoles de asociar la muerte con el negro hablaré otro día. Hoy sólo quiero ocuparme de los entierros; de los entierros a la Federica, con carrozas barrocas, caballos empenachados y aurigas con peluca, que es como se hacen los entierros en mi pueblo. He aquí un buen motivo de contacto social que todavía facilita nuestro país. En España, proscritas las huelgas y las manifestaciones públicas, apenas resta otra posibilidad de concentración multitudinaria que el fútbol y los entierros. De este modo hay amistades de fútbol y amistades de entierro; amistades anudadas ante un gol o ante un féretro de caoba con herrajes de oro.

El caso es que cuando en España comenzó a decirse que era necesario trabajar para levantar al país de su postración, se pensó que los entierros constituían un lastre y que, aunque la práctica de las obras de misericordia estaba muy bien, era preciso reducir el tiempo empleado en ellas, para lo cual las despedidas de los duelos se efectuarían en lo sucesivo en la parroquia del difunto en lugar de en la última parroquia del trayecto hacia el cementerio. «De este modo», se decía, «si el acompañamiento, pongamos por caso, es de trescientas personas y se reduce en media hora la duración del ceremonial y la ciudad da una media de siete entierros diarios, tendremos –¡en nuestra capital solamente, señores!– un ahorro de treinta mil horas mensuales que van a revertir en beneficio de la economía nacional.»

Es decir, se trataba de simplificar la muerte de los muertos para mejorar la vida de los vivos. Un objetivo sumamente práctico, sin duda, pero que falló por error de cálculo. En efecto, al español, una vez que sale de sus casillas, no le basta un esparcimiento de media hora, entre otras razones porque media hora apenas da para cruzar cuatro palabras con nuestros amigos de «entierro», de ordinario nuestros amigos más trascendentes, esos amigos que nos dicen: «No somos nadie», o «¡Quién lo iba a decir!», o «Dentro de cien años todos calvos». Uno no sabe cuántos entierros serán precisos para volver a encontrar a ese amigo, y hay que aprovechar la ocasión porque «a Pepe no se le entierra todos los días y la oficina puede aguardar». De otro lado, la complicación del ceremonial en la parroquia del difunto y la inevitable aparición del espontáneo en pésames han dado al traste con esas bonitas treinta mil horas mensuales que iban a redimir nuestra economía.

El espontáneo en pésames es, sobre todo, una rémora que convendría proscribir. El espontáneo en pésames es ese señor que siente más que nadie, más efusivo que nadie, y que al llegar el turno de dar la cabezada de solidaridad no se conforma con ello y se aproxima a los deudos del finado y estrecha sus manos, cálidamente, de uno en uno. Lo peor es cuando un espontáneo en pésames le gana la acción a otro espontáneo en pésames, en cuyo caso el segundo espontáneo en pésames, que siente, naturalmente, más que el primero, que quiso al difunto más que el primero y que se conduce de la desgracia más que el primero, abrazará y achuchará, entre sonoros palmetazos, a los supervivientes de la familia, entre la decepción de quienes desfilaron ya humildemente y manifestaron su pesar de una manera tan tímida y cicatera como es una inclinación de cabeza. Por contra, los que aún aguardan, vistas las efusivas muestras de condolencia del

espontáneo, ya no suelen conformarse con estrechar manos, y entre abrazos, palmetazos y achuchones se van al diablo la mañana y el ahorro de las treinta mil horas y el despertar de la economía del país.

Uno, naturalmente, no está contra los entierros. Uno está, más bien, contra los formalismos falaces. Uno aboga, en suma, por los entierros sencillos, minoritarios, donde el que vaya, vaya por sentimiento y no por educación. Tal vez así se evitaría que en los entierros se hablara tanto de fútbol y que, a la hora de partir, el difunto se encontrara solo por aquello de que los muertos son los únicos hombres puntuales del país. Y tal vez así, también, lograríamos ahorrar estas treinta mil horas y despertar la economía nacional, que, aunque no sea éste el momento más oportuno de decirlo, buena falta le está haciendo.

Partir de cero

Con la universidad española venía ocurriendo algo parecido a lo que alguien dijo de los manicomios, es decir, que ni estaban todos los que eran, ni eran todos los que estaban. Más concretamente, hace muy pocos lustros bastaba en el país disponer de cuatro perras gordas para alcanzar un título facultativo, y hasta tal punto esto era cierto, que entre las clases privilegiadas circulaba como eslogan fidedigno aquello de que en España todo el mundo era abogado mientras no se demostrara lo contrario. Esta realidad ofrecía una amarga contrapartida, a saber, que para aquel que no dispusiese de cuatro perras gordas, la universidad era algo tan lejano como un yate o un automóvil; digamos, para mejor entendernos, que la ilustración en este país era un artículo de lujo, dándose la paradoja de que los diplomas acreditativos del talento se compraban y se vendían, con lo que para ser calificado de intelectual –licenciado– no era preciso tanto tener inteligencia como tener dinero. De aquí derivaban dos males endémicos: a la universidad arribaban con frecuencia adinerados sin masa gris, en tanto los desheredados con ella quedaban perpetuamente anclados a su condición de peones o de braceros.

Afortunadamente algo ha cambiado en los últimos tiempos en la universidad, de forma que ya sí van siendo todos los que están, siquiera aún falta que estén todos los que son. Quiero decir que si hoy el dinero, el simple hecho de ser uno un señorito, no da derecho a un título universitario –y eso está bien–, todavía el talentado económicamente débil ha de mendigar aquí y allá –si es que alguien de cuantos lo rodean advierte a tiempo sus dotes naturales– para tener acceso a la ilustración. En una palabra, en este aspecto de la enseñanza algo se ha conseguido, pero aún queda el rabo por desollar. Y si hoy no bastan unos billetes para comprar un título de intelectual, no menos obvio resulta que sin billetes por medio apenas hay procedimiento hábil de probar oficialmente –y menos aún de que se nos reconozca– una inteligencia.

–Mire usted, siempre hubo ricos y pobres. Eso no es descubrir el Mediterráneo.

Esto es bien cierto y, posiblemente, irremediable, pero lo que sí tiene remedio, y a ello vamos, es a desarraigar los privilegios de casta, es decir, a que sea rico –o medio rico– quien lo merezca y a que sea pobre quien no pueda alcanzar otra cosa. A estas alturas es un elemental principio de justicia el que cada hombre parta de cero y se realice conforme a sus posibilidades intelectuales sin trabas ni cortapisas. Mas, aparte de ser esto justo, una sociedad medianamente organizada no tiene derecho a dilapidar talentos sino al contrario, contrae la obligación de situar a sus miembros en aquellos puestos para los que se muestren capacitados. De esta manera, el funcionamiento del cuerpo social será perfecto y el rendimiento del mismo, eficaz. Se trata, en suma, no de hacer caridad, sino de una noble exaltación del egoísmo comunitario que busca el modo de extraer el máximo provecho de cada uno de sus componentes.

Sería de desear que, en este camino emprendido por el principio de igualdad de oportunidades, se llegase a prescindir de trámites burocráticos –¡cuántos padres de muchos presuntos intelectuales no saben ni firmar!– y se llegara a un automatismo fluido entre los diversos grados de la enseñanza, de forma que cada cual se detuviera allí donde se demuestre que no puede

pasar. Es evidente que, de conseguirse esta meta, dadas la abnegación y el espíritu de renuncia y el sentimiento de equidad ahincados en nuestro pueblo, todo aquello de la cuestión social y la lucha de clases pasaría, en poco tiempo, a ser un recuerdo histórico.

1963

Camba o la sobriedad

Ha muerto Julio Camba. Julio Camba fue un periodista parco en palabras o, dicho de otra manera, un maestro de periodistas. Porque las facultades de un escritor de periódicos deben medirse, antes que por su retórica y por lo que dice, por el número de palabras que utiliza para decirlo. Y Julio Camba fue un hombre que no necesitó jamás demasiadas palabras para exponer una idea o contarnos una historia divertida. Y no otra cosa, creo yo, debe encerrar un artículo de periódico.

En este sentido, Camba fue un precursor. Quiero decir que, en los tiempos en que Julio Camba nació a la literatura, la literatura era todavía el ropaje verbal, la grandilocuencia. Fue Camba quien advirtió que el periodismo es sobriedad. En buena parte, los destinatarios de los periódicos son gentes apresuradas, que gustan de los titulares gruesos, los anuncios grandes y los artículos chicos. De esta manera, los escritores inteligentes, en plena fiebre retórica, se identificaron con el viejo aforismo: lo bueno, si breve, dos veces bueno. (Este aforismo era, sin embargo, muy repetido, en aquel tiempo, por periodistas cuyos artículos llenaban siete columnas y por conferenciantes cuyas disertaciones rara vez duraban menos de un par de horas. De ordinario, los escritores como Camba –de chispazo fulgurante, pero efímero– no apelaban a ese aforismo; sencillamente, lo ponían en práctica.) Es decir, en una época en que el periodismo, la literatura y la dialéctica venían crecidos, abombados de retórica, Julio Camba fue un escritor en estiaje; poca agua pero transparente. Éste ha sido, a buen seguro, su legado.

En nuestros días, las modas artísticas se suceden sin que su destinatario –el hombre de la calle– tenga tiempo de digerirlas. El artista, el escritor, rara vez aspira hoy a mejorar lo presente, sino en llamar la atención ejecutando algo distinto. Julio Camba se limitó a hacer lo que hacían los demás, pero intentando superarlo por medio de la síntesis. He aquí una lección de humildad –y de buen sentido– que a los escritores de las nuevas generaciones nos convendría tener en cuenta.

Oposiciones a escritor

En poco más de un mes leo dos artículos de sendos jóvenes lamentando la escasez de oportunidades que hoy ofrece el país al escritor novel, derivadas de la incompreensión de los consagrados, del desdén de los editores y de la indiferencia de los directores de periódicos y revistas. Siempre he sentido, o he procurado sentir, los problemas ajenos como propios, y he puesto buen cuidado para que mi mentalidad no se fosilice ni se recluya en un compartimiento estanco que la prive de recibir los contactos beneficiosos y tonificantes de las nuevas olas. Pero la cosa es que, en el caso presente, entiendo que estos dos muchachos no tienen razón, ya que, aparte de que los directores de periódicos tendrían que doblar el número de páginas para publicar todo aquello que reciben de los jóvenes y los menos jóvenes aspirantes a escritores, es obvio que el número de concursos periodísticos y literarios que hoy se abren a los noveles es, con el turismo, una de las pocas cosas que medran en el país. Quiero dar a entender con esto que el hecho de querer ser escritor, con ser importante, no lo es todo; es preciso, además, saber escribir y que el público consumidor demande nuestros escritos.

Es curioso que estos jóvenes impacientes se lamenten de que nadie les tienda una mano y citen un repertorio de nombres de escritores más o menos asentados en la literatura del país de los que, por supuesto, ignoran no sólo si alguien en su día les tendió una mano, sino las tribulaciones y sinsabores que hubieron de sufrir en sus comienzos. Esto de querer sentar cátedra a los veinte años no creo que sea un mal de la época, sino una prueba más de la exuberancia juvenil propia de todos los tiempos y de todas las latitudes.

Es obvio que los puestos de trabajo no son muchos en el país, ni tampoco fácilmente asequibles. Pero esto es así no sólo en literatura, sino en todo tipo de actividad. Será cosa de la pobreza del suelo, de la defectuosa organización social o de lo que ustedes quieran, pero es así. Ahora bien, y dando por bueno que el procedimiento selectivo de la oposición no sea el más aconsejable, resulta que de momento no hay otro, y todo aquel que en España aspire a una plaza de lo que sea debe avenirse a pasar por el aro. (Hace aún pocos años, un muchachito con matrículas de honor en todas las asignaturas y premio en la reválida de cuarto fue desplazado por otro con premio en la reválida de sexto y después de realizar ambos unos ejercicios brillantes... ¡para la plaza de «botones» de un banco!)

Si nuestra estructuración social es deficiente, ella debe ser el objeto de nuestra crítica. Pero, en cualquier caso, esos mismos defectos –por comparación– deben llevarnos a pensar que las perspectivas del artista no son, ni mucho menos, tan sombrías como pretenden estos jóvenes. Al artista, al escritor, no se le exigen títulos ni edad para acudir a los concursos, o si se prefiere, a la oposición. Por otra parte, éstas –o los premios– se convocan sin pausa, constantemente, y constantemente saltan a la palestra nombres nuevos, muchos de ellos cuando no han cumplido o acaban de cumplir los veinte años (hoy, Luis Goytisolo, Payno, Nieto, Santerbás; ayer, Laforet...) Las ocasiones, pues, son frecuentes, y el ambiente, propicio; no es cosa de desesperar.

Ocurre, sin embargo, que los españoles somos muy propensos a sobreestimar nuestro trabajo y a menospreciar el de los demás. Lo propio nos parece siempre lo mejor. Y, en consecuencia, el país es injusto, porque publica lo malo o lo menos bueno y deja inédito lo mejor, es decir, lo mío.

Yo creo que esto de someterse al veredicto de un jurado –siempre habrá alguno, pienso yo, que merezca nuestra confianza– debe ser un acto de humildad que hemos de aceptar con todas las consecuencias. Quiero decir que el pastelero que no vende sus pasteles porque son malos, antes que obstinarse en censurar la falta de paladar de los presuntos clientes, debería alterar la receta y, llegado el caso, cambiar de oficio.

1963

Los premios literarios

A cuenta de los premios literarios se ha consumido mucha tinta en el país: la tinta consumida «para» los premios –por los concursantes– y la tinta consumida «sobre» los premios –por los críticos y comentaristas. Éstos, de ordinario, se han polarizado en posiciones antagónicas: los premios son nocivos y los premios son beneficiosos. Es ahora cuando surge una peregrina tercera posición: los premios de instituciones no mercantiles son beneficiosos porque son desinteresados y los premios de entidades mercantiles –léase editoriales– son nocivos porque son interesados.

He aquí una valoración de los premios literarios hartamente caprichosa y simplista. Este criterio diferenciador se asemeja bastante al utilizado por los autores de westerns, según los cuales los tipos del sombrero tejano son buenos, y malos los que llevan plumas en la cabeza. Tal disposición, cuando la adopta un galardonado por entidades no mercantiles, es pareja a la de aquel padre de cinco criaturas cetrinas, para quien los niños morenos eran indefectiblemente más fuertes y despabilados que los niños rubios.

¿Y qué es lo que se achaca a los premios literarios otorgados por editoriales? Sencillamente, que son –o aspiran a ser– un negocio, y en los negocios, ya es sabido, operan circunstancias ajenas a la literatura. Uno, con sus modestas entendederas, imagina precisamente lo contrario, es decir, que el hecho de que los premios de editoriales aspiren a ser un negocio es lo que constituye para el concursante una garantía: su libro, a buen seguro, será leído. Uno está por ver a un comerciante que adquiera su mercancía entre un centenar de modelos que se le ofrecen al mismo precio sin tomarse la molestia de echar antes un vistazo sobre el muestrario.

Yo pienso que son muy pocos los que al hablar de los premios literarios aciertan a desentenderse de su circunstancia personal. De ordinario, cada cual habla de los premios conforme le fue en ellos. Mas uno no considera difícil ser objetivo al abordar esta cuestión. Por de pronto, a estas alturas, juzgo inservibles los elementales criterios estimativos de nuestras abuelas tanto para juzgar a los hombres como para juzgar a las instituciones. Hoy son ya muy pocos los que se decidirían a catalogar a un hombre por los colores de su bandera. Así, uno considera que hay premios poco honestos entre los concedidos por instituciones y premios honestos entre los discernidos por editoriales. Y a la inversa. Y por lo que se refiere a la influencia de los premios –procedan de donde procedan– en la marcha literaria del país, habrá que establecer una diferencia; es decir, los premios, como todas las cosas, tienen su cara y su cruz.

Cara: los premios han servido para encauzar el relativo interés de los lectores españoles hacia los autores nacionales. (Recuérdese a este respecto que las librerías españolas en 1944 estaban en manos de los Lajos Zilahy, André Maurois, Margaret Mitchell, Daphne du Maurier, las hermanas Brönte, etcétera.) Los premios han estimulado a los jóvenes escritores españoles. Los premios, en fin, han servido a menudo para realizar pingües negocios editoriales. En suma, el triángulo autor-editor-lector se ha beneficiado con ellos.

Cruz: los premios han proliferado tanto en poco tiempo, que a estas alturas es materialmente imposible destacar, cada año y cada premio, una obra meritoria. Consecuencia: la masa lectora que hace pocos años pedía en las librerías premios y no novelas, solicita hoy novelas y no premios. Los premios, en virtud de la frecuencia con que han servido gato por liebre, se han

desprestigiado. Quiere esto decir que la recuperación del propio mercado, realizada paulatinamente por los novelistas españoles a raíz de 1940, está a punto de perderse por la proliferación excesiva de los premios literarios. Hoy día un premio literario ya no consagra a un autor. Dicho todo en palabras simples: los premios literarios, que fueron ayer la cuna de la novela española, pueden ser mañana su sepultura.

1962

La novela abstracta

Conocí a Michel Butor –uno de los más destacados escritores franceses de las últimas promociones– en el Coloquio Internacional de Novela de Formentor, hace ahora tres años. Butor, además de novelista es profesor, y hay que convenir en que en aquellas conversaciones de Mallorca puso con frecuencia los puntos sobre las íes y se reveló, por el orden y la claridad de sus ideas y la sobriedad de su exposición, como un excelente didáctico. Michel Butor, inteligente y equilibrado, aportó en tal ocasión observaciones valiosas para conciliar posiciones antagónicas y poner un poco de orden en aquella Babel literaria, cuyo desacuerdo a la hora de fijar los límites de la novela fue tan apasionado como unánime.

Pues bien, ahora Butor ha publicado un libro –*Mobile*– sobre la vida de Estados Unidos que va mucho más lejos de donde llegaron hasta ahora los representantes del *anti roman* en Francia. Michel Butor se ha limitado en *Mobile* a colocar por orden alfabético, cambiando frecuentemente la tipografía, nombres de estados, de ciudades, de personas y de neveras, intercalando entre ellos, de cuando en cuando, frases tomadas de periódicos y revistas que aluden a los negros, al mar, a los pájaros o a la productividad. Esto es *Mobile*, libro que el autor subtitula «Ensayo para una representación de Estados Unidos».

Pese a que París, capital de la cultura, está curada de espanto en punto a audacias e innovaciones artísticas, el libro ha sido acogido allí con estupor e irritación por parte de la crítica y del público, actitud que no ha impresionado a Butor, quien ha declarado: «Desde el siglo XIX todos los grandes libros han sido recibidos de la peor manera... *Mobile* está aún en las tinieblas, pero esto no me importa; ya llegará su día».

Para nosotros, no franceses, que conocimos a un Butor ponderado y serio, *Mobile*, su última obra, nos llena de sorpresa y confusión. La sed de mudanzas, la fiebre de originalidad, nos conduce por días a un terreno peligroso. Es cierto que el *anti roman* –la novela sin hombre y sin sentimiento; la novela del objeto pero sin objetivo– tiene ya en Francia no ya cultivadores inteligentes, sino un cuerpo de críticos y ensayistas de primera fila que la defienden con entusiasmo y basan su existencia en la conciencia gregaria que van originando los medios modernos de difusión. La uniformidad mental es hoy un hecho; apenas hay hombres, sino rebaños, y, en tal sentido, los cultivadores del *anti roman* pretenden ser fieles a su tiempo y servir a la amorfa sociedad en que viven.

En definitiva, a la novela le ha llegado el turno de las experiencias que ya sufrieron antes la poesía y las artes plásticas. El hecho de que el sensato Butor escriba y lance *Mobile* es todo un indicio. Iniciamos, pues, la era de la novela abstracta o de la novela «no figurativa», que es como decir la escisión entre novela y pueblo, pese a ser el pueblo –el pueblo gregario, el pueblo sin cabeza– el pretendido destinatario de este tipo de literatura.

Mas si en el caso, digamos, de la pintura caben razones para justificar los nuevos derroteros, resulta más difícil aducirlas, con cierta lógica, en el caso de la novela. Las formas, el color, son valores pictóricos y es lícito intentar –como dice José María Valverde– «que el ojo se recree por sí solo, sin rendir cuentas al entendimiento». ¿Pero qué hacer cuando el medio de expresión no es el color sino la palabra? La palabra, con todos sus defectos, con todas las posibilidades de

equivoco que su interpretación entraña, ha sido hasta ahora el más perfecto medio de comunicación entre los hombres. ¿Será justo, por el hecho de que los hombres no se entiendan, desertar de la palabra, descomponerla, vaciarla de todo sentido y proponer un ejercicio mental al lector en la mera variedad tipográfica de los signos?

Así parece entenderlo Michel Butor cuando afirma que *Mobile*, «por su tipografía, ya expresa algo, ya supone, para el lector, una posibilidad de recreo visual».

Los nuevos caminos

Aludía en mi anterior artículo, «La novela abstracta», a las nuevas corrientes adoptadas por este género literario y al riesgo que envuelve desertar de la palabra como vehículo de comunicación. Mas después de escrito aquél me llega la noticia de que el Prix des Éditeurs ha recaído este año en una novela del alemán Uwe Jhonson, novela –se nos dice– de una novela que no llegó a escribirse, es decir, la novela de una novela frustrada, donde sobran los signos de puntuación y deliberadamente se vulneran los preceptos gramaticales. En una palabra, una nueva acrobacia en este resbaladizo terreno de la extravagancia. Nos cabe, sin embargo, la satisfacción de que la delegación española de Seix y Barral, junto a otra delegación, intentara inclinar la balanza del lado de Carson McCullers –la finalista– esgrimiendo como argumento pertinente el hecho de que la gran escritora norteamericana «ahonda más en el hombre y sus problemas». La actitud de estas delegaciones es confortadora, aunque el hecho de que su voz fuera en el jurado la voz de las minorías nos revela que los editores, la mayor parte de los editores del mundo, están dispuestos a amplificar y difundir, so pretexto de originalidad, estas nuevas tendencias que vienen a representar a la novela lo que a la química esos estudiantes que mezclan caprichosamente sales y ácidos en un tubo de ensayo en espera de que salga humo o se produzca un vistoso precipitado rojo, amarillo o azul.

El arte de nuestro tiempo va aproximándose por días a la pista de un circo, donde cada trapecista, cada prestidigitador que salta al redondel pretende hacer algo nuevo, olvidando que casi todo está hecho y que la verdadera cuestión no es hacer lo que nadie hizo, sino lo que ya fue hecho pero hacerlo con mayor economía, originalidad o belleza. Pero vistas las dificultades que entraña el triple salto mortal en el trapecio, el trapecista opta por dar una voltereta sobre el lomo de un borrico con la consiguiente algarabía de los niños y de los espectadores ingenuos. Dicho en otras palabras, la mejor manera de llamar hoy la atención no reside en superarse, sino en salirse por la tangente, o sea, en la pirueta. Se argumentará que no pocos hombres que son verdaderos genios usan y abusan de la pirueta y aun que sus piruetas les dan de comer y de beber. Esto es muy cierto, mas hasta el momento se les exigió previamente a estos señores que demostrasen su talento, y una vez hecho esto se les permitió la extravagancia y hasta se admitió como lógico que sus extravagancias, sus piruetas, se cotizaran en el mercado. Lo grave del caso es que ahora se pretenda escalar la fama empezando por la pirueta, siendo así que la mera pirueta queda por completo al margen de la estética. Esto es, yo no encuentro, en contra de lo que se ha dicho, que el prescindir de la puntuación y de las normas gramaticales entrañe un anhelo renovador de la técnica novelística, de la misma manera que no lo entrañaría escribir en las márgenes del libro y dejar impoluto el rectángulo central de cada página donde hasta ahora solía imprimirse.

En definitiva, uno llega por este camino a conclusiones muy turbadoras. El arte se desintegra, afronta el caos por falta de destinatario, afirmación que, en cierto modo, coincide con la de los paladines de las nuevas tendencias, quienes justifican sus extravagancias por la fidelidad obligada del artista a la época en que vive; es decir, a una sociedad caótica hay que servirle un arte caótico. Uno, no obstante, no ha perdido del todo la esperanza y piensa que otra manera de ser fiel a la época en que vive es tratar de arrancar de su mediocridad, de su materialismo exacerbado, de su

vacío mental, a la sociedad en torno, profundizando en el hombre sin renunciar a la belleza. Otra cosa sería aceptar que el artista nace condicionado por el medio ambiente en lugar de ser él quien condiciona, quien debe esforzarse, al menos, por dignificar ese medio.

1962

Réquiem por un muchacho

En estos días navideños, tan despojados, en esencia, de carácter fúnebre, ha muerto un adolescente, apenas un muchacho, Juan Arias. Por si el hecho –la muerte extemporánea, si es que la muerte puede serlo– no envolviese en sí mismo un signo paradójico, ahí tenemos, como complemento, la circunstancia de que el óbito se produzca en unas fechas en las que los cristianos conmemoran la arribada al mundo de la Luz y la Vida. No obstante, para Juan Arias la Navidad de 1963 ha sido su última Navidad, y quizá haya en todo esto, en la oportunidad del tránsito, una de esas misteriosas decisiones con que el Señor distingue a sus elegidos. El caso es que Juan Arias ha muerto entre música de zambombas y panderetas, es decir, como deben morir los muchachos que no debieran morir.

Juan Arias vivía en mi casa, como quien dice pared por medio, y era amigo de mis hijos. Y ya es sabido que los amigos de nuestros hijos son un poco como hijos nuestros. De ahí este dolor vivo y lacerante que la noticia me ha producido. A Juan Arias le falló el corazón. Yo ignoro si algún día los hombres de nuestra época habremos de rendir cuentas por haber creado un mundo excesivamente tenso y trepidante, un mundo sobrecargado para los frágiles corazones de nuestros hijos. En este punto, Juan Arias es un ejemplo. Se diría que Juan Arias, consciente de lo que le aguardaba tras de la puerta, se negaba a abandonar la infancia, a romper con ella y echar sobre sus débiles hombros eso tan pesado y tan arduo y tan inconsistente como es la responsabilidad. Y, sin embargo, Juan Arias no tuvo una infancia como los demás niños; el corazón le fallaba. El corazón, en su tic-tac implacable, se obstinaba en introducirlo en ese turbio mundo de los adultos, y él se resistía a entrar en él. (Ésta era –diga lo que quiera la ciencia– la discrepancia, y de ahí la raíz del mal.) Por eso Juan Arias no podía correr, ni hacer ejercicio y, últimamente, ni siquiera dormir. No obstante, Juan Arias sonreía siempre.

–¿Cómo va eso, Juan?

–Mejor.

Juan Arias, desde hace muchos meses, no podía trabajar, ni estudiar, ni jugar. Llevaba adosada a su adolescencia, como un quiste, una gravedad prematura; una incómoda, desproporcionada gravedad. Era un muchacho con vida de viejo pero con una interioridad pueril, explosiva y abigarrada, como correspondía a su edad. Él sufría, sufría indeciblemente, pero su sufrimiento no trascendía, no rebasaba su corazón enfermo. Había alcanzado la elegancia suprema –el pudor del dolor– que muy pocos seres, así vivan cien años, alcanzan.

–¿Cómo va eso, Juan?

–Mucho mejor.

Y Juan sonreía; con una sonrisa cada vez más pálida, más afilada, más evasiva, pero sonreía. Todo iba mejor; siempre iba mejor. ¿Es que, acaso, intuía Juan Arias adónde iba? ¿Qué es lo que iba mejor? ¿Su progreso gradual, su paulatina maduración hacia la muerte? ¿Quién lo sabe? ¿Quién sabe lo que Juan Arias, el muchacho, pensaba durante estos últimos meses? En tanto, su cuerpo se tornaba enjuto, transparente, mientras dentro se ensanchaba –donde parece que los muchachos aún no tienen hueco para ello– una precoz, resignada conformidad.

–¿De veras te encuentras mejor, Juan?

–Pues claro.

Pero al día siguiente de Navidad Juan Arias amaneció muerto; dulcemente muerto, como mueren los muchachos; como sueñan los niños: sonriendo. Tal vez Juan Arias, en esos instantes, acababa de recuperar su libertad, la infancia que nunca llegó a perder pero tampoco a disfrutar del todo. Juan Arias se iba en el umbral, sin conocer la mezquindad ni el odio, sin recoger sobre sus frágiles hombros esa carga tan ardua, tan enojosa, tan inabarcable que es la responsabilidad. Es decir, Juan se iba justamente en la frontera de la infancia, la misma noche de Navidad, entre música de zambombas y panderetas, como deben morir los niños que no debieran morir.

–¿Cómo te encuentras, Juan?

–Ahora, mucho mejor.

Tirios y troyanos

Tengo entendido que un deportista caracterizado ha sido borrado de la agrupación del viejo club a que perteneció y disuelta la peña que patroneaba al ofrecer sus servicios a otro equipo, rival de aquel en que de entrada militó. De aquí se deduce que estas cosas de la «eterna rivalidad», el «enemigo», el «adversario», no constituyen una mera fraseología deportiva, sino que portan dentro de sí –al menos, en nuestro país– un auténtico sentido de hostilidad. Hoy día, a lo que se ve, en España todavía no es admisible que un atleta se pase a las filas de enfrente, y su actitud, de decidirse a adoptarla, será interpretada no ya como una displicencia, sino, ni más ni menos, como una traición. Y ya es sabido que en esta vieja Celtiberia la traición se paga con la vida o con un cerco de desdenes e incomprensiones a menudo más desconsolador y doloroso que la propia muerte.

Y si esto acontece en el terreno deportivo y en una ciudad culta, sobran razones para echarse a temblar. Porque la historia del país –de puertas adentro– es un repertorio abrumador de pasiones incontenidas, un enfrentamiento constante entre tirios y troyanos, con la particularidad de que estos enfrentamientos muy rara vez se mantuvieron en la esfera dialéctica, sino que, desbordando toda contención juiciosa, derivaron inevitablemente hacia una pretensión de hegemonía, previo arrasamiento, claro, del «eterno rival». Y así, nuestra historia íntima se va tejiendo con hilos de violencia, y su perspectiva brinda un abigarrado chafarrinón en el que, sin disputa, es el color rojo el que predomina.

Doblado en su mitad el siglo xx, parece llegada la hora de que los españoles reflexionemos sobre este punto, a saber: que si la sangre caliente nos valió no pocos éxitos en una etapa histórica en la que prevalecía el corazón, ahora que el cerebro se impone, aquélla no nos servirá para gran cosa; en el mejor de los casos, para obnubilarnos y precipitar nuestras decisiones. De aquí que la intransigencia íbera no sea, en contra de lo que algunos pretenden, fruto de la leyenda negra, ni tampoco, como otros sugieren, envidiable cualidad, fuente de nuestras glorias y grandezas. De la intransigencia al fanatismo no hay más que un paso, y ya sabemos que las más torpes y sangrientas páginas de la historia de todos los tiempos y de todos los países fueron escritas por fanáticos.

Y el caso es que el español, uno a uno, se muestra mollar y transigente; repudia con toda su alma la intolerancia. El español, uno a uno, aspira a encarrilarse por las vías de la comprensión y la convivencia. No obstante, el español es hombre de tertulia, de grupo, de capillita, y una vez inserto en aquéllos o enrolado en ésta, adquiere indefectiblemente una nociva conciencia gregaria. Sus fobias y sus filias son las fobias y las filias de su equipo, y ya es sabido que las fobias alimentadas en equipo, las fobias, digamos, institucionales, al menos en este país, suelen tener un final cruento.

Sin duda, está lejana la época en que la espada abría camino a la cruz o se imponía un rey a cañonazos. Uno a uno, los españoles estamos persuadidos de que nuestra convivencia únicamente tendrá una base estable el día que nuestro esquema de ideas pueda ser confrontado pacíficamente con otro esquema de ideas para extraer de esta confrontación conclusiones provechosas no sólo

para los tirios, sino también para los troyanos. Y el día que un tirio sea capaz de erigir una estatua a un troyano, y tirios y troyanos respeten este monumento, podrá decirse que el país en que esto suceda ha alcanzado la madurez y el pueblo que lo habita es un pueblo civilizado.

Esto, repito, que constituye el abecé de la democracia, y que es admitido por el ochenta por ciento de los españoles aisladamente, se echa a rodar tan pronto el tirio o el troyano se polarizan y empiezan a nutrirse no ya con las sugerencias o ideas del sentido común, sino con las sugerencias e ideas –pétreas, incommovibles– del grupo a que pertenecen. Y si hoy día, para tomar la temperatura del pueblo español, no podemos guiarnos sino de indicios, este que comento no puede ser más decepcionante. Quiero insinuar que si, mediado el siglo XX, no estamos dispuestos a tolerar ni que un deportista, en plena euforia del profesionalismo, cambie los colores de su camiseta, Dios nos coja confesados.

1963

El matador de conejos número uno

A través de un artículo del admirado y admirable José Pla me entero del fallecimiento, en Francia, del doctor Armand Delille, el matador de conejos número uno: es decir, el hombre que mediante un par de inyecciones exterminó la población conejera de toda la Europa occidental. El lector avisado ya habrá advertido que me estoy refiriendo al importador e iniciador de la mixomatosis en el viejo continente, enfermedad que, pese a los optimistas augurios de los entendidos, continúa en plena virulencia, sembrando cada otoño nuestros montes de grises cadáveres, sin que hasta el momento, que yo sepa, se haya acertado con una vacuna operante y eficaz. Es decir, nuestros conejos siguen a merced de la peste y la pretendida resistencia al virus no acaba de manifestarse.

Ante un hombre que ha causado tanto daño, me sorprende la actitud generosa y comprensiva que adopta José Pla en el artículo que comento. Pla se muestra tan liberal, que incluso atribuye a Delille el don de la sabiduría –no por su conducta para con los conejos, por supuesto–, y para demostrarlo cita un repertorio de condecoraciones con que el proveyto doctor fue distinguido en diversas ocasiones de su vida. No es éste el momento oportuno para discurrir sobre el realce que una medalla pueda atribuir a la persona portadora –cosa muy discutible–, aunque sí para poner en duda dos de las afirmaciones que hace Pla en su generosa necrológica y que, a mi entender, se excluyen mutuamente. Pla asegura no sólo que Delille fuese una buena cabeza, sino que el hecho de erigirse en verdugo de los gazapos europeos se debió a una pura casualidad. El doctor Delille pensó que inoculando la mixomatosis a un par de roedores exterminaría solamente los conejos de su finca, ya que la misma estaba preservada por una tapia. Tal idea cabe únicamente en una mente infantil, en primer lugar, porque el doctor conocía el arma con que jugaba (la mixomatosis había arrasado ya vastas extensiones de Australia y del continente americano), y en segundo, porque hasta los niños de tres años saben que de poco sirven las bardas de protección de una finca para con los conejos. Las madrigueras de los conejos ahondan en el subsuelo, se prolongan metros y metros y nada más sencillo para ellos que abrir la boca de la hura a un lado de la tapia y buscar la salida por la otra. Media hora le es suficiente a un conejo para realizar esta operación. Y si el doctor Delille tenía tantos en su propiedad que llegaron a obsesionarlo, ¿cómo iba a ignorar esto, que lo saben hasta los chicos? Por otro lado, ¿cómo estando informado de la devastación australiana podía desconocer el doctor que para que la mixomatosis se propague no es preciso el contacto directo, sino que basta con que un insecto pique a un ejemplar sano después de haber picado a otro enfermo? En suma, uno se teme que el finado doctor Delille –q.g.h.–, guiado por el egoísmo, no pensó más que en su propio provecho, en el «después de mí, el diluvio», tan prodigado en nuestra época. Y una de dos: o la cabeza del doctor no era lo que se dice una buena cabeza (o quizá lo fue y al realizar su hazaña ya empezaba a chochar) o los resultados de su experiencia no pudieron sorprenderlo.

Por otra parte, tal vez Pla desconoce que la última de las medallas que le colgaron del pecho al doctor Delille fue precisamente por los beneficios que su acto –la inmolación de los conejos europeos– reportó a la agricultura gala. Fue éste un hecho anómalo e increíble, supuesto que Delille del banquillo de los acusados pasó a ser un benefactor de la humanidad, distinguido y

hasta condecorado; es decir, que, por una de esas caprichosas fintas en que también es pródiga nuestra época, el doctor de marras, en lugar de con una condena salió del expediente con una medalla. Extraño, sinuoso curso el de este proceso de un hombre que, benefactor o no, a los cazadores de este rincón del mundo nos ha hecho la pascua.

1963 (recogido en *Vivir al día*, 1968)

Nada más que la verdad

Termino de leer las memorias de Von Ribbentrop, el embajador y ministro de Asuntos Exteriores de Hitler durante los años de la Segunda Guerra Mundial y en los que inmediatamente la precedieron. No ignoro que mi lectura ha sido un poco tardía, mas el retraso ha sido deliberado, supuesto que la historia necesita perspectiva si queremos comprenderla. De otro modo, el prejuicio y la pasión, sobre acentuar nuestra displicencia crítica, enturbian nuestro cerebro, cuando no lo obnubilan por completo. Y, de entrada, lo que más me ha sorprendido de esta lectura es la ponderada serenidad que se desprende de estos renglones, unos renglones escritos por un hombre en capilla y sobre una de las etapas más enrevesadas de la historia de todos los tiempos. Pero dejemos esto aparte. Aquí no me interesa tanto la historia como el aspecto meramente humano de la cuestión. Von Ribbentrop, en su libro, se esfuerza por probar que Alemania fue arrastrada a la guerra por la incomprensión de Londres y París. Es decir, todo lo contrario de lo que aspiran a demostrar Chamberlain, Churchill, Eden o De Gaulle en sus memorias o diarios también recientes, hecho que demuestra una vez más aquello del cristal de Campoamor. Y no voy a decir aquí que los argumentos esgrimidos por Ribbentrop sean todos convincentes, pero sí que los argumentos no le faltan, ni son siempre deleznable. Una cosa está clara, a saber, que la Segunda Guerra Mundial –como casi todas las guerras mundiales o no mundiales– la desató el miedo, la desconfianza que en unos y otros exacerbó la cadena de pactos y contrapactos –de agresión, de ayuda mutua, de amistad, etcétera–, cadena que, a su vez, avivó en cada dirigente responsable la sensación de cerco. Con la particularidad, igualmente manifiesta tras la lectura de la obra, de que estos pactos se los llevó el viento, se convirtieron en papel mojado tan pronto supusieron un estorbo para alguno de los firmantes.

Pero aún hay otra cosa que se desprende de este libro –si comparamos su contenido con el contenido de los que escribieron los de enfrente– y es la confirmación de que en todo episodio dialéctico concurren tres verdades: la verdad de cada interlocutor y la verdad-verdad, es decir, la verdad objetiva. En la pieza de Ribbentrop está la verdad alemana; en las de Churchill, Eden y De Gaulle la verdad aliada; mas la verdad-verdad radica fuera de unos y otros, aunque bajo las cubiertas de las memorias de todos se esconda una parte de ella. Alcanzar ésta queda al margen de la facultad humana y de ahí la profunda enseñanza que se encierra en estos volúmenes. Quiero decir que las cosas podrían embrollarse de nuevo y en el caso de que el conflicto dejara supervivientes volverían a surgir libros de memorias con su partecita de verdad. Mas la verdad real, objetiva, sería que habríamos dejado un mundo en ruinas, inoperante para unos y para otros, con una parte de razón de nuestro lado, con otra parte de sin-razón y con un mucho de ciego egoísmo intransigente.

El libro que comento –y otros semejantes– recatan una provechosa lección: el hombre nunca debe tropezar en la misma piedra. Y, sin embargo, dada la premura por sentar pactos y alianzas y zonas de influencia y etcétera, etcétera, se diría que el hombre –el de Oriente y el de Occidente– no experimenta el menor deseo de escarmentar. Hoy se sigue jugando al mismo juego que en 1938. Y en el juego –dialéctico hasta el momento, afortunadamente– concurren, como siempre, tres verdades: la rusa, la occidental y la verdad-verdad. Y ante el tremendo estallido de 1939 resulta

obvio que el hombre de hoy debe afanarse por buscar la verdad-verdad a toda costa, y para ello debe comenzar por intentar comprender las razones *del otro*, aun reconociendo que esta disposición no es cómoda por aquello de que siempre es más sencillo subirse a un carro en marcha que poner en movimiento otro que está parado desde el comienzo de la historia.

1963

La ruina de Castilla

Cuatro desastrosas cosechas consecutivas han sumido a los pueblos de Castilla en el pesimismo y la amargura. El campesino castellano está hoy, antes que nada, desorientado. La mecanización, la concentración parcelaria, la selección de semillas, el abonado concienzudo y periódico; es decir, todo aquello que pudiéramos estimar como buenos consejos, los ha seguido a pies juntillas nuestro labriego, aunque a la postre le hayan servido de bien poco contra los elementos desatados. Quiero dar a entender que, hasta hoy, la frustración de las cosechas se debía en Castilla, antes que a los elementos, a la ausencia de elementos, es decir, a la falta de agua, a la sequía. De cuando en cuando, de pascuas a ramos, a la helada tardía o a la furia del nublado. Pero he aquí que, para escarnio de nuestro agro, la pérdida de las últimas cosechas la ha provocado el agua, agua extemporánea y excesiva; agua torrencial antes de la siembra, o persistente cuando el trigo estaba apilado en la era para ser trillado.

Se trata, pues, a diferencia de lo acaecido hoy en Cataluña o ayer en Cádiz y Valencia, de una tragedia sorda y en cuatro actos; de una calamidad paulatina pero implacable, que ha terminado por derrumbar la ya de por sí inestable economía agraria castellana. Ante esta situación, el labrador castellano ha pasado a depender de los acreedores. Debe al Servicio Nacional del Trigo; debe a las casas de maquinaria; debe a los suministradores de abonos; debe, en fin, a la tienda de comestibles. Y hasta tal punto es grave la situación, que no puede pensarse que se arregle... con una óptima cosecha. La desmoralización del campesino castellano es tal, que hace pocos días uno de ellos me decía:

—Créame, no sé si es preferible recoger cosecha o no. Porque si la cosecha es mala, nos iremos a pique definitivamente y a morir... Pero si fuera buena, los acreedores, que ya han demostrado comprensión y paciencia, querrán, lógicamente, cobrar todos al mismo tiempo, y la cosecha, por larga que sea, nunca dará para tantos.

En una palabra, el agricultor castellano ha perdido su tradicional serenidad. Mira su tierra y su cielo con absoluta desconfianza. «Si no me la juegan hoy me la jugarán mañana», piensa. Y ante esta amenaza, los desheredados han iniciado ya el éxodo hacia las grandes ciudades. El campo se va despoblando precisamente en un momento en que se está tratando de resolver siquiera una parte del problema de Castilla.

No obstante, la emigración de nuestros campesinos no viene impuesta exclusivamente por la actual contingencia económica. Hay, junto a ella, una grave cuestión moral o, si se prefiere, una grave cuestión social. Algún lector de mi novela *Las ratas* me ha objetado que me mostraba en ella demasiado desabrido cuando, en realidad, cualquiera que conozca superficialmente la vida de los pequeños pueblos de Castilla podrá atestiguar que no he incurrido en la menor exageración. Los pueblos de Castilla se debaten entre el miedo y el tedio. Es decir, al temor de que la pobre cosecha actual se malogre por cualquier circunstancia, hemos de añadir la total ausencia de estímulos que hagan siquiera llevadera la vida en nuestros medios rurales. O sea, el miedo que gravita sobre ellos durante seis días de la semana no puede eludirse el séptimo sino mediante el sexo y el vino. La higiene, la urbanización, la menor confortabilidad, el salón recreativo, el

deporte, la cultura constituyen para el labriego castellano una quimera. En esta situación, nada puede extrañarnos que la juventud, que confusamente barrunta mundos más halagüeños, escape del campo aunque sea para sumirse en la negra aventura del paro, del suburbio o de la chabola.

1956

Castilla negra y Castilla blanca

A propósito de mi libro *Viejas historias de Castilla la Vieja*, un comentarista madrileño me acusa de intentar resucitar la España negra, como si la España negra –o, más propiamente, miserable– hubiera muerto alguna vez. Claro es que el escritor al que aludo vive en la capital, y mucho me temo que antes de lanzar su acusación no se haya tomado la molestia de darse una vuelta por estas tierras de pan llevar. Sea como quiera, mi objetor sostiene que esas viejas historias –que no son tan viejas, puesto que la tesis del libro es precisamente esa: que nada fundamental ha cambiado en la desolada Castilla durante el último siglo– no son verdaderas. Es claro que un escritor está obligado a someterse a toda suerte de críticas, pero no tiene, creo yo, por qué aceptar que le tilden de embustero.

Los españoles, en efecto, somos muy propensos a extremar elogios y censuras. A veces, es cierto, nos ayudan los extranjeros, pero de ordinario las afirmaciones –buenas o malas– más radicales respecto a un personaje o una circunstancia histórica las formulamos nosotros solos. Así, las leyendas negras en torno a la colonización de América o a la figura de Felipe II. Pero, en fuerza de enderezar argumentos o de desorbitarlos, viene a resultar que nos creamos unas leyendas blancas, no sé si tan falsas como las que se pretende rebatir, pero sí, sin duda, igualmente nocivas.

Pero iba con Castilla, una región que puede que fuera blanca alguna vez, pero que desde que tengo los ojos abiertos –y ya va para cuarenta y cuatro años que los abrí– la he visto ir de tumbo en tumbo hasta abocar a la dramática situación presente. Y si es notorio que para levantar o resucitar una leyenda negra hace falta una previa disposición de ánimo, es obvio que sin esta deliberada predisposición no podrá hablarse hoy de una Castilla blanca. Esto quiere decir que el viajero de buena fe y sin prejuicios verá negra a Castilla –hablo de sus pueblos y de su economía agraria–, y si en lugar de viajero es un observador indígena, comprobará que año tras año la postración rural de Castilla no sólo no se ataja ni se contiene, sino que va en aumento. Y por si fuera insuficiente esta progresiva decadencia, las últimas catastróficas cosechas han venido a darle la puntilla o, si se prefiere, han terminado de enlutarla.

Estos poblachos de barro son cada día más míseros. El cultivo del trigo no resulta rentable y las contadas tierras de regadío –remolacha o patata– no encuentran la debida protección y sus precios se derrumban. Total, que aunque el labriego castellano ha sido tradicionalmente reacio a la emigración, las cosas han llegado a tal extremo que no le queda otra salida que ir haciendo las maletas. Intento decir que los jóvenes no se resignan a morir donde nacieron. Vagamente –hoy la total incomunicación es imposible– intuyen mundos menos hostiles y arduos, más habitables, y hacia ellos se encaminan un poco por instinto. En las parameras de Soria y Burgos hay pueblos enteros abandonados. Pueblos que las trepadoras, los helechos, la zarzamora y la ortiga van demoliendo poco a poco. De aquí a unos años, esos pueblos, que todavía conservan un rastro humano, podrán mostrarse al visitante fríos y en escombros, como nuevas ruinas de Numancia.

Y si las cosas son así, ¿por qué voy a disimularlas? ¿Por qué mi amigo Masats ha de buscar para fotografiarlo lo que espontáneamente no se ofrece a sus ojos? ¿Por qué crear una leyenda blanca? Seguramente nuestro objetor preferiría ver a una bonita muchacha cogiendo flores en una pradera, que a una vieja escuálida, enlutada hasta los ojos, sentada al sol en una sillita de enea.

Seguramente nuestro objetor preferiría ver un amplio cruce de autopistas que esa encrucijada dramática de cuatro caminos polvorientos. Posiblemente nuestro objetor preferiría ver un muelle salón de cine que ese salón de baile desportillado y con el suelo de chinarrros. Pero, ¿dónde están la pradera, la autopista y el salón de cine? Y si me apura un poco, ¿dónde está la muchacha?

En verdad, porque conozco y amo a Castilla no puedo permitirme licencias en su interpretación. Castilla, mejor o peor pintada, es así. Castilla se debate en una agónica disyuntiva; o se adoptan medidas inmediatas de protección y planificación de su economía agraria o terminará –y a corto plazo– convertida en un pajonal estéril. A no ser que el sueño de Valdeajos se haga realidad y lo que no dio el suelo en siglos lo dé ahora el subsuelo en años. El oro negro, en pura paradoja, es el único que puede hacer blanca a Castilla de la noche a la mañana.

1964

Partir de cero

Con la universidad española venía ocurriendo algo parecido a lo que alguien dijo de los manicomios, es decir, que ni estaban todos los que eran, ni eran todos los que estaban. Más concretamente, hace muy pocos lustros bastaba en el país disponer de cuatro perras gordas para alcanzar un título facultativo, y hasta tal punto esto era cierto, que entre las clases privilegiadas circulaba como eslogan fidedigno aquello de que en España todo el mundo era abogado mientras no se demostrara lo contrario. Esta realidad ofrecía una amarga contrapartida, a saber, que para aquel que no dispusiese de cuatro perras gordas, la universidad era algo tan lejano como un yate o un automóvil; digamos, para mejor entendernos, que la ilustración en este país era un artículo de lujo, dándose la paradoja de que los diplomas acreditativos del talento se compraban y se vendían, con lo que para ser calificado de intelectual –licenciado– no era preciso tanto tener inteligencia como tener dinero. De aquí derivaban dos males endémicos: a la universidad arribaban con frecuencia adinerados sin masa gris, en tanto los desheredados con ella quedaban perpetuamente anclados a su condición de peones o de braceros.

Afortunadamente algo ha cambiado en los últimos tiempos en la universidad, de forma que ya sí van siendo todos los que están, siquiera aún falta que estén todos los que son. Quiero decir que si hoy el dinero, el simple hecho de ser uno un señorito, no da derecho a un título universitario –y eso está bien–, todavía el talentado económicamente débil ha de mendigar aquí y allá –si es que alguien de cuantos lo rodean advierte a tiempo sus dotes naturales– para tener acceso a la ilustración. En una palabra, en este aspecto de la enseñanza algo se ha conseguido, pero aún queda el rabo por desollar. Y si hoy no bastan unos billetes para comprar un título de intelectual, no menos obvio resulta que sin billetes por medio apenas hay procedimiento hábil de probar oficialmente –y menos aún de que se nos reconozca– una inteligencia.

–Mire usted, siempre hubo ricos y pobres. Eso no es descubrir el Mediterráneo.

Esto es bien cierto y, posiblemente, irremediable, pero lo que sí tiene remedio, y a ello vamos, es a desarraigar los privilegios de casta, es decir, a que sea rico –o medio rico– quien lo merezca y a que sea pobre quien no pueda alcanzar otra cosa. A estas alturas es un elemental principio de justicia el que cada hombre parta de cero y se realice conforme a sus posibilidades intelectuales sin trabas ni cortapisas. Mas, aparte de ser esto justo, una sociedad medianamente organizada no tiene derecho a dilapidar talentos sino al contrario, contrae la obligación de situar a sus miembros en aquellos puestos para los que se muestren capacitados. De esta manera, el funcionamiento del cuerpo social será perfecto y el rendimiento del mismo, eficaz. Se trata, en suma, no de hacer caridad, sino de una noble exaltación del egoísmo comunitario que busca el modo de extraer el máximo provecho de cada uno de sus componentes.

Sería de desear que, en este camino emprendido por el principio de igualdad de oportunidades, se llegase a prescindir de trámites burocráticos –¡cuántos padres de muchos presuntos intelectuales no saben ni firmar!– y se llegara a un automatismo fluido entre los diversos grados de la enseñanza, de forma que cada cual se detuviera allí donde se demuestre que no puede

pasar. Es evidente que, de conseguirse esta meta, dadas la abnegación y el espíritu de renuncia y el sentimiento de equidad ahincados en nuestro pueblo, todo aquello de la cuestión social y la lucha de clases pasaría, en poco tiempo, a ser un recuerdo histórico.

1963

La misión del entrenador

Para Alfredo Di Stéfano, el gran divo madridista, el entrenador de un equipo de fútbol tan sólo influye en sus éxitos en un diez por ciento, siendo, en cambio, atribuibles a su impericia, el cuarenta por ciento de los fracasos. A lo que se ve, el ariete madridista concede al entrenador muy poca influencia en la marcha del conjunto y, si nos atenemos a sus arbitrarios porcentajes, un preparador está siempre más expuesto a perder que a ganar. En realidad, es muy difícil precisar la participación de los entrenadores en los vaivenes de los equipos a sus órdenes, y puestos a medirlos apenas si podemos concretar un extremo: para la «hinchada» el entrenador es responsable en un ciento por ciento de los descalabros del conjunto, y lo demás son ganas de especular y de enredar las cosas.

Mas el tema es sugerente si lo planteamos en estos términos: ¿Hasta qué punto un entrenador puede comunicar a sus muchachos sus conocimientos, su concepción de la jugada, su sentido de la táctica y de la estrategia futbolísticas? ¿Es posible que un mal defensa pueda entrenar a un buen delantero o un mal delantero a un buen defensa? O, por el contrario, ¿sería capaz un buen defensa de hacer mejor a un mal delantero, y a la inversa? Uno, la verdad, no cree que estos dones sean comunicables, es decir, que hasta cierto punto un futbolista, como un poeta, nace y no se hace. Cosa diferente es que, una vez en sazón, el entrenador se las ingenie mejor o peor para conservarlo en forma; quiero decir, en forma física, con sus reflejos sensibles, sus músculos potentes, sus pulmones capaces y sus miembros ágiles. De esto a pretender que un defensa –bueno o malo– enseñe a tirar a puerta a un delantero o un delantero a sujetar la pelota a un guardameta, media un abismo. Sencillamente, no creo en ello.

Hubo un hombre, enviado de Francia, llamado H.H., que revolucionó todo este asunto del fútbol teórico. Las tácticas, las pizarras magnéticas, la disposición defensiva a ultranza –el famoso cerrojo– se pusieron de moda con su advenimiento. Por entonces nadie hubiera osado sentar plaza de entrenador sin saber hilvanar cuatro frases en torno a la uve doble y a la eme y a los 3-3-4 y a los 4-3-3. A partir de entonces, el deporte del fútbol empezó a convertirse en una ciencia o, lo que es lo mismo, se enmendó la plana a los ingleses y aquello del 2-3-5 se convirtió en un 3-2-5 cuando no en un 4-4-2. En suma, se aspiraba a convertir el fútbol en una cosa distinta de lo que hasta entonces había sido, imprimiéndole un extraño viso matemático.

Afortunadamente, esto va pasando, como todos los sarampiones, y las aguas van tornando a su cauce. ¿Que por qué el señor H.H. sigue triunfando? Sencillamente, porque aparte de ser un excelente preparador físico, su aureola de mago sí es contagiosa, y nada como saberse a las órdenes de un mago para imaginarse invencible, para que la moral del conjunto suba muchos enteros. Y aquí sí habrá que reconocer que Alfredo Di Stéfano se ha quedado corto, porque el influjo del entrenador en la moral de sus muchachos es evidentemente decisivo. A este respecto bien podemos decir que la «furia» de un equipo es la «furia» de su entrenador, el entusiasmo de un equipo es el entusiasmo de su entrenador, la tenacidad de un equipo es la tenacidad de su entrenador, de donde deducimos que el alma de un equipo es el alma de su entrenador. Esto quizá explique mejor que nada el fracaso de geniales jugadores –pero fríos y cerebrales– al operar

desde la banda y, por el contrario, los grandes, inesperados éxitos de jugadores mediocres, semianalfabetos, que acertaron a poner su corazón debajo de las once camisetas que evolucionaban a sus órdenes.

1964

Los cargos y los hombres

A uno, la verdad por delante, nunca se le hubiera ocurrido pensar que entre los bienes codiciables por el prójimo pudiera contarse el señor alcalde de la población donde uno nació y reside. Le ha bastado, sin embargo, un corto viaje por diversas ciudades españolas, desazonadas con todo eso de los polos y del desarrollo, y a usted le toca mucho y a mí no me toca nada, para convencerse de lo contrario:

–¡Eso es un alcalde y lo demás son cuentos!

–Sí, señor; hombres así son los que necesita el país.

Uno convenía modestamente:

–Sí, sí, evidentemente es un hombre que se mueve.

–¡Cómo se mueve! Y tiene iniciativas, y hace cosas que entran por los ojos, y empuja en Madrid y les está cambiando a ustedes la ciudad...

Uno, la verdad por delante, se acobardaba ante tanto elogio porque a su alcalde, se quiera o no, uno ha de considerarlo un poco como cosa propia y familiar. Es distinto que un gobernador civil o un delegado de sindicatos, pongamos por caso. Pero un alcalde, repito, es como de casa, y ya es sabido que cuando a uno le elogian sus hijos, o sus obras, o su corbata, así de sopetón, y achuchando, no es fácil evitar el sofoco. Pero, bien mirado, el alcalde de mi ciudad es uno de esos «aborrecibles hombres de las nueve» que tanto precisa el país; o, para ser más exacto, un hombre de su tiempo, dinámico y eficaz. Esto, naturalmente, no quiere decir que «su tiempo» no dé otro tipo de hombres, poco dinámicos y eficaces, ni, por supuesto, que este otro tipo de hombres, poco dinámicos y eficaces, no se encaramen más arriba que el alcalde de mi ciudad.

–Bueno, eso es cosa sabida. Lo da la tierra.

Lo que queda por saber es por qué a la hora de elegir hombres para los cargos –los hombres nacen para los cargos; nunca deben nacer los cargos para los hombres– que requieren dinamismo y eficacia, se repara, antes que en el hombre inquieto, agudo y emprendedor, en aquel otro, con facetas más o menos meritorias y dolientes, pero que al cargo –al cargo para servir, no para vestir– no le van.

A estas alturas, resulta obvio que si aspiramos a un buen pasar en el orden administrativo habrá que ir pensando en la conveniencia de elegir para cada puesto al hombre más adecuado, sin reparar en sus avatares ni en sus cicatrices. Éste es un asunto, creo yo, que no tiene vuelta de hoja. Al buscar al hombre que sirva a la comunidad, nunca deben pesar en nuestro ánimo sus desdichas. No se trata de compensar a nadie de las amarguras sufridas –para eso están las medallas–, sino de encauzar la administración del país por unas vías operantes y plausibles.

Don Miguel de Cervantes, ilustre excombatiente y excautivo, hubiera hecho, muy probablemente, un pésimo alcalde, lo que equivale a decir que nos hubiera fastidiado directamente y de rechazo, ya que de ser alcalde don Miguel, muy posiblemente Don Quijote no hubiera salido del tintero. Cuando uno propugna la conveniencia de que todo hombre se realice partiendo de cero, no le mueve solamente un prurito de equidad social, sino el egoísmo como miembro de una comunidad; que la colectividad esté mejor servida; que la sociedad rinda cuanto pueda. Pues bien, en este asunto de los cargos –que deben ser cargas– uno piensa que debería

regir la misma ley. Y si existen hombres municipalmente incompetentes, provincialmente incompetentes, o nacionalmente incompetentes, sustitúyanse por otros cuyos rendimiento y eficacia se presuman. Uno no cree demasiado difícil el acertar con este tipo de hombres, la verdad. Y el alcalde de mi pueblo es un ejemplo.

–Así que ¿contento con su alcalde?

–Mire, para mí este señor sólo tiene una pega: que su sueño dorado sea hacernos una urbe de medio millón de habitantes.

–¿Y eso es malo?

–Ni bueno ni malo, pero a decir verdad yo me conformaría con que consiguiera que los habitantes que hoy tiene mi ciudad vivieran satisfechos y felices. ¿Para qué más?

Tasas y otros emolumentos

El ministro de Información y Turismo, en su ampliación del Consejo celebrado el pasado día diez, anuncia la mejora de retribuciones de las fuerzas militares, mientras condiciona esta mejora a los funcionarios públicos en razón de que éstos perciben, además del sueldo, tasas y otros emolumentos. He aquí un concepto, el de las tasas, excesivamente vago y desigual que si a veces supone, en efecto, un sensible aumento de los haberes mensuales, en otros no va más allá de una partida simbólica. Quiero decir con esto que las tasas no son sino una tapadera que si en ocasiones encubre los verdaderos y pingües ingresos de los miembros de un escalafón, en otras – me temo que en las más– no significa sino un argumento utilizado con frecuencia para frenar las justas aspiraciones económicas de los funcionarios públicos.

Uno no tiene a mano cifras concluyentes para argumentar con fundamento de causa en todos los terrenos, pero tampoco le faltan algunos botones de muestra que conviene airear para que nadie se llame a engaño. Uno de ellos es el de los catedráticos de escuelas de comercio, cargo que se alcanza, como es sabido, tras de licenciarse en alguna facultad o escuela especial y previa oposición realizada a través de seis ejercicios eliminatorios. Pues bien, estos funcionarios, de capacidad manifiesta, tienen, de entrada, una retribución que no alcanza ni con mucho el salario mínimo vital; para concretar: 1.450 pesetas. «Sí, verdaderamente esto es poco –argüirá el lector pero ¿y las tasas y otros emolumentos?» Vayamos a las tasas y otros emolumentos: 900 pesetas de gratificación complementaria y, un año con otro, 1.250 pesetas mensuales de derechos obvenconales. Peseta más, peseta menos, esto hace un total de 3.600. Y hablo de catedráticos de escuelas de comercio, unos privilegiados si comparamos su situación con la de los catedráticos de las escuelas de maestría industrial. Total, que si hace diez o doce años los ingresos de un catedrático de estas especialidades corrían parejos con los de un teniente, hoy no alcanzan los de un sargento y, para acercarse a aquéllos –los de un teniente–, el profesor tendrá que hallarse en la punta del escalafón, es decir, en trance de jubilarse. Todo esto, por supuesto, antes de las mejoras que ahora se anuncian.

Otros aumentos que razona el señor ministro de Información son los de la guardia civil y policía armada, aumentos perfectamente justificados y contra los que nada tendríamos que objetar si, a la vez, se anunciase los de la guardería forestal y fluvial, incrementos que no se acuerdan, según parece, porque también éstos –funcionarios públicos– disponen de tasas y otras gabelas además del sueldo. Veamos los ingresos de estos funcionarios, después de pasar unos años en una escuela de capataces e ingresar en el cuerpo tras competida oposición: haberes mensuales, 800 pesetas; gratificación, 175; punto reglado, 250. Total, 1.225 pesetas mensuales si no yerro en la suma, cifra que, como se ve, apenas alcanza las cuarenta pesetas diarias, cuando son sesenta las fijadas hace ya más de un año por el Jefe del Estado como salario mínimo vital.

Sería malevolencia tratar de buscar en estas líneas deslices demagógicos, cuando sólo están dictadas por un estricto espíritu de justicia. Es decir, que uno aplaude de corazón las mejoras económicas aprobadas para las fuerzas militares, pero no puede menos de reprobar la objeción de que otros aumentos –de apretada urgencia– se demoren apelando al evasivo argumento de las

tasas y otras gabelas. Se aducirá que los civiles –y en particular, los catedráticos– pueden echar mano del pluriempleo, pero sería engañarnos si admitiésemos que la milicia está libre de esta lamentable exigencia.

En suma, las tasas encubren con frecuencia, es cierto, sobresueldos de seis cifras, y esto es irritante; pero tratar de amparar bajo esa tapadera sueldos de hambre resulta evidentemente injusto. Tal vez, a la vista de lo dicho, lo más prudente y equitativo sería suprimir las gratificaciones, masitas, mandos, derechos obvencionales, vivienda, puntos reglados, etcétera, y fijar unas retribuciones únicas, conocidas y decorosas para todos los funcionarios del país, sean éstos militares o paisanos.

Libros con «santos»

Últimamente se percibe en el mundo editorial español una inclinación creciente hacia los libros ilustrados. Mas ya no se trata de obras literarias con algunas fotografías, sino de auténticos álbumes fotográficos con alguna literatura. Bien mirado, el fenómeno no es español, sino que lo que acontece en España es sólo un eco retardado de lo que viene aconteciendo en Europa y América, orientación que, por otra parte, coincide con la aparición de buenas películas literarias, es decir, películas que como *Proceso en Nuremberg*, o *El presidente*, o *Beckett* encuentran en el diálogo uno de los más eficaces recursos expresivos. Esto nos lleva a pensar si la relativamente vieja competencia palabra-imagen no se habrá resuelto partiendo la diferencia. Sea como quiera, la literatura va derivando hacia un género híbrido o, para decirlo con palabras más simples, la literatura requiere hoy un soporte plástico para llegar a las multitudes.

Esto equivale a reconocer que, intelectualmente, el mundo retorna a la infancia. El hecho de que el hombre exija para su recreo los libros con «santos» demuestra que su curiosidad se ha hecho preferentemente visual y que es lógico, por tanto, que los editores hayan llegado al convencimiento de que hacer «tebeos» para mayores constituye un buen negocio. La gente nueva precisa informaciones que le entren por los ojos, tal vez porque la pugna verbal Este-Oeste ha desprestigiado la palabra llevando al mundo al escepticismo. Esto, sin olvidar la baza importante que en esta disposición del hombre nuevo hayan jugado los modernos medios de difusión: cine, televisión, revistas gráficas. Lo cierto es que el hombre de hoy nace con una curiosidad visual inagotable. Y no deja de ser peregrino el hecho de que el libro ilustrado, que debió de ser lógicamente el origen de este proceso –recordemos a los miniaturistas medievales–, sea, de momento, su última manifestación. Esto nos lleva a pensar que la necesidad de la imagen –como base de cualquier lucubración intelectual– ha nacido en el hombre a medida que la plástica se erigía en medio expresivo de primer orden. Para la gente nueva, que bebe cada día en los documentales, la televisión o la revista gráfica, un libro sin «santos» constituye un espectáculo de una aridez, de una insulsez irresistible. La literatura en surcos, como el trigo, apenas se concibe ya. Bardem dijo hace tiempo que la humanidad está abocada a una nueva forma de cultura: la cultura visual. Y ante esto, hay quien se permite vaticinar que la televisión terminará con los diarios y el cine con la novela. De hecho, nada termina con nada. Los periódicos –los que merecen tal nombre– aumentan sus tiradas en plena euforia televisiva y la seda sigue cotizándose a pesar del nylon y las fibras sintéticas.

En el mundo hay sitio para todo y la aparición de productos o medios informativos más evolucionados no tiene por qué representar el fin de los que les precedieron sino, a lo sumo, su transformación, su adaptación a las exigencias del momento. Tal es el caso, creo yo, de los libros ilustrados, cuya proliferación, por otra parte, invita a pensar si la pereza mental que enerva a la sociedad de nuestro tiempo no estará tomando proporciones alarmantes.

APÉNDICE I

Tierras de Valladolid*

1966

A la gente de Valladolid nos gusta conquistar Madrid para poder regresar luego, de vez en cuando, a pasear por la calle Santiago y darnos pote. Porque, en contra de lo que suelen creer algunos madrileños, Valladolid es una ciudad importante, que fue corte de España y tiene sus fábricas de autos y de tableros de fibra, su Capitanía General, su Semana de Cine Internacional, su equipo de fútbol, su Academia de Caballería, su delegación de Hacienda, su Polo y su Polígono, que es como un Polo un poco más chico pero que no está mal. Pero, minucias aparte y, aunque me esté mal el decirlo, Valladolid también es importante porque en ella nació yo... Cosas...

Pero vayamos por partes: Valladolid limita al norte con don Pero Ansúrez, el conde (diluido en la bruma matutina, porque el Pisuerga es fecundo paridor de nieblas) que fundó la ciudad hace un montón de años, y por el sur con don José Zorrilla, el poeta romántico. Entre don Pero y don José se extiende toda la historia de la ciudad, su pasado. Pero también entre don José y don Pero se extiende todo su presente, porque entre don José y don Pero zigzaguea la calle de Santiago, ágora de la ciudad, en la que a ciertas horas se dan cita universitarios y modistillas, intelectuales y horteras, militares y paisanos, artesanos y menestrales, médicos y pacientes, abogados y pleiteantes, niñas inútiles y campesinos que se arrimaron al asfalto por aquello del Servicio Nacional del Trigo y la Concentración Parcelaria.

Don Pero Ansúrez, el conde, con una clarividencia mesopotámica, fundó la ciudad a fines del siglo XI, en la confluencia de dos ríos: el Pisuerga y la Esgueva, porque el río Esgueva es «la», femenino, tal vez por sus curvas y redondeces, tal vez por sus arrebatos intempestivos, que en repetidos momentos de su historia pusieron a remojo la ciudad. El Pisuerga, como río macho, es más ancho y corpulento, pero también más controlado.

Bueno, el caso es que don Pero Ansúrez, el conde, como todos los fundadores, no supo a ciencia cierta lo que fundaba. Al amparo de sus piedras, por ejemplo, iba a refugiarse su baqueteada vida don Miguel de Cervantes Saavedra, y al amparo de sus piedras iban a celebrarse los cruentos autos de fe y el degüello de don Álvaro de Luna, valido del rey don Juan II hasta que dejó de valerle. Cosas...

Pero si quieren ustedes estudiar el pasado de Castilla deben darse una vuelta por aquí, ya que aparte el Archivo de Simancas, «pisapapeles de la Historia», como lo llamó Francisco de Cossío, encontrarán rincones sumamente evocadores, aunque quizá no demasiado bien conservados, puesto que Valladolid, lo mismo que Castilla con sus hombres, «hace sus monumentos y los gasta».

En este caserón, antiguo palacio de los Vivero, contrajeron matrimonio Isabel y Fernando, base de la unidad de España, y poco más allá tienen ustedes el palacio donde nació Felipe II, hoy Diputación provincial. Por cierto, por esta ventana, cuyos barrotes separados han sido protegidos

con una gruesa cadena, dice la tradición que sacaron a bautizar al príncipe, ya que de haberlo sacado por la puerta, don Felipe hubiera sido bautizado en otra parroquia. Cosas...

Mis paisanos siempre han tenido muy buen humor y una idea muy particular de la competencia. Y si de la ciudad saltamos a la provincia, nos encontraremos con Villagarcía de Campos, donde se crió Jeromín, quien, cuando ya comenzaba a ser don Juan de Austria, se entrevistó por primera vez con su hermano Felipe, a escondidas, como dos amantes, entre los robles de Torozos.

Pero dejemos los Ecos de Sociedad ilustres y pasemos a las ilustres necrológicas. Observen: ésta es la villa de Tordesillas, en cuyo convento de las Claras pasó parte de su vida doña Juana la Loca. Dirán ustedes que esto no es propiamente una necrológica pero, la verdad, no encuentro otra palabra a mano para designar un enterramiento en vida.

A un paso de Tordesillas se encuentra Villalar de los Comuneros, en cuyos campos se perdió la más grande oportunidad de nuestra historia. Mentira parece que un nombre que significa tanto haya llegado a tan poco. He aquí en lo que han quedado –en ruinas– las luchas de Castilla por sus libertades.

Y vamos con otro muerto eminente. El único dato cierto que tenemos de Cristóbal Colón es que murió en Valladolid. Los vallisoletanos, que, aunque otra cosa diga la fama, somos bastante imaginativos, acabamos de levantar la casa donde falleció, hace la friolera de cinco siglos, el genial almirante. Me explicaré. Colón murió aquí, en Valladolid, posiblemente en el convento de San Francisco. Bueno, ésta es una opinión más. Pero lo cierto es que la fachada de la casa reconstruida se apoya en un murete de una vieja posada que desde tiempo atrás se llamó Casa de Colón. ¿Por qué se llamó así esa casa? ¿No viviría en ella el almirante? He aquí la razón que inspiró la iniciativa de don Jaime Alba, embajador en Brasil, de levantar esta casa-museo, idea que arropó *El Norte de Castilla* e hizo suya el Ayuntamiento. Cosas...

A un paso de don Cristóbal, en la ciudad de Medina del Campo, murió la reina Isabel. Medina tuvo su época de esplendor. En Medina del Campo, Medina de Rioseco –la llamada «India Chica»– y Villalón se celebraban las famosas ferias castellanas de finales de la Edad Media. Las ferias tuvieron en principio un carácter económico y terminaron por tener un carácter financiero, con lo que era preciso esperar la llegada de los galeones cargados de oro y plata de América para cerrarlas.

El retraso de estos galeones era proverbial, hasta que en 1571 pasó de castaño a oscuro y el alcalde de Medina montó en cólera, expulsó a judíos y negociantes de la ciudad y embargó los libros de los cambistas. Total, que todo se lo llevó la trampa, es decir, Madrid, pues detrás de las ferias se fue la Corte. ¡Qué le vamos a hacer!

Bien, pues a la sombra de La Mota murió la reina Isabel. He aquí otra necrológica importante. Con ella, diríamos, se cierra la etapa de los castillos que dan nombre a Castilla e imprimen una especial fisonomía a mi tierra. Vean si no: La Mota, Torrelobatón, Peñafiel, Fuensaldaña, Montealegre, Villafuerte... y tantos y tantos más.

Esto no quita para que Valladolid tenga otras cosas que mostrar, de antes y de después de los castillos. ¡Sólo faltaría! Ocurre simplemente que están dispersas, pero ustedes, con un poquito de voluntad y otro poquito de paciencia, porque las carreteras están infames, pueden reconstruir la escala de los estilos artísticos sin salirse de un radio de cincuenta kilómetros. Ahí tienen, por ejemplo, los restos visigóticos de Wamba, la iglesia mozárabe de San Cebrián de Mazote, los

baños árabes de Tordesillas, el monasterio de Retuerta, la torre románica de Nuestra Señora de la Antigua, ya en la capital, y sin salirnos de ésta, la puerta morisca del monasterio de las Huelgas, el patio de Santa Cruz, el claustro de San Gregorio, la fachada plateresca de San Pablo o la inacabada catedral herreriana..., y no les cito más porque no quiero ponerme pesada.

Bueno, pues a pesar de ello, la mayor parte del turismo pasa hoy de Burgos a León, o de Salamanca a Burgos sin más que hacer un alto en nuestra ciudad para almorzar y atiborrarse de otro de nuestros monumentos: el pan lechuguino. Si es caso, el turista estable llega a mi pueblo por otra razón, por la sencilla razón de que al salir de su pueblo su profesor de español le dijo: «Si quieres oír un buen castellano, vete a Valladolid; allí es donde mejor se habla». Y esta fama no deja de tener su gracia porque mis paisanos a duras penas pronuncian la *ll*; son «yeístas», ya ven qué curioso, aunque la *ll* figura hasta en el nombre de la ciudad. Claro que esto nada tiene que ver con la sintaxis. El caso es que en invierno y en verano, en mi pueblo se alojan grupos enteros de extranjeros que vienen, sencillamente, a aprender a hablar.

Quedamos, pues, en que mi pueblo no es propiamente una ciudad-museo, lo que no quita para que tenga un museo en la ciudad. ¡Y menudo museo! Dejando de lado la sillería de San Benito, de Diego de Siloé, los mejores exponentes de la imaginería castellana y de la sugestiva técnica del estofado están ahí. Y los que no están ahí están en las iglesias. Todo este tinglado de imágenes se ordena y se monta sobre ruedas para las procesiones de Semana Santa.

Pero estábamos con los imagineros, aquellos hombres que sacaron arte de nuestros pinos: Gregorio Fernández, con su *Cristo de la Luz* y sus Cristos yacentes; Juan de Juni, con su dramática *Virgen de los Cuchillos* o su *Entierro de Cristo*, ya más teatral; pero, sobre todos, Alonso de Berruguete, con sus retablos de la Mejorada, de los Reyes y de San Benito, del cual son las patéticas tallas de *El sacrificio de Isaac* y *El martirio de San Sebastián*.

Obsérvenlos ustedes atentamente... Prescindan de sus llagas y sus ligaduras... Eliminen la sugestión del martirio... ¡San Sebastián está bailando flamenco! Créanme, no se trata de una irreverencia. Simplemente busco una raíz a la tradición viejísima que imprime a Valladolid una categoría dentro del arte *jondo*. En mi pueblo se entiende de esto, se lo digo yo. «Pero, Conchita, ¿vas a decirnos ahora que el padre del foco flamenco de Valladolid fue don Alonso de Berruguete?» Bueno, yo no he dicho tal cosa. Simplemente he apuntado una interesante teoría que puso en circulación el doctor Luis de Castro, que ha echado en el museo más horas que el conserje, según la cual no es ningún disparate interpretar a San Sebastián o al lucero del alba dibujando un arabesco, en expresión y movimiento de «siguirilla gitana» o en un «desplante por alegrías».

Sea o no sea así, mi pueblo tiene una profunda raíz flamenca, eso no hay quien lo discuta. Y como muestra dos botones: Vicente Escudero, nacido en Valladolid, en el barrio de San Juan, y Mariemma, natural de Íscar, pueblo que, a más de alumbrar a la gran bailarina, es uno de los pocos progresivos –en población y nivel de vida– de toda la provincia, tal vez porque Mariemma, antes de marchar, enseñó a sus paisanos a mover las tabas.

Porque creo que ya es hora de decir que la oveja negra de Valladolid, como todas las ovejas, está en el campo. El refrán dice que Castilla es ancha y los extranjeros aseguran que su cielo es alto, pero si esto es así, si el cielo de Castilla es alto, es porque lo habrán levantado los campesinos de tanto mirarlo. Porque del cielo baja en mi tierra todo, hasta el refranero. Escuchen: «Septiembre seca las fuentes o se lleva los puentes», «Año de nieves, año de bienes», «Marzo

varía siete veces al día», «Marzo ventoso y abril lluvioso sacan a mayo florido y hermoso», «Si llueve en Santa Bibiana, llueve cuarenta días y una semana», «Abril frío, ensancha el silo», «Mayo sin lodo, perdido todo», «Agua agostera, tronza la era pero apaña la rastrojera»... En fin, lluvia, sol, piedra, escarcha, nieve, viento... siempre la misma canción. ¿Cómo conseguir de estos elementos un orden racional? Y si este ordenamiento falla cuatro años de cada cinco, y falla un ordenamiento eficaz de la política agraria, y la cosecha de mi tierra es de año y vez, y el trigo tiene un precio político mientras lo necesario para producirlo encarece cada año... ¿cómo salir de este atolladero? Y, en tanto, el par de mulas, el pollino, el arado romano, la hoz y el adobe continúan amueblando el paisaje de mi tierra... ¡Triste cosa! Y las mujeres de sayas negras, envejecidas antes de tiempo, y los hombres embutidos en trajes de pana parda, parcheados en las rodillas, la boina capona calada hasta las orejas, seguirán paseando su torva resignación por las callejas enlodadas en invierno y polvorientas en verano. El campo de Castilla debe más que vale. Y si las cosas son así, ¿a quién puede extrañar que los jóvenes escapen? Lógico, ¿no? El campo grita: «¡Faltan brazos!». Y los teóricos responden: «El treinta y tantos por ciento es todavía una población rural excesiva».

Bueno, me estoy poniendo de mal humor y eso no es recomendable, ni correcto. Por otro lado, el campo vallisoletano no tendrá dinero pero tiene nobleza. Si ustedes salen de Valladolid para Salamanca, por carretera, observarán que el padre Duero teje una línea divisoria muy concreta. De la parte sur está el Valladolid pinariego, más rico, o para ser más exacta, menos pobre que el Valladolid de paramera, Torozos y la Tierra de Campos, exclusivamente cerealista. Y en torno al Duero es, precisamente, donde ha surgido en estos últimos años una nueva riqueza campesina: la avicultura. Y mire usted por dónde, merced al esfuerzo de unas docenas de hombres, en el sombrío panorama agropecuario castellano se dibuja un punto de luz: la gallina. Los profanos nunca pudimos sospechar que un ave tan insignificante pudiera poner en pie tantas cosas. Ella es el enlace entre un campo deprimido, agónico, y una capital industrial en brusco desarrollo. Don Pero Ansúrez, el conde, nunca pudo imaginar que la ciudad que él fundara para servir de enlace entre una provincia agrícola y otras –Segovia, Ávila, Zamora, Salamanca– ganaderas pudiera estar incensada un día por el humo de tantas chimeneas. Pero así es, Valladolid, capital, crece y se ahúma. Ha adquirido en pocos años una sorprendente pátina industrial. Vean. Naves, estructuras fabriles por todas partes. Fábricas de automóviles, de camiones, de fibras aplicadas, de aluminio, de nitratos artificiales, de fibrocementos, de materiales extruidos.

Y para ponerse a tono, la ciudad se desempolva: nuevas avenidas, nuevos accesos, parques infantiles, un comercio remozado, *night clubs* y hasta su modesto rascacielos...

Si es caso, con la insuficiencia de escuelas y viviendas de renta modesta (aun habiéndose construido muchas) la fiebre de renovación ha desbordado mi ciudad. Mis paisanos no han tenido paciencia para aguardar la urbanización de la Huerta del Rey y han invadido callejas, calles y plazuelas de rancio sabor con las nuevas construcciones. Y la voz de Martín González, velando por la conservación de un pasado, de una tradición, es, las más de las veces, una voz que clama en el desierto. La euforia del progreso, un pueril afán de aproximarnos a Nueva York, va acabando con todo.

En fin, yo no entiendo; será que tiene que ser así...

Ahí la tienen ustedes. Ésta es Valladolid, mi ciudad, con su Plaza Mayor, sus soportales, sus viejas rúas, sus viejos teatros sin teatro, su Pasaje Gutiérrez, su Campo Grande, sus puentes... y su universidad, sacando fuerzas de flaqueza, desperdigada, luchando siempre con la falta de medios... Las cosas.

Valladolid limita al norte con don Pero Ansúrez, el conde, fundador de la ciudad, y al sur, con don José Zorrilla, el poeta romántico. Entre don Pero y don José cabe toda su historia; su pasado. Pero también entre don José y don Pero está todo su presente, porque de don Pero a don José se extiende la calle de Santiago, ágora de la ciudad...

Gradación de necesidades

Según declaraciones hechas por el propio director general de Enseñanza Primaria, los niños españoles entre siete y catorce años que aún carecen de escuela suman alrededor de trescientos mil, cifra lo suficientemente abultada como para dedicarle unos minutos de reflexión. El mismo señor Tena Artigas admite que el plan cuadrienal, según el cual se proyectaba la construcción de catorce mil escuelas, se ha quedado corto y, en el mejor de los casos, estos centros alcanzarán la cifra de nueve mil, siquiera, a pocos meses de la fecha de conclusión del plazo previsto, no lleguen todavía a seis mil. El señor Tena Artigas concluye que la colaboración privada y la de la Administración local han sido tan escasas que no ha habido posibilidad de llegar más lejos.

A uno se le abren las carnes sólo de pensar que, en los treinta años transcurridos desde la guerra española, aún no hayamos sido capaces de atajar el endémico y vergonzante problema de la enseñanza primaria. Y no hablo de resolverlo en la forma revolucionaria y justa que permita a los muchachos pobres intelectualmente dotados acceder, sin necesidad de recurrir a la caridad de las becas, a la segunda enseñanza y aun a la enseñanza universitaria, sino dentro de la modestísima pretensión de que cada muchacho en edad de educación disponga de un modesto pupitre dentro de una modesta escuela. La demora es grave y más grave aún, y sintomático, el que esta insuficiencia pueda atribuirse a falta de medios.

Es posible que dentro de la cifra presupuestada para el Ministerio de Educación en nuestro país la construcción de catorce mil escuelas constituya un programa de siglos; es muy posible. Pero muchos españoles entendemos que en la distribución de las partidas del presupuesto nacional debe prevalecer, como en el viejo mercantilismo, un criterio de economía doméstica. Quiero decir que entre los diversos departamentos ministeriales debe establecerse una amplia comunicación, de tal manera que la gradación de necesidades del país se realice de manera conjunta y eliminando vanidades y actitudes competitivas. Y si una madre antepone la nutrición de los hijos a su vestido, no vemos razón para que en un plano nacional prevalezca, pongamos por caso, la adquisición de media docena de submarinos, y es un decir, a la construcción de unos millares de escuelas.

Hace pocas semanas, la agencia Cifra rectificó el presupuesto del programa espacial español en el sentido de que los seiscientos millones de su coste no eran dólares, como afirmó en principio, sino pesetas. Convengamos en que así, la cifra es más modesta, pero con eso y con todo, ¿hemos pensado en que seiscientos millones equivalen a mil doscientas escuelas y que mil doscientas escuelas pueden albergar y educar a sesenta mil niños? Hemos de convenir en que los españoles, desde el más alto al más bajo, somos un tanto gloriosos y petulantes. El español, por naturaleza, nunca se aviene a quedarse atrás. Y el día que se conquiste la Luna no estaría a gusto si no pudiese exclamar: «Nosotros hemos colaborado a ello». Pero aparte de que en la Luna nada se nos ha perdido, estos alardes pirotécnicos de Arenosillo resultan tan pueriles y desfasados como si el Estado se dedicara ahora a subvencionar a un laboratorio para que tratase de descubrir una vacuna contra la viruela o de aislar el bacilo de Koch. Estas cosas ya están hechas, y si nos interesa saber lo que ocurre en los primeros kilómetros de atmósfera siempre resultará más rápido

y económico preguntárselo a los americanos o a los rusos. El hecho es tan peregrino como si los pescadores de la península de Cornuailles de 1492 quisieran llamarse a la parte en el descubrimiento de América o, al menos, jactarse de una colaboración eficaz.

Pero esto no es sino un botón de muestra. A los ojos de todo español preocupado por los viejos problemas nacionales, existen muchas partidas del presupuesto que van a atender necesidades menos perentorias que esta de las escuelas que denunciamos. La gradación de las necesidades nacionales debe hacerse con un claro sentido práctico, dejando de lado las muy humanas, y por tanto comprensibles, debilidades departamentales. Y esto que decimos del Estado puede ser aplicado a los municipios. Y, por supuesto, aquél debe exigir a éstos, en aquellas localidades donde exista problema escolar, la colaboración que se nieguen a prestar voluntariamente. Todo, antes que admitir que el plan cuadrienal para la construcción de escuelas – nada ambicioso, por otra parte– se quede en la mitad por falta de medios y asistencias. Los trescientos mil niños sin escuela que hoy constituyen nuestra vergüenza pueden ser mañana los huéspedes de nuestras cárceles. ¿Y de quién será entonces la responsabilidad?

1967

Juan Ramón Jiménez, en Maryland

1967

Creo que puede decirse, sin temor a ofender a nadie, que el norteamericano actual, si no es un especialista, no es; no es nada, quiero decir. En aquel país, la especialización significa, en última instancia, no ya el sustento, sino el acceso a la sociedad. El pobre americano es aquel que se ofrece para trabajar en «cualquier cosa»; pero este hombre, así tenga muy buena voluntad e, incluso, peregrinas aptitudes, quedará inevitablemente desplazado. Por contra, el que conoce una sola cosa –por limitada e insignificante que parezca–, pero la conoce a fondo, se situará donde quiera, hallará enseguida una holgura económica y un puesto en la sociedad.

Pero lo curioso es que esta situación, que parecería razonable aplicada a la técnica, encuentra también una aplicación rigurosa en las Humanidades. El estudiante americano de Humanidades, para llegar a ser algo, debe apresurarse a acotar su parcela; y, una vez acotada, afanarse en ahondar en ella, en desentrañarla, en la seguridad de que su esfuerzo se verá un día recompensado. Esta disposición de entrega abnegada a una tarea encuentra para el viajero una resonancia especialmente emotiva cuando el norteamericano se decide a dedicar su vida al español y a la literatura española. En España es frecuente escuchar que si el norteamericano se dedica al castellano es con vistas a la América hispana y, preferentemente, impulsado por móviles económicos. Hora es ya, me parece, de hacerle justicia en este punto. Es innegable que la vecindad de los países hispánicos empuja con frecuencia al yanqui al estudio del castellano, pero lo normal –y digo esto después de haber recorrido y visitado más de veinte universidades de aquel país– es que el estudioso de nuestro idioma ponga España como última meta, atraído, antes que por intereses materiales, por la riqueza de nuestra lengua y por nuestra tradición histórica y cultural. Esto no es un tópico. El hispanista yanqui ama España por encima de todas las cosas, excepto, naturalmente, los Estados Unidos. Sus vacaciones, su año sabático, sus becas los consume en España y no en otra parte. En España viaja, estudia, investiga, escribe y, cuando regresa a su país, hace partícipes a sus estudiantes de su nueva experiencia. De este modo, el amor por España y lo español se extiende día a día en los Estados Unidos a un ritmo apreciable. Hoy, posiblemente haya en Norteamérica casi medio millón de estudiantes de nuestra lengua, atendidos por doce o quince mil profesores. Por mi parte, puedo atestiguar que un conferenciante español que hable en español y sobre literatura española tiene garantizado en cualquier universidad un auditorio de doscientas personas, cuando no de quinientas, como le sucedió al viajero en Mary Washington College (Virginia). Con una particularidad asombrosa: en cien millas a la redonda, los hispanistas se movilizan –coches particulares, autobuses– cuando de escuchar a un orador español se trata. Sabido esto, no tiene nada de particular que un escritor español pueda hoy acudir a América a enriquecer sus conocimientos sobre literatura patria. En cualquier parte encontrará una señora Rand que sepa mucho más que él sobre Azorín; una señora Nemes que domine a Juan

Ramón; un señor Shoemaker especializado en Galdós, o un profesor Mendeloff que ponga los puntos sobre las íes a los estudios lingüísticos realizados hasta el día sobre *El libro de buen amor*. Ésta es una realidad evidente y para nosotros, los españoles, por demás confortadora.

Es claro que ahora empezamos a recoger una cosecha que ayudaron a sembrar hace veinticinco o treinta años, codo a codo con los hispanistas norteamericanos, un excelente plantel de escritores y profesores españoles. El interés despertado en los Estados Unidos por la presencia de figuras tan universales como Juan Ramón Jiménez, Américo Castro, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Ángel del Río, Navarro Tomás, Rafael Alberti (hasta su marcha a la Argentina), Ramón Sender, García Lorca, Francisco Ayala y tantos otros ha revertido en un interés creciente por lo español. Es éste un servicio que nuestro país nunca les agradecerá bastante. De modo que Norteamérica no sólo se interesa por lo español, sino que está inmejorablemente orientada en este empeño.

A mi paso por la Universidad de Maryland resultaba inevitable el recuerdo de Juan Ramón Jiménez. Juan Ramón y Zenobia permanecieron en Maryland, si no yerro, alrededor de ocho años, desde el otoño de 1943 hasta, creo, enero de 1951. Mucha gente de la universidad les añora y cualquier detalle facilita la evocación: «Aquí aparcaba Zenobia su coche esperando a que Juan Ramón concluyese su clase». «Bajo estos árboles, Juan Ramón charlaba con las muchachas cuando estaba de buen humor.» «Aquí... allá...» En verdad, ocho años son muchos años y cuando la memoria se conserva fresca, como les ocurre a las doctoras Rand y Nemes —ésta, alumna cuando Juan Ramón pasó por allí—, la reconstrucción de la vida de nuestro premio Nobel durante esos ocho años no resulta difícil.

No deja de ser curioso que Juan Ramón llegase a Maryland de suplente, esto es, de profesor consorte. La invitada en 1943 era Zenobia. Venía a pronunciar unas conferencias en el Programa de Instrucción del Ejército, pues, por aquel entonces, Norteamérica ya había entrado en la guerra y urgía instruir a los soldados en historia y cultura europeas. Juan Ramón venía, pues, de acompañante, pero como quiera que la víspera de su charla Zenobia enfermase, los profesores Rand y Zucker, tras muchas vacilaciones, se decidieron a pedir a Juan Ramón que la supliera. La petición, conociendo a Juan Ramón, era muy delicada, pero el poeta, que por aquellos días andaba eufórico, aceptó sin vacilar. La sustitución, lógicamente, no fue un remiendo, una salida de apuro, sino un verdadero éxito. Juan Ramón conquistó al auditorio. Su voz meliflua, su claridad expositiva, su repertorio de anécdotas, la diversidad de sus conocimientos entusiasmaron a los estudiantes-soldados. Desde ese día, Juan Ramón quedó vinculado a Maryland. Daba sus clases por la tarde y llegaba a la universidad, como un gran señor, en un Chevrolet coupé de color gris, conducido por su mujer. En clase divagaba, no profesaba un tema concreto. (Ésta es otra ventaja de América. Al que tiene alas le dejan volar su vuelo, sin ceñirle un collar ni amarrarle a una cadena.) Las enseñanzas de Juan Ramón resultaban mucho más provechosas de esta manera. A veces se mostraba duro con sus colegas; otros días los elogiaba sin tasa, de acuerdo con el estado de sus glándulas y sus nervios. Mas, en todo caso, sus cursos eran muy apreciados.

A menudo, en sus períodos de estabilidad, recibía en su casa y mientras él charlaba con los invitados sobre arte y literatura, Zenobia —siempre discreta, siempre eficaz— servía a los contertulios una taza de té o un vaso de vino de California. Al parecer, Zenobia era muy sociable, pero su anhelo de comunicación lo condicionaba siempre al estado de salud de su marido.

Ordinariamente, Juan Ramón, sometido a una dieta muy rigurosa, se resistía a aceptar invitaciones de sus amigos de Maryland o de Washington. Únicamente cuando la confianza era grande, Juan Ramón acudía y, mientras los demás cenaban opíparamente, él sorbía lentamente un vaso de leche o una tacita de té. Cuenta Mrs. Rand, en bello artículo evocativo, que en cierta ocasión Juan Ramón, que había sido invitado a comer con ella, al concluir la comida se obstinó en recoger la mesa y llevar los platos a la cocina. En este detalle puede observarse el empeño de nuestro premio Nobel por adaptarse a las circunstancias. Incluso la propia señora Rand nos refiere que cuando el matrimonio Jiménez vivía en Docester House, Juan Ramón recibía clases de inglés, pero su ánimo, siempre voluble, le llevó a desistir ante la imposibilidad de imponerse en el idioma –en pocas semanas– con objeto de discutir cuestiones literarias o culturales, que era lo que ambicionaba.

Los primeros años de Juan Ramón en Maryland fueron años tranquilos y equilibrados. Pero poco a poco el poeta iba resumiéndose en sí mismo, «sufría por no poder hablar con los niños en el parque y por no poder usar su idioma con más frecuencia», nos dice Marguerite Rand. Su nostalgia por lo español se acentuó tras un viaje a Sudamérica en 1948, y, a pesar del recibimiento entusiasta que le tributó a su regreso la universidad, su depresión melancólica fue en aumento. Graciela P. Nemes, entonces alumna suya, ayudaba a Zenobia. Juan Ramón se negaba a quedarse solo y ella –la doctora Nemes– lo acompañaba cuando su mujer se veía obligada a ausentarse. Pero su depresión era grave. La doctora Rand nos dice que «cuando visitaba a los Jiménez en el invierno 1950-1951, se daba cuenta de que Juan Ramón no podía continuar en Maryland». Y tanto fue así, que la última vez que Marguerite Rand vio a Juan Ramón, éste la recibió desplomado en un sillón de la sala, con las siguientes palabras: «Estoy agonizando; usted va a ser testigo del tránsito». El tránsito del poeta no fue al otro mundo, como él temía, sino a Puerto Rico, con una licencia de seis meses. El contacto con lo hispánico lo serenó. La isla lo fue ganando de tal modo que ya no regresó a Maryland. En Puerto Rico discurrieron sus últimos años y allí murió Zenobia y allí murió él. Ello no fue obstáculo para que, en la solicitud y tramitación de los papeles para la concesión del premio Nobel, la Universidad de Maryland –en las personas del doctor Zucker y la doctora Nemes– jugara un papel decisivo.

Uno ha sentido, como es lógico, la curiosidad de recorrer los escenarios por donde discurrieron ocho años de la vida de Juan Ramón Jiménez: su aula en la universidad, la silla en que se sentaba, su casa... Y no deja de ser curioso observar cómo ésta –la casa que habitó– aún conserva unas indefinibles reminiscencias juanramonianas. Se trata de una casa de tablas rodeada de césped en el que se levantan una docena de olmos (a estos olmos de su jardín los cantó Juan Ramón en uno de sus últimos poemas), donde gorjean los pájaros y trepan las ardillas (a él le divertía dar pan y nueces a las ardillas, según me cuenta Graciela Nemes). El edificio no encierra nada de particular, es decir, es muy semejante a los edificios rayanos, y, sin embargo, a uno se le antoja transido por el espíritu del poeta. La casa es de madera pintada de blanco, con un porche en la entrada y cuatro ventanas en el frente del primer piso. Ubicada en Queensbury Road, número 4310, hace esquina con la Avenida 44. El tejado, de pizarra, vierte a cuatro aguas. En conjunto, dentro de su serenidad, infunde una impresión de melancolía. Y el visitante, a poco observador que sea, advertirá enseguida dos detalles que aun en el caso de carecer de orientación le ayudarían a identificar la casa del poeta. Primero: la pequeña ventana que se abre a la izquierda del edificio, en la planta baja, es un hueco que desequilibra la arquitectura original; ha sido

abierto con posterioridad. Juan Ramón, al parecer, pidió a Zenobia que lo hiciera así porque deseaba «más luz» en la escalera. Segundo: a cien metros de la vivienda se levanta un hospital adventista, el Hospital Ugene Leland Memorial. Es un edificio un tanto tétrico, de ladrillo renegrido, suavizado por el blanco del porche y los marcos de las ventanas. Pero, sombrío o no, alojaba a un médico. Y esta seguridad –la conciencia del médico próximo– fue, como se sabe, una exigencia en la vida de Juan Ramón. La ventana y el hospital inmediato confirman que en Norteamérica, como en Madrid, Juan Ramón Jiménez vivía atemorizado por las tinieblas y la idea de la muerte.

La fiesta nacional

Es muy posible que el español haya elevado el espectáculo de los toros a categoría de fiesta nacional por aquello de que al torero en la arena no le resta otra opción que la de matar o ser matado. Uno de los dos ha de perder la verticalidad; de la arena, solamente una de las partes en litigio sale por su propio pie; a la otra, la sacan. ¿Y no será éste, a fin de cuentas, el símbolo de nuestro radicalismo tradicional? ¿No serán los toros «nuestra fiesta» —«España es diferente»— precisamente por lo que tan tremenda opción recata de simbolismo?

En el temperamento español existe una antropofagia latente, presta a manifestarse en cuanto se le da ocasión. El español siempre ha jugado a polarizarse en los extremos. Antes que afirmar, niega; antes que esto, es antiaquello. En su posición dialéctica no cabe la posibilidad de comprender al adversario, cuando menos la de que éste le convenza. Y si frente a aquél nada pueden sus razones, apela a las voces; el caso es imponer su criterio como sea y, por supuesto, sin escuchar antes.

Contemporizar, dialogar, transigir han sido en nuestro país palabras sin sentido. Mas todo esto, entiendo yo, deriva, antes que del cotejo de ideas, del menosprecio hacia las personas que las sustentan. En España, país muy poco leído, no se rechazan las ideas —que se desconocen— sino las personas; no hay juicios, sino prejuicios. Una tendencia borreguil nos empuja a excomulgar sin más a aquel a quien nuestro grupo señala como peligroso. Basta con esto. El español no se mete en averiguaciones; el rastreo intelectual lo aburre y lo fatiga. Odia cordialmente, insulta cordialmente, mata cordialmente; jamás se preguntará el porqué de todas esas actitudes. «Con éstos, mejor no hablar; son unos fanáticos», decimos fanáticamente. Y de este modo todos nos fanatizamos.

Sin respeto a las personas no hay posibilidad de entendimiento. En este difícil país nuestro, aunque otra cosa se predique, no hay contraposición de ideas. Podría haberla si el prójimo que representa una ideología que se nos dice contraria a la nuestra nos inspirase algo más que un insulto.

En España, las guerras civiles se han mamado. El niño que crece ya no pregunta por qué aquel señor es «malo»; nació bajo esta idea y la acepta como un hecho natural, lo mismo que acepta tener cinco dedos en cada mano; es así y basta. No hay por qué escuchar las razones de ese hombre malo: son infundios, son falacias, son mentiras. Y así nos crece el pelo. Por eso yo sugeriría, si las famosas «tres Marías» tienen necesariamente que subsistir en nuestros planes de enseñanza, que sean cuatro, esto es, que se añada a las existentes la Educación Cívica, sin otra finalidad que la de enseñar a los muchachos a respetar al prójimo y a separar lo que en él hay de «humano» y de «político».

Se me ocurren estas cosas al filo de la lectura de un admirable y emocionante reportaje de Ana María Badell de Fisac en torno a la Pasionaria. La escritora, que ha entrevistado en Moscú a Dolores Ibarruri, nos cuenta de sus recelos antes de la entrevista, recordando que su abuela se santiguaba como si se hablase del diablo cada vez que se mentaba a la Pasionaria. Pero Ana María Badell se había comprometido a llevarle un recado de una amiga monja. «Dolores —le dijo al fin, tras muchas vacilaciones—, la madre X me ha encargado que le diga que reza mucho por

usted.» Y la señora Fisac quedó en silencio, la mirada humillada, esperando el exabrupto, pero en vista de que no se producía, levantó los ojos y se encontró con una anciana conmovida, que apenas acertaba a pronunciar palabra. Luego se enteraría de que fue la actitud de algunos católicos lo que separó a Dolores Ibaruri de la Iglesia, y la muerte violenta de su marido y, posteriormente, las de sus tres hijas por falta de atenciones lo que la impulsó a buscar una fórmula de justicia sobre la tierra. En suma, el hecho de que nuestras fórmulas de justicia no coincidan con la de ella nunca deberá llevarnos a identificar a una madre atribulada con el diablo. La Pasionaria es un ser humano con «sus razones» y, al parecer, con una sutil, conmovedora sensibilidad, aunque su «fórmula de justicia», repito, no nos convenza.

Notas

* Guión para un programa de la serie televisiva *Conozca usted España*. Fue realizado en 1966 por César Fernández Ardavín y presentado por la actriz vallisoletana Concha Velasco.

Vivir al día
Miguel Delibes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Herederos de Miguel Delibes, 2010

© Editorial Planeta, S. A. (1968, 2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-233-5561-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com



Miguel Delibes

Vivir al día

DESTINO